

GUÍA PRÁCTICA DEL CATEQUISTA EN LA ENSEÑANZA METÓDICA Y CONSTANTE DE LA DOCTRINA CRISTIANA

Pater noster, qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum, adveniat regnum tuum. (Mat. VI, 9-10)
El cuidado del Catecismo sea el primero de vuestro cargo: éste fue el de los Apóstoles, y es el más importante que podáis ejercer. No creáis haber hecho nada si sois negligentes en la enseñanza del Catecismo, y contad sobre todo lo demás, mientras que seáis fiel en desempeñar esta parte.
(San Francisco Javier)

A sus queridos amigos, los jóvenes socios de las doce catequísticas de Tortosa y sus alrededores, ofrece este humilde libro como recuerdo de la fraternal amistad que nos une en Jesucristo, y como muestra de gratitud a sus trabajos catequísticos. (El autor).

Al que leyere

Quisiera no escribir un prólogo, porque el bellissimo tratado del docto y piadoso Gersón, *De parvulis ad Christum trahendis*, que precede a nuestra obrita, es el mejor prefacio. Pero en este siglo están como por ley exigidos, y además, mis buenos amigos me lo piden con interés. Pues bien, satisfaré a todos, pero a trueque de que unos y otros saquemos de su lectura algún provecho. ¿Cómo?. Escribiendo un prólogo de hechos y no de palabras vanas.

No te maravilles, lector mío, si este prólogo de mi obrilla es una reseña histórica. Como lleva por título *Guía práctica*, he creído que la mejor recomendación que podía obligarte a tomar y leer mi librito era ofrecerte de buenas a primeras una muestra de los resultados prácticos que siguiendo a este *Guía* hemos obtenido en la enseñanza del Catecismo. Oye, pues.

Nos hallábamos a raíz de la revolución de septiembre, a la que algunos han dado en llamar la gloriosa, con la misma justicia que a Escipión se le llamó africano, cuando nuestro celoso prelado, el Dr. Benito Vilamitjana y Vila, ordenó me encargase de la enseñanza metódica y constante de la Doctrina cristiana a los niños.

Empezamos con algunos jóvenes seminaristas tan santa obra y, a los pocos días, reunimos como unos quinientos entre niños y niñas. Siguió su marcha progresiva, y al despedirnos para ir de vacaciones contábamos cerca de ochocientos.

El curso próximo, del 70 al 71, fue ya más numerosa la asistencia, porque andaba mejor organizada; así es que al hacer por San José una visita todas las secciones catequísticas (eran ocho) al Santo glorioso para consagrarle su corazón la niñez, los alistados no bajaron de mil doscientos. Sólo del arrabal de Jesús entró una sección ordenada que no bajaba de doscientos niños. Al fin de curso hicimos dos solemnes funciones: una para los que ya comulgaban, otra para los más pequeños. Comulgaron el 21 de mayo trescientos entre niños y niñas, de manos de nuestro ilustrísimo Pastor, quien les hizo una devota plática antes de comulgar; por la tarde se les impuso el escapulario de la Purísima Concepción, se cantó un Trisagio, se rezó la corona de desagravios y alabanzas al Niño Jesús, y les hizo un sermón que no bajó de media hora nuestro celoso Prelado, encargándoles la perseverancia, la fuga de las malas compañías y la devoción a María santísima, rezándola todos los días tres Ave Marías. Acto continuo, mientras un coro de niños y niñas iba cantando la tierna plegaria A Jesús nuestro hermanito, besaban todos el anillo de S. I., y depositaban en manos de una agraciada imagen del Niño Jesús una carta-memorial, en la que ofrecían a su amado Jesús un buen propósito, y le pedían alguna gracia, en especial una santa muerte: esta carta la habían llevado sobre su pecho al comulgar por la mañana, para que así Jesús despachase mejor sus ruegos; se les repartió, por fin, una estampa a todos.

El domingo siguiente, después de haberse confesado, hicieron también su funcioncita a su querido Jesús todos los niños y niñas más pequeños, que aún no comulgan. De cada catequística venían con su Prefecto y socios a la iglesia de San Antonio, llevando un pendón y

cantando alguna letrilla, y así que llegaban, recitaban unos versos al Niño Dios. No bajaron de mil los niños allí reunidos, los que hicieron el acto de consagración a Jesús, María y José, cantaron los gozos de la Purísima Concepción y la marcha real, pidieron por el Papa Pío IX, y al besar la imagen del Niño depositaron a sus pies una flor, símbolo de la inocencia y candor de su alma, que acababan de consagrarle.

Estas flores, lo mismo que las cartas de los que comulgaron, fueron depositadas, detrás de un tierno discurso pronunciado por un niño, en manos de nuestro ilustrísimo Prelado, para que las custodiase, y con su bendición las hiciese fructificar.

Al día siguiente, lunes de Pascua, la catequística de San Pedro hizo solemne y devota procesión con sus doscientos alumnos con velas encendidas. Presidíala el ilustre canónigo Penitenciario, tan amante de la Catequística. Visitaron la iglesia de la Purísima Concepción, donde cantaron la Salve, y por las calles un himno a Pío IX y a la Purísima Concepción: se recitaron versos, y se dieron repetidos vivas a la Virgen María y a Pío IX.

Por fin, se les convidó a todos para el domingo próximo a una romería a la inmediata ermita de Nuestra Señora de la Providencia, para pedir por la libertad de Pío IX; en su trayecto se rezó el santo Rosario, y, llegados a la ermita, se cantó un Trisagio, haciéndoles el director una devota plática sobre la perseverancia y devoción a Jesús, María y José.

Se repartieron unos confites a cada uno de los mil quinientos niños allí reunidos antes de beber una poca agua, y contentos se volvieron a la ciudad, cantando al entrar por las calles la plegaria, Si Pío sale de Roma, y dirigiéndose a la Catedral se cantó por tan numeroso y angelical coro la Salve a la Virgen de la Cinta con órgano. Así nos despedimos del curso del 70 al 71.

Llegamos al octubre del 71, y con nuevos alientos emprendimos la santa obra del Catecismo. Este año fue organizado mejor, y de ocho subieron a doce las catequísticas. Se hicieron al pronto más de 25 bancos para que estuviesen sentados con comodidad los niños. Por la Purísima Concepción se confesaron todos, se hizo novena solemne con sermón todos los días, y comulgaron el domingo (10) más de doscientos niños y niñas de manos de nuestro ilustrísimo Prelado. Quedó de manifiesto todo el día Jesús sacramentado, velando por turno los niños con los congregantes de la Purísima Concepción, jóvenes labradores, desagraviando al Señor por las blasfemias, y pidiéndole por Pío IX y España.

El día de san José hicieron visita general al santo Patriarca, para pedirle por Pío y España, y se les entregó a todos una estampa o medalla del Santo. Por el patrocinio del mismo Santo se confesaron todos los niños y niñas, y comulgaron en la iglesia del Seminario.

Pero lo extraordinario fue durante el mes de mayo. De las doce iglesias que la Catequística tiene a su cargo, en cinco se hizo el mes de María todos los días, con sermón los jueves y días festivos, a pesar de haber un cuarto de legua desde la ciudad a los arrabales de Cristo y de Nuestra Señora de la Leche. En San Antonio, San Pedro y la Sangre, hubo además música todos los días; dos comuniones generales en San Antonio y San Pedro durante el mes, y una en la Sangre, arrabal de Cristo y de Nuestra Señora de la Leche, no bajaron de ochocientas las comuniones que se hicieron con este motivo, después de cinco días de ejercicios espirituales. En San Pedro, además con ocasión de haber costado los vecinos de aquel barrio una hermosa imagen de la Purísima Concepción de María y haberle levantado un nuevo altar, el señor Obispo les repartió la Comunión el segundo día de Pascua, comulgando más de ciento cincuenta personas, y por la tarde se hizo procesión general por todo el barrio de pescadores, recitándose muchas poesías, y esparciéndose flores con tal motivo, y dándose vivas a María santísima y a Pío IX. El señor canónigo Lectoral presidía el acto. Por fin de mes en el arrabal de Cristo se hizo solemne procesión; en la Sangre se recitaron poesías a María Inmaculada; y en San Pedro una sección de niños y niñas presentó una corona a María, y coronó su santa Imagen, alternando con la música la recitación de poesías y de ecos.

He aquí, lector mío, un prólogo sucintamente histórico de lo extraordinario que se ha hecho en los tres años que está establecida la Catequística en Tortosa. A pesar de los tiempos calamitosos por que hemos atravesado, han asistido por término medio todos los domingos mil niños a la Catequística.

Quizás te parecerá demasiado larga mi relación; te aseguro que es brevísima, atendido lo mucho que te pudiera referir: pero creo, supuesta tu buena voluntad, será esta muestra más que suficiente para decidirte a leer los medios que hemos puesto en práctica para llegar a estos resultados. Estos medios o reglas para mejor facilitarte su ejecución, los hallarás resumidos en un reglamento que irá al fin de la presente obrita.

Sólo te diré en su abono, que son reglas todas ya probadas, y que las recomienda como muy excelentes la experiencia de algunos años. No dudo que poniéndolas tú también en práctica, lector mío, en tu parroquia, en tu pueblo o en tu casa, verás los mismos resultados, y, con el favor de Dios, mayores.

Pruébalo, por amor de Dios te lo pido, si en tu pecho arde una centellica siquiera de amor a Jesucristo, y conmigo alabarás las bendiciones que profusamente derrama Jesús sobre los trabajos catequísticos.

Sólo me queda por hacer una advertencia a mi lector catequista, y es que no es mi ánimo empeñarle a que ponga en planta en seguida todas las reglas o medios que indico. Mi pretensión es más modesta: no intento ser más que un guía del celoso Catequista, como el nombre dice, y deber es del guía caritativo y que se interesa por el mayor bien de los que dirige en una expedición, hacerles notar todo lo que ofrece algún interés, o dice relación, o puede facilitar cumplidamente el logro de su propósito. No se maraville, pues, ni eche a siniestra parte el buen Catequista algunas, al parecer inútiles, inoportunas, por minuciosas, observaciones, porque todo se necesita.

Mi Guía le mostrará en variado paisaje unas veces risueñas praderas, amenísimos bosques, ricos jardines; otras riscos encumbrados, precipicios, abrojos y espinas. Al lado de la suave grama y verde césped, secos y áridos desiertos. Si no faltan avejillas de rico y variado plumaje, pintado con soberana maestría, que en música dulcísima, que jamás ensordece, entonan cánticos de gloria y alegría, verá también el áspid venenoso perturbar esta armonía celestial. Al lado del lirio blanco y perfumada azucena, junto a la modesta violeta, hallará el cardo que punza, las espinas que lastiman la mano que intenta cultivar con desvelo estas flores, símbolo de la inocencia y candor. Se fatigará alguna vez el Catequista andando por tierras áridas, incultas y sin agua, como dice el Profeta; pero no se descorazone, ni decaiga su ánimo. Sepa que no está sólo, que el divino Pastor de las almas, Cristo Jesús, y Aquella que se compara a la rosa y al lirio de los valles, María, le ayudarán en sus trabajos más rudos. Y de vez en cuando le recrearán con olores de celestial perfume, curarán sus heridas con bálsamo de divina eficacia, y hasta le confortarán con frutos de virtud y honor, que gustados por su alma en momentos de desfallecimiento le harán exclamar reposando de sus fatigas como en los Cantares se escribe: «Me he sentado a la sombra de aquel a quien ama mi alma; y su fruto es dulce a mi paladar». Quizás un día este Pastor de las almas al ver cansado a mi celoso Catequista guiando a su ható amado a las aguas de salud, tocará el rabel sonoro, y pasando su inmortal dulzor al alma perturbada, le recreará, y le hará olvidar todos los sinsabores de este mundo. Tendrá amigos fieles que le ayudarán, esto es, los Ángeles santos, que depositarán sus palabras en el corazón de los niños, como la aurora deposita las gotas del rocío en el cáliz de las flores, para que no se marchiten. En suma; verá por experiencia, y mejor tal vez de lo que nosotros sabemos decirle, cuanto ama Jesús a los que se interesan, en estos días de perturbación e ignorancia, en enseñar su doctrina a los pequeñuelos, de quienes dijo: «Todo lo que hicieris a uno de ellos a mi lo habéis hecho.»

Capítulo 1

¿Qué es el Catecismo? La palabra Catecismo trae su origen de dos voces griegas: *cata*, *secundum*, y *chom, sonum*, y significa instrucción de viva voz. En la primitiva Iglesia había la ley del secreto, que prohibía escribir las instrucciones sobre nuestros misterios y sacramentos, para evitar que cayendo en manos de los paganos abusasen de ellas, y sirviesen de tema a sus burlas. Rarísima vez se escribían las instrucciones que se daban a los catecúmenos, y sólo de viva voz se les enseñaba las verdades de salvación. El Catecismo, pues, entonces como ahora, no era sino una instrucción familiar sobre las verdades elementales de nuestra santa Religión, dada por lo común en forma de diálogo entre el Catequista y sus oyentes. Hoy día se llama también Catecismo a un librito que, en forma de diálogo, en breves y precisas preguntas y respuestas contiene con admirable orden todo lo que un cristiano debe creer, esperar y obrar. El uso de este librito incomparable, el más útil y a veces el más despreciado, data de la época de san Ignacio de Loyola, el cual, conociendo todo lo trascendental que era, hizo con sus discípulos revivir la hermosa costumbre de catequizar a los niños.

Habíamos resuelto tratar latamente de la excelencia, necesidad y ventajas que reporta la enseñanza de la Doctrina cristiana, o el hacer el Catecismo; pero nos ha excusado en gran parte este trabajo el bellísimo tratado del sabio Gersón que precede. Con todo, es digno de toda ponderación el observar que si en los días de este sabio y piadoso teólogo tanto se recomendaba la enseñanza del Catecismo, en nuestros desgraciados tiempos, vista la guerra ordenada, sistemática que se hace a todo lo que esparce el buen olor de Jesucristo, sus razones adquieren doble peso. Que si en todos tiempos la tierra maldita ha sido valle de lágrimas, y ha brotado errores y pecados, nunca, como hoy día, se han organizado, digámoslo así, y concertado estos errores y se han erigido en sistema, y por los poderes constituidos se les ha otorgado derechos iguales o preferentes a la verdad y a la virtud, se les ha dispensado protección y amparo, llamando al bien mal, y al mal bien; a la verdad error, y al error verdad. Éste es uno de los caracteres que distingue a los errores y vicios de nuestro siglo de todos los demás. Y esto hace que hoy día sea más necesaria la enseñanza de la Doctrina cristiana. No hay en todas las funciones del ministerio sacerdotal ninguna más excelente, más perfecta, de más fecundos y permanente resultados que la enseñanza del Catecismo. Y no obstante, no hay otra que se mire con mayor prevención y se considere por baja, por indigna de los hombres que se creen ilustrados, de talento. Yo digo que este modo de pensar manifiesta poca fe, acusa de poco celo por la salvación de las almas, demuestra, en fin, que no se ama, o muy poco, a Jesucristo, ni se tiene interés en propagar el reino de su conocimiento y amor. En otras funciones habrá más pompa, más brillo, como decía Gersón, pero no tanto fruto: *Pomposius sed non efficacius nec fructuosius*.

Por ello le han dispensado a esta ocupación del Catecismo preferente atención, desde Nuestro Señor Jesucristo, todos los santos Padres y Doctores de la Iglesia; los concilios generales y provinciales; los Santos y los hombres más ilustres. Abramos si no la historia.

Jesucristo, modelo perfecto del Catequista, no vino al mundo para hacer grandes discursos oratorios, sino para catequizar en la más exacta y hermosa acepción de esta palabra; ésta fue su ocupación favorita. Catequizó a los Apóstoles, a los judíos, y de un modo especial a los niños. De ellos gustaba estar rodeado; a los niños ponía por modelo de imitación a los que querían ir al cielo; a los que escandalizaban a los niños amenazaba con los mayores castigos en este mundo y en el otro; de los niños decía que era el reino de los cielos, y que sus Ángeles veían de continuo la cara de su Padre celestial; a los que apartaban a los niños de su lado reñía ásperamente, por más que fuesen sus Apóstoles y no lo hiciesen con mal fin; a los niños, en fin, resucitaba, miraba con especial amor y cariñosamente abrazaba, les imponía sus manos benditísimas y les bendecía. Parece que toda la ternura del corazón de Cristo Jesús estaba reservada para los niños inocentes, o pecadores arrepentidos: con ningún otro mostró igual predilección; y si entre los doce discípulos había uno que era su querido, su predilecto, era el inocente san Juan, que tenía más de niño que los demás Apóstoles. ¿Quién, pues, a vista del divino modelo Cristo Jesús, se desdeñará de confundirse con los niños, de instruirlos, de sufrirlos? Los Apóstoles, a imitación de Jesucristo, no convirtieron al mundo con grandes

discursos, *non in sublimitate sermonis*, sino haciéndose pequeños en medio de los pueblos para explicarles las verdades de salud como a niños.

Los más grandes ingenios y celosos obispos en todos tiempos siguieron estos divinos ejemplos. San Clemente Romano (*Const. Apost. lib. IV, cap. 10*), san Ignacio de Esmirna (*Epist. ad Philadelph.*), san Dionisio areopagita (*Eccles. Hierarch. Cap. de Baptismo*), el autor de las Respuestas a las quejas de los gentiles contra los cristianos, Tertuliano (*lib. de Bapt.*), Orígenes (*Comment. in VI, Epist. ad Rom.*), y el autor antiquísimo de las Constituciones Apostólicas (*Eccles. Hierarch. De disciplina puerorum*) manifiestan el espíritu de la Iglesia de catequizar siempre, de instruir a los párvulos e ignorantes en la doctrina del Señor.

Obispos tan sabios y piadosos, y tan ocupados en negocios de altísima trascendencia para la Iglesia universal, como fueron san Cirilo, patriarca de Jerusalén, y san Agustín escribieron el primero sus famosísimas *Catequesis*, y el segundo el admirable *Método* para enseñar la Doctrina cristiana, que le pidió Deogracias, diácono catequista de Cartago. San Jerónimo, en su más avanzada edad, se ofrece a ser catequista del hijo de Leta, señora romana: *Ipse me magistrum spondeo, et balbucentia senex verba formabo*.

En la edad media, para amansar a los bárbaros venidos del Norte, para cristianizar a aquellas hordas sin Dios y sin ley, para moralizar a aquellas tribus sin costumbres, y para civilizar a aquella sociedad embrutecida y medio salvaje, la Iglesia no tuvo a este fin arma más poderosa de que echar mano que de la enseñanza del Catecismo. Los monjes, que al lado de las rojizas almenadas torres del castillo feudal levantan humilde torre de iglesia y modesta vivienda, o se esconden entre montañas y valles umbrosos, al abandonar su mano bendita el arado beneficioso, o el libro del Salterio, o el estudio o copia de libros antiguos, no olvidan que hay algunos de sus hermanos más pequeños que piden pan; y caritativos lo comparten entre los hijos del pueblo: no sólo el pan material, sino el pan de la Doctrina cristiana, que ilustra y da fuerzas a las almas. Los monasterios de San Gall, Ohrdruf, Frizlar, Bichofsheim, Fulda y otros en Alemania; los de Fleury, San Eparchio, San Marcial, Tours, El-Bec, Corbia, etc., en Francia; los de Wilfrid, Wirmuth, Jarrow, y Weisminster, en Inglaterra; Monte Casino, en Italia; Pampliega, Sahagún, San Millán de la Cogolla y Oña, en nuestra España; los nombres de san Martín de Tours, Casiano, san Benito Abad, san Mauro, Plácido y nuestro san Isidoro y san Froilán, son un testimonio evidente de esta verdad. Juan Carlos Gersón corona esta época gloriosamente con su ejemplo y con sus trabajos catequísticos, que hemos ya mencionado.

Más tarde vemos a san Vicente Ferrer, san Francisco Javier, san Francisco Regis recorrer las provincias y reinos más dilatados, explicando el Catecismo; al cardenal Belarmino desempeñar por sí mismo en Capua esta función humilde; a san Felipe Neri, regenerando a Roma y mereciendo ser aclamado Apóstol de la Ciudad Eterna por sus trabajos catequísticos. Todavía se conserva en el Janículo, y vimos en el año 70, la gradería que servía de punto de reunión para la enseñanza de la Doctrina al pueblo romano. San Francisco de Sales hallaba sus delicias en catequizar a los niños todos los domingos; san Ignacio de Loyola, nombrado general, empezó su cargo yendo a una iglesia de Roma por espacio de cuarenta y seis días a hacer el Catecismo, obligándose, así como sus compañeros, con voto a desempeñar este ministerio. «No haréis nada de provecho (decíanle a este Santo algunos prudentes según la carne para disuadirle), no vendrán los niños a escucharos.» «No importa, replicó el Santo, aún cuando un solo niño asistiera, sería siempre un auditorio bastante grande.» Palabras dignas de un pecho que se desvivía por la mayor gloria de Dios. Clemente XI se paraba en las calles de Roma para preguntar el Catecismo a los niños que hallaba, y premiaba con medallas o rosarios a los que mejor respondían. Lo mismo hacía, hoy no puede hacerlo por hallarse cautivo, nuestro inmortal Pío IX, que en sus paseos por los alrededores de Roma se entretenía santamente en preguntar la Doctrina cristiana a los niños y repartirles medallas. El celoso y sabio obispo de Barcelona (q. d. e. p.) Dr. Pantaleón Montserrat, a pesar de las múltiples ocupaciones de su cargo pastoral, de una diócesis que necesita dos obispos, hallaba medio para ir muchos domingos a la iglesia de Santa Clara, y sentarse allí entre los niños, enseñándoles la Doctrina cristiana. A vista de estos ejemplos ¿quién podrá alegar que no tiene tiempo, o que se rebajaría su dignidad, o que es indigna de un hombre de talento la ocupación santa de la enseñanza del Catecismo? ¿Quién intentará excusarse, que no se vuelvan sus excusas en otras

tantas acusaciones que revelen su desidia, su falta de voluntad o celo por la salvación de las almas?

Los Concilios abundan en iguales sentimientos y todas sus disposiciones se encaminan a catequizar, a enseñar las verdades elementales de salud. El Concilio de Gerona en el siglo V, y según otros en el IV (can. 5), dicta las mismas disposiciones que más tarde dieron el Concilio de Aquisgrán (cap. 135) celebrado en tiempo de Ludovico Pío, y los de Letrán I, cap. 18, y el II, cap. 2; y hasta el mismo Carlo Magno ordena en sus leyes de los francos, lib. 1, cap. 68, redactadas lo mismo que las *Capitulares*, por obispos y eclesiásticos en su inmensa mayoría, *el establecimiento de seminarios en las iglesias y escuelas, cerca de los templos, donde los esclavos y los libres aprendiesen la religión cristiana, previniendo a los obispos y predicadores que enseñasen con sus palabras aquellas cosas que nos llevan directamente a la salvación.*

El Concilio V de Letrán, celebrado en 1514, ses. 9, recibiendo la Const. VII *Supernæ dispositionis arbitrio*, del papa León XIII, sanciona en el párrafo 32 el deber que tienen las escuelas cristianas de enseñar a sus discípulos la doctrina de Jesucristo; y dice así: «Estando todos los hombres propensos al mal desde su juventud, y siendo también muy importante y provechoso acostumbrarse a obrar el bien desde la tierna edad, *mandamos y ordenamos* que los maestros de las escuelas y los preceptores deban instruir a los niños y jóvenes, no tan sólo en la gramática, retórica y demás materias que hayan de estudiar, sino también en las cosas que pertenecen a la Religión, como son los preceptos divinos, los artículos de la fe, los santos himnos y salmos sagrados, y las vidas de los Santos; de manera que los domingos y días festivos no les deberán enseñar otras cosas más que las pertenecientes a la Religión y buenas costumbres. Por esto están obligados a instruirlos, exhortarlos y obligarlos en cuanto puedan, no sólo a que oigan misa, sino también a que asistan a las Vísperas y divinos Oficios, que visiten las iglesias, e igualmente que los muevan a que vayan a oír las pláticas y sermones; y sin que jamás les puedan enseñar nada contra las buenas costumbres, ni que les pueda inducir a la impiedad.» - He aquí a la Iglesia, a quien injustamente se tilda de amar las tinieblas, con qué fuerza de razones convence, cómo vela por la instrucción de sus hijos, y cómo, a ejemplo de su divino Fundador, procura hermanar la teoría con la práctica.

En 1565 el sabio y santo Concilio de Trento, en su previsor y sapientísima legislación, insiste con firmeza en persuadir la necesidad y conveniencia de catequizar a los niños, a los jóvenes y a todo el pueblo fiel. Léase si no lo que prescribe en la ses. 2, cap. 2; ses. 23, cap. 18; ses. 24, cap. 4 y 7, y se quedará plenamente convencido cualquiera de la importancia que da a la enseñanza catequística. Además en prueba de ello mandó componer el Catecismo para los Párrocos, a fin de que, traducido fielmente en lengua vulgar, hubiese un método bueno en las explicaciones catequísticas al pueblo.

Y por fin, el concilio Vaticano en nuestros días, el más numeroso y el más respetable que registra la historia eclesiástica, reunido por Pío IX, el grande, el invencible, como si participase de los gustos de este inmortal Pontífice, que pasó los primeros años de su sacerdocio catequizando a los niños del hospicio de *Tata Giovanni*, uno de sus primeros cuidados y al que ha dedicado preferente atención, ha sido el componer un Catecismo para los niños y el pueblo, completando la obra del concilio de Trento que lo compuso para los Párrocos. «Por cierto, exclama un santo varón, en ninguna cosa podían emplear mejor el tiempo y sus talentos los Padres del Concilio; y aunque otra cosa no hubieran hecho, ella sola bastaba para obligarnos a dar gracias a Dios por todos los siglos» - Por esto la Iglesia, madre espiritual que se desvive por procurar por todos los medios posibles el mayor bien de sus hijos, no sólo intenta promover eficazmente la enseñanza catequística con el bien honesto haciendo ver los buenos resultados que se puede esperar de ella, sino que con el bien útil nos apremia, nos urge, nos obliga a ocuparnos en tan santa obra. Unas veces nos halaga con promesas, con gracias celestiales, con indulgencias; otras con castigos amenaza a los que descuidan esta sagrada obligación.

El primer pontífice que concedió 40 días de indulgencia a *obra tan santa, o santísima*, como él mismo dice fue el que humilló, abatió la pujanza musulmana en Lepanto, el que aseguró el triunfo del cristianismo y la civilización y la independencia de la Europa, el que dio cima a la

obra del concilio de Trento con su aprobación y publicación, el celoso y santo pontífice Pío V. Aunque sea algo largo, no queremos privar a nuestros lectores del placer de leer un buen trozo de su razonada Constitución *Ex debito pastoralis*. Dice allí de este modo: «Nos... considerando que los niños y jóvenes educados en buenas costumbres y santas prácticas, casi siempre guardan una vida pura, honesta y ejemplar, y alguna vez santa; y por el contrario, aquellos que por no tener padres, por pobreza, por descuido o por pereza no reciben esta educación, son las más veces arrastrados a la perdición, y lo que es peor, arrastran a muchos consigo a la muerte; que si hubieran sido educados con diligencia, e instruidos en la doctrina cristiana, se hubieran apartado de los vicios y de muchos otros errores... Deseando favorecer con todas nuestras fuerzas una obra tan piadosa y laudable, y hacer ganar almas para su Criador, con toda nuestra plena convicción rogamos y exhortamos atentamente a todos y a cada uno de los arzobispos, obispos y demás prelados de la Iglesia y ordinarios de cada uno de los lugares en cualquier parte constituidos, actuales y venideros, *mandando* por estas letras apostólicas a ellos y a sus vicarios u oficiales generales en las cosas espirituales y temporales, que tomando con empeño esta obra santísima (la enseñanza de la Doctrina cristiana), elijan algunas iglesias o lugares honestos en sus ciudades y diócesis respectivas en que puedan reunirse los niños y jóvenes para oír la Doctrina cristiana, y los prelados nombren varones capaces para esto, aprobados en vida y costumbres, y que al menos en los domingos enseñen, expliquen e instruyan en los artículos de la fe y preceptos de la santa madre Iglesia a los mismos niños y jóvenes y otras personas ignorantes de la divina ley, y que erijan e instituyan allí con nuestra autoridad todas las sociedades y cofradías que parezcan convenientes para esta obra tan santa.»

Paulo V, en su Constitución *Ex credito nobis* (de 1607) concede multitud de indulgencias a los cofrades y niños que toman parte en los actos de la Congregación de la Doctrina cristiana, que él erige en Archicofradía, y la establece en la iglesia de San Pedro, asignándole un cardenal protector (Jerónimo Pánfilo).

Clemente XII, en su Constitución *Pastoralis officii*, dada en 16 mayo 1736, después de haber manifestado que una de las partes más principales de su cargo pastoral era la de promover la enseñanza de la Doctrina cristiana, y de confesar los abundantes frutos y provecho espiritual que los fieles cristianos obtienen del constante uso y explicación del Catecismo, y habiendo hecho mención de su rescripto o breve dado en 15 de noviembre de 1730, en que había confirmado y ampliado las varias constituciones que algunos romanos Pontífices habían provechosamente dado para promover una *obra tan piadosa y necesaria al pueblo fiel*, hace extensivas a los adultos las gracias concedidas a los niños, y concede otras nuevas a los que enseñen la Doctrina cristiana en Roma y en toda la Cristiandad.

Por fin, Benedicto XIV, en su Constitución *Etsi minime*, trata con un grandor de miras, con un lenguaje tan insinuante y persuasivo esta materia, que a las primeras líneas se echa de ver la grande alma del sabio autor del *Sínodo diocesano*. Con la razonada y tierna exposición de Gersón hemos empezado nuestro trabajo, y lo concluiremos con la autorizada Constitución del papa Benedicto XIV.

Encerrado nuestro humilde trabajo entre estas dos obras maestras de catequística, adquirirá tal vez algún valor, o a lo menos servirán con su arte y maestría para hacer olvidar al lector los defectos y desabrimientos que habrá notado en nuestro primer ensayo.

Más la Iglesia, previendo la flaqueza humana que huye el sacrificio y el trabajo, impone además a los obispos la obligación de velar para que los pastores hagan el Catecismo, y castigarlos, para corregir su desidia, con censuras eclesiásticas. Así el concilio de Trento, ses. 24, cap. 4, manda: *Episcopi, saltem dominicis et aliis festivis diebus pueros in singulis parochiis fidei rudimenta diligenter ab iis, ad quos spectabit, doceri curabunt... et si opus sit, etiam per censuras ecclesiasticas compellent*. Y para prevenir falsas interpretaciones, que siempre inventa la desidia, Clemente XI, en 1713, por la Congregación del Concilio expidió un decreto prohibiendo expresamente todas las vacaciones para el Catecismo, y aun la interrupción de un solo domingo en todo el año, añadiendo por un nuevo decreto, en 1744, que debía hacerse el Catecismo aunque no asistiese a él más que un solo niño: *etiamsi nullus*,

nisi nullus ad audiendum accedat. ¡Tanta es la importancia que la Iglesia da a esta función sacerdotal! Y Benedicto XIV en su Constitución *Etsi minime*, para facilitar ayudantes al Párroco en este desempeño, manda lo siguiente: *Disponga el Obispo con terminantes resoluciones (y que los hechos correspondan a las palabras), que nunca dará la tonsura a los mayores de edad, y que jamás conferirá las órdenes menores, y mucho menos las mayores, a aquellos que hubieren menospreciado prestar su auxilio a los Párrocos para enseñar la Doctrina cristiana.* Clemente XI luego que fue elevado al pontificado, mandó reunir todos los Curas de Roma para recordarles que su primer deber era catequizar a los niños.

El concilio Romano, celebrado por Benedicto XIII (1725), manda a todos los párrocos y celebrantes en las capillas rurales, iglesias, oratorios, bajo pena de suspensión a divinis, que después de la plática doctrinal en medio de la misa, en voz alta y en lengua del país, respondiendo todo el pueblo, enseñen a lo menos la señal de la Cruz y misterios principales, el Padre nuestro, Ave María, Credo, Sacramentos, Mandamientos y el Acto de contrición. Todos los estatutos y sinodales de todas las diócesis hacen de esta enseñanza una ley rigurosa: muchos imponen la pena de suspensión *ipso facto* contra todo pastor que falte dos domingos en un mes a enseñar el Catecismo; otros, si permiten alguna suspensión en épocas determinadas, es con la condición de suplirlo durante todo el Adviento o Cuaresma, o en la preparación a la primera Comunión. Nuestra España se ha distinguido siempre no menos por su fervor religioso que por su vigilancia y celo por la enseñanza del Catecismo. Por esto merece que tratemos en un capítulo aparte de su gloriosa historia y legislación catequística.

Capítulo 2

España, que, según la gráfica expresión del Obispo de Tulle, es la nación teológica; España, cuya nacionalidad se elevó a tal grado de prosperidad cual ninguna nación de Europa ha alcanzado; España, que campea entre todas las naciones y las precede a todas por sus leyes cristianas, por su unidad de fe, fue feliz en el interior, respetada en el exterior; fue grande mientras fue cristiana y siguieron y acataron pueblos y reyes la doctrina católica; y se empequeñeció, y fue despreciada arrastrando mísera vida, desde que se debilitó su fe, y oyó doctrinas nuevas, volterianas, racionalistas, doctrinas que no son las de Jesucristo. Y hoy día el mal cunde, y como cáncer asqueroso corroe las entrañas de la sociedad; y agoniza, y sufre terribles convulsiones, y parece está amenazada hasta en su existencia; y no se salvará, no curará, ni recobrará la paz perdida mientras no adore las doctrinas católicas que ha despreciado, y queme las doctrinas impías que ha adorado. Y el principio de su remedio está en la Catequística. Por esto se le ha dado en todos tiempos tanta importancia.

Registremos si no brevemente su historia, y veremos que, entrando en la legislación eclesiástica, nos encontramos con la Constitución V, *del oficio u obligación del Ordinario*, del concilio de Toledo, celebrado en el año de 1323, en que se ordena y manda el ejercicio catequístico, según ya lo había ordenado el canon II del concilio de Valladolid, celebrado en el año anterior. - La misma disposición nos hallamos en el concilio de Tortosa, año 1429, presidido por el Cardenal legado apostólico Pedro de Fox, y al que concurrieron más de trescientos Prelados de diferentes órdenes; en él hizo renuncia D. Gil Sánchez Muñoz, apellidado Clemente VIII. La Constitución VI lleva por epígrafe: *De la manera de instruir al pueblo en los artículos de la fe*, y manda a todos los diocesanos y demás preladados eclesiásticos, que den comisión a algunos hombres de letras y de probidad para que escriban un breve Catecismo en que se comprenda con claridad cuanto deben saber los pueblos, y que esta obrita se divida de modo que pueda explicarse en seis o siete lecciones, a fin de que los párrocos aprovechen los domingos del año para inculcarla diversas veces, con objeto de que presenten a Dios un pueblo libre ya de las tinieblas de la ignorancia. - A los pocos años, en el de 1743, celebróse en Aranda el concilio provincial de Toledo, y en el título II leemos: *Que los rectores de las iglesias tengan por escrito los artículos de la fe, y los publiquen (enseñen) al pueblo en los domingos, y los clérigos que contravinieren a este decreto incurrirán por cada domingo que faltaren en la multa de 2 reales, que se aplicarán irremisiblemente, la mitad para el siguiente concilio y la otra mitad para la fábrica de la iglesia en que debiera haberse hecho*

la publicación. - El concilio provincial de Sevilla de 1512, encabeza la Constitución I: *Que los párrocos enseñen a sus feligreses los misterios de nuestra santa fe católica, y en todas las iglesias haya una tabla, que esté en lugar público, en donde esté escrito cuanto deben enseñarles*, e impone la multa de 1 real por cada vez a los párrocos que omitan su lectura y explicación en los domingos de Adviento y desde el de Septuagésima inclusive. Esta multa se aplicará por mitad a su iglesia y al denunciador. Manda asimismo, bajo pena de excomunión, a los eclesiásticos o seculares que enseñen a leer y escribir, que ante todo instruyan a los niños en las principales oraciones, y que no los obliguen a leer ni escribir otras cosas hasta que sepan las mencionadas.

En este mismo tiempo, dice un autor, se verificaba allende el Océano la empresa fabulosa (que acaso tal será creída por las generaciones venideras), llevada a cabo en el imperio de Moctezuma por el heroico Hernán Cortés y sus compañeros; y tan pronto como las circunstancias les dieron tiempo para pensar en algo referente a la organización del país conquistado, celebraron la primera *Junta apostólica* en la ciudad de Méjico en el año 1524, a la que asistieron treinta personas doctas: Fr. Martín de Valencia, franciscano, presidente, diecinueve religiosos de la misma Orden, cinco clérigos, cinco letrados, y aun el mismo Cortés. En esta pequeña asamblea cristiana, la primera sin duda que se celebró en el Nuevo Mundo, aquellos hombres a quienes la historia apasionada, y eso cuando más favor les hace, se empeña en presentar como temerarios, ambiciosos aunque afortunados *aventureros*, hablan, deliberan, disponen y legislan dentro del círculo que les era permitido, con una cordura y sensatez que harían honor a la asamblea más sabia, que prueba el espíritu de que se hallaban animados aquellos *aventureros*, y es un correctivo a la ligereza e injusticia con que en general han sido juzgados. Véase aquí un extracto de las disposiciones y acuerdos de *la Junta apostólica*.

"Como el conocimiento de la fe católica sea necesario a todo cristiano para su salvación, y como su ignorancia sea muy peligrosa y nociva, establecemos que todos los rectores de la iglesia parroquial tengan escritos en lengua vulgar los artículos de la fe, los preceptos del Decálogo, los Sacramentos de la Iglesia, y las especies de vicios y virtudes; y que además los inculquen al pueblo cuatro veces al año, en las festividades de la Natividad del Señor, Resurrección, Pentecostés y Asunción de la gloriosa Virgen, y también en los domingos de Cuaresma. Y si los rectores (o párrocos) fueren en esto negligentes, serán duramente castigados por su Prelado.

Tocante a la enseñanza de la Doctrina cristiana lo mismo para adultos que para niños, se mandó a todos los gobernadores de Indias que los días festivos llamasen por la mañana muy temprano a los vecinos de sus pueblos y los llevasen a la iglesia en procesión con la cruz delante, rezando algunas oraciones devotas, para que asistiesen a la misa y fuesen instruidos por su párroco respectivo en los principios de la ley evangélica; y por lo tocante a los niños y niñas se ordenó que fuesen todos los días a la iglesia guiados por una persona mayor, para que aprendiesen la doctrina y al mismo tiempo la música, para lo que se pusieron maestros competentes.»

Estas disposiciones tan sabias prueban la gran verdad que, aunque ya ha sido enunciada por la historia, creemos no se ha insistido lo bastante sobre la misma, de modo que se haya hecho resaltar lo que es debido al espíritu de los pueblos que han figurado y figurando siguen en la empresa de la civilización de los países modernamente descubiertos. Es un hecho reconocido por la historia, que entre todos los pueblos que han descubierto y conquistado algunos territorios allende los mares, sólo el pueblo español y su hermano el portugués han sabido y querido conquistar y civilizar; y al pensamiento de extender el dominio del pabellón nacional siempre ha ido unido el de extender el dominio civilizador de la Cruz. Las prescripciones u ordenamientos de la *Junta apostólica* de Méjico son una prueba más, entre las innumerables que existen, de esta verdad, tan honrosa para los descendientes de Cortés y Vasco de Gama.

Después de esta primera asamblea celebrada en el Nuevo Mundo, y pasados pocos años, reunióse en 1555 el concilio I provincial de Méjico, en el que con nueva insistencia se mandó el ejercicio *catequístico* para toda clase de personas, ya fuesen de raza europea, ya de la

americana y africana, destinando en particular el capítulo III, que lleva por epígrafe: *De la doctrina de los niños*, para ordenar y reinculcar esta enseñanza en la primera edad del hombre, fundándose en la verdad tantas veces repetida, y universalmente reconocida, de la inmensa influencia que tiene la educación de la niñez en el curso de toda la vida.

En el año 1565 se celebraron los concilios provinciales de Toledo, Valencia y Compostelano (este último se reunió en Salamanca), y todos tres cuidaron de dar prescripciones sobre el particular. El primero puso por epígrafe al título V: *Los párrocos enseñarán la doctrina a los niños en los días de fiesta, después del mediodía*; el segundo encabezó también el título V de la sesión I: *Los párrocos están obligados a enseñar la doctrina a los niños y a explicar el Evangelio al pueblo*; y el tercero encabezó igualmente el título XXXIII: *El obispo determinará los libros con que se ha de enseñar a los niños*. - El concilio provincial de Toledo, habido en el año 1566, hace extensiva a los maestros y maestras de niños y niñas la obligación de *enseñar diariamente algún punto de Doctrina cristiana*, encargando a los visitadores nombrados por el obispo, la vigilancia del exacto cumplimiento de este mandato, como puede verse en el canon XXII de la sesión III, que dice así; «Los visitadores nombrados por el obispo tendrán obligación, mientras estén de visita, de cuidar solícitamente de que los preceptores y maestros, que deben ser de buenas costumbres, enseñen diariamente a los niños algún punto de la Doctrina cristiana. Lo mismo harán las maestras de niñas, para que después, bien educadas, puedan ser buenas madres de familia. Y si fuese necesario, prescribirán a los expresados preceptores, mediante censura y hasta invocando el brazo seglar, a que cumplan estos deberes.» - Igual solicitud desplegó el concilio de Granada, celebrado en el mismo año que el anterior, o en el de 1565, y que no ha sido impreso ni publicado, ordenando que *en las poblaciones de Granada, Almería y Guadix se hagan colegios donde se adoctrinen los niños, y muy especialmente los hijos de los moriscos*. (Capítulo XXIV: *Del oficio del rector y del plebano*).

Este mismo espíritu de vigilancia en pro de la enseñanza catequística, ya mandándola, ya recordando las disposiciones anteriores, ya reglamentándola hasta con minuciosidad prolija, vemos reinar en los Concilios españoles celebrados en tiempos posteriores en uno y otro continente. A los que ya hemos citado debemos añadir el de Lima de 1582, el de Méjico de 1585, el de Toledo de 1586, y el de Tarragona de 1585, que ordena «que los rectores y demás que tienen cura de almas, que faltaren en un año por quince días continuos o interpolados en instruir a los niños en los principios de la fe y explicar al pueblo en lengua del país la palabra divina, en los domingos y días festivos, sean castigados con la pena de 50 a 100 reales barceloneses, al arbitrio del Obispo, aplicables al reparto de los ornamentos de la misma iglesia.» El de la misma ciudad de Tarragona de 1738, después de manifestar la extensión de las indulgencias y las instrucciones apostólicas, recomienda encarecidamente y propone para que se observen diligente e inviolablemente las siguientes disposiciones:

Primera, relativa a los eclesiásticos. - Que en adelante no se admita a ninguno a examen para recibir órdenes y obtener beneficios, y a ningún sacerdote para conseguir licencias de confesar, que no presente entre sus certificados el de haber asistido con frecuencia a la enseñanza del Catecismo y a las congregaciones espirituales, y de haberse portado bien en ellas.

Segunda, relativa a los seglares. - Que ninguno sea recibido al sacramento de la Confirmación; que ninguna joven sea recibida en los monasterios, ya sea para profesar, ya sea para educarse; y que ninguna persona, de cualquier sexo que fuera, sea aprobada para celebrar el matrimonio, sin que antes constare por certificado del párroco, o a él le constase bien por otra parte, que está bien instruida en los principios de la religión cristiana. Por fin, el concilio IV de Méjico de 1771, y el IV de Lima de 1772, merecen preferente atención por el gran número de sus prescripciones, referentes ya a las condiciones de los Catecismos, ya a los puntos de la doctrina que debían enseñarse, al orden de los mismos, a las personas que debían cuidar de esta enseñanza y de las que requerían especial cuidado, y los medios que debían adoptarse para hacer la misma enseñanza más provechosa y eficaz, a la vez que menos molesta. Nuestra legislación civil, nacida, perfeccionada, informada, digámoslo, por el espíritu cristiano, se ha mostrado en todos tiempos sumamente solícita de todo lo que atañe a la enseñanza de la Doctrina cristiana. La ley segunda del Fuero juzgo, lib. XII, tit. II; el preámbulo y las leyes I,

II, III, IV y XXVII del título III de las Partidas; el libro I, título I, ley única, «de la fe católica», del Fuero Real, confirmada por el Rey Sabio, en el *Espéculo*, libro I, Título II; la Nueva y Novísima Recopilación, libro I, título I, ley I; la ley, por fin, de instrucción pública de 9 de setiembre de 1857 y Real decreto de 31 de marzo de 1858, y la solemne estipulación o Concordato de 1851, artículos I y II, celebrado entre el Gobierno de España y la Santa Sede, pueden considerarse todas como leyes protectoras de la Catequística. - Por esto, repetimos, la España ha sido grande y respetada, mientras el espíritu religioso ha informado sus leyes, sus costumbres. Animada por este espíritu católico, pudo con toda felicidad dar glorioso término a la sobrehumana epopeya cuyo principio es Covadonga, cuyo fin es Granada. Alentada por ese espíritu católico, España descubre y conquista nuevos mundos; se mantiene tranquila en los siglos XVI y XVII, mientras las guerras levantadas por la herejía despedazan a todas las naciones de Europa; y por fin, en este siglo, el mismo espíritu religioso de nuestra España es el que hace desprender una piedrecita del monte que rompe los pies del coloso del siglo, y abate la soberbia del vencedor de Marengo, Jena y Austerlitz: y ¿quién sabe si en nuestros días, como presiente Pío IX, será también España la que renueve semejante prodigio, eclipsando el orgullo de la Revolución cosmopolita? Esperemos entretanto y oremos...

Mas, por nuestra desgracia, los tiempos que corren, los días que atravesamos no son favorables a la doctrina católica. Destruída por la ley la unidad religiosa, se ha dado libertad al mal para oprimir el bien: la Religión católica, única *de hecho* de los españoles, es *víctima* de la más injustificada persecución; y no obstante hasta en documentos oficiales (circular de Zorrilla) se la hace pasar plaza de *verdugo*. Ya no es el espíritu religioso, que animaba a nuestros padres al dictar leyes, el que guía a nuestros actuales *regeneradores*, sino el espíritu de hostilidad a todo lo que esparce el buen olor de Jesucristo; y, cuando no hostil, a lo menos indiferente, porque hace gala de ser ateo. ¡Pobre España! ¡Por eso eres desgraciada, y tu historia se ha cubierto de luto! ¿Quién hubiera podido predecirte a ti que un día eras la señora del mundo y en cuyos dominios nunca se ponía el sol, que habías de ir mendigando protección y amparo a naciones extranjeras que fueron tus esclavas, y que te verías expuesta a perder el último girón de tu manto real que cubrió y civilizó casa todo el Nuevo mundo? Tú, que un día conquistaste a tus mismos conquistadores, y fuiste la admiración del ilustre obispo de Hipona, san Agustín, estás en peligro de ser destruída hasta en tus fundamentos por los bárbaros del siglo XIX. Y todo esto, ¿por qué? Porque oyendo a los maestros del error, que te han hablado *dulces* mentiras, olvidaste la doctrina de Jesucristo. Porque los impíos que despreciaron la Doctrina cristiana, y los necios que hacen alarde de despreocupados, prescindieron de la enseñanza católica, e hinchados con una ciencia vana, que no es según la ley de Dios, dijeron satisfechos: «Bastámonos a nosotros mismos: apartad de nosotros las rancias y añejas consejas del Catecismo, propias sólo de espíritus apocados, útil para entretener a mujeres y niños. No queremos doctrina católica, la ciencia de tus consejos.» Y así envanecidos, ascendieron a los primeros destinos, y no supieron acertadamente legislar ni administrar justicia; y Dios, burlándose de su mísero orgullo, les negó justamente airado su luz; y se retiró de ellos, y no conocieron el camino que da paz y sólida prosperidad a los pueblos; y les entregó en manos de su propio consejo de reprobación y ruina; y no dieron a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Todo son quebrantos e infelicidad lo que les sale al paso en su camino, camino que llamaron de progreso y libertad, y sólo les rinde retroceso real, cruel esclavitud. Ignoraron, despreciaron el Catecismo que es la verdadera luz y el fundamento de toda justicia; por eso andan sin norte fijo, juguete de los encontrados deseos que levantan las pasiones. Y el pueblo español, aprendiendo de sus falsos y nuevos doctores una doctrina que no es la de Jesucristo, amenaza, sacando la última consecuencia de estas doctrinas nuevas, la vida de todo poder, de toda autoridad, hasta de la misma sociedad. Y el mundo oficial tiembla al verse al borde del abismo, que él mismo en mal hora se ha abierto a sus pies: quiere retroceder, detenerse a lo menos, y una voz, voz de muchos pueblos que él ha seducido, le aturde con horrisona gritería: «Adelante, adelante, cumple lo que has prometido, aunque se hunda todo.» Y se hundirá todo lo existente irremisiblemente si no tenemos el heroísmo del arrepentimiento. Todavía Dios, que ha hecho sanables a las naciones, se compadecerá de la generación actual y enviará días de bonanza, si reconoce el mundo que no hay más legislador ni más maestro que Dios; que la justicia engrandece a los pueblos y el pecado los hace desgraciados; que no hay otro nombre, en fin, debajo del cielo, ni otra doctrina dada a los hombres y a la sociedad, en los que podamos hallar la salvación, más que

en el nombre y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida. - Convencidos de estas verdades, y deseando con nuestro humilde valer ayudar a levantar los fundamentos del edificio social que se derrumba, sobre la piedra angular, que es Jesucristo, hemos con empeño trabajado por la organización y propagación de la Catequística, por la enseñanza metódica y constante de la Doctrina cristiana a la niñez y juventud, porque ella es la única que puede salvar al mundo, así como su olvido o ignorancia le ha conducido a su perdición. Nuestro trabajo, pues, se dirige preferentemente a formar buenos y celosos catequistas; a excitar el celo de mis venerables hermanos en el sacerdocio, ellos que son la arteria viva del Corazón de Jesús por la que comunica su vida, calor y movimiento a todos los miembros de su cuerpo místico, toda vez que la enseñanza y explicación del Catecismo es una función esencialmente sacerdotal, que no se puede abandonar a ningún seglar, aunque estos pueden ser también excelentes cooperadores a tan santa tarea. «En vano Giezi aplicó sobre el niño muerto de la Sunamitis el báculo del Profeta, dice un sabio autor, *non surrexit puer*; fue preciso que el profeta fuera allá en persona, y el niño no recobró la vida sino cuando el profeta, achicándose a su talla, hubo aplicado su boca a la del niño, sus manos a las suyas, sus ojos a sus ojos. (IV Rég. IV, v. 34). Imagen tierna del sacerdote, que debe por sí mismo, y no por un ministerio extraño, dar como una nueva vida a los niños instruyéndolos y abajándose hasta ellos.» Se dirige también a despertar en los seglares piadosos, en los maestros y maestras, que tan bien pueden coadyuvar a la regeneración de la sociedad, un vivo interés por la enseñanza de la Doctrina cristiana a la juventud; y sobre todo, a formar de la juventud estudiosa (que un día serán pastores, sacerdotes del rebaño de Jesucristo) activos propagadores del reinado de este divino Redentor; reinado que debe hacerse propagando su conocimiento y amor en las almas cristianas, en especial de la niñez, *porque afianzar lo presente es triunfar del porvenir*. Este solo deseo guía mi pluma: que Jesucristo sea conocido, amado y adorado de todos, porque en ello está la vida eterna; que el nombre de nuestro Padre, que está en los cielos, sea santificado, porque ésta fue y es la devoción favorita del Hijo de Dios, hecho hombre, de Jesucristo nuestro Señor, de su divino Corazón, y éste es el fin que el ministro de Jesucristo debe proponerse en todas sus acciones. Cristo Jesús, que tiene en su mano el corazón de los reyes, nos dé gracia para mover el corazón de nuestros lectores, a que pongan en práctica la enseñanza metódica y constante de la Doctrina cristiana a los niños, en el modo y manera que mejor puedan, atendidas las circunstancias de lugares, tiempos y personas.

Capítulo 3

Conociendo perfectamente que no hay medio más eficaz para hacer amar a Jesucristo, que hacer que le conozcan y amen sus ministros, y como muchos de ellos, por la edad o múltiples ocupaciones, se hallan impedidos de poder consagrarse con constancia a la enseñanza catequística, a vosotros me dirijo preferentemente, ¡oh mis amigos, juventud estudiosa! con la confianza de que los sentimientos y aspiraciones de un corazón joven como el vuestro hallarán grata acogida en vuestro ardiente corazón. Tiene el corazón sus argumentos, que sólo otros corazones que laten al unísono pueden comprender, dice san Agustín. Si voy recorriendo yo, hijo de la fe y del entusiasmo santo por la enseñanza catequística a la niñez, con mi *Guía práctica*, con mis razones y sentimientos el mundo cristiano, y llamo a las puertas de corazones endurecidos por los años o rancia costumbre, y les pido den hospitalidad a mis proyectos, acepten mis planes, despachen favorablemente mi petición; sé por dolorosísima experiencia que unos me responderán con desdén, otros lo mirarán con recelo, como novedad o adelanto peligroso, y los más quizás ni querrán oír mi voz. ¡Qué extraño ha de ser esto! ¿Cómo aceptar con gusto lo que promueve y aumenta los intereses de Jesús un corazón que sólo busca los suyos propios? ¿Cómo recibir con agrado lo que da a conocer y amar a Jesucristo, un alma que no lo conoce apenas y no le ama? *Si frigido loquor!!!*

A lo menos, pues, vosotros, jóvenes amados, esperanza y plantel de la Iglesia de Jesucristo, oíd mi voz, medita mis razones, que no son mías, aceptad gustosos esta corona de flores hermosas que he trabajado para orlar las sienas de nuestro amado Niño Jesús. No exijo que aceptéis todo lo que hay en la corona: desechad, si os desplacen, las cintas que unen estas flores; cambiad, si os parece, la colocación de sus colores, porque es lo único mío: las flores de

profundo saber y bella observación que hallareis, las prácticas y reglas que leyereis, son obra del buen Jesús, recogidas en hermosos tratados de Doctrina cristiana. Aceptad esas flores, pues, y desechad las cintas; agradaos y recreaos con su divina fragancia, no parando mientes en la mayor o menor destreza con que están unidas, pues la flor, aun en manos rústicas, es siempre agraciada. No dudo serán acogidas estas flores con agrado por espíritus donceles, que ya han corrido al olor de los perfumes que exhalan las flores que el divino jardinero Niño Jesús cultiva, pinta, hermosea y colora con singular destreza y bondad, y porque, además de esto, nadie mejor que vosotros, juventud estudiosa, reportará tanto provecho de la enseñanza del Catecismo. Oíd.

Una de las principales dificultades que arredran a los jóvenes al emprender las funciones públicas o solemnes del ministerio sacerdotal es la novedad, o la falta de práctica. Les sucede lo que a David al verse por primera vez armado para combatir al gigante Goliat; que se ven tristemente obligados a exclamar: *Usum non habeo*; no sé cómo combatir al error y a la impiedad; no tengo práctica; y de aquí nace muchas veces que, como el siervo inútil del Evangelio, esconden sus talentos y se inutilizan por completo. ¡Cuántos jóvenes de talento, y por otra parte llenos de buenos deseos de trabajar en la santificación de las almas, hemos visto retirarse a la vida ociosa, por creerse incapaces de superar las primeras dificultades de la carrera sacerdotal! ¡Cuánta lástima no inspira el ver que la luz se esconde bajo el celemín, y las almas quedan sumidas en las tinieblas y sombra de la muerte eterna. Y todo esto por no tener cierta destreza que sólo se adquiere con la práctica! ¡Qué cuenta tan rigurosa habrán de dar a Dios muchos sacerdotes que desoyen los clamores de pueblos hambrientos de la divina palabra, y se excusan diciendo que no pueden o saben anunciársela, todo por culpa de no haberlo aprendido cuando jóvenes, repartiendo el pan de la Doctrina cristiana a los pequeñuelos! Oigan lo que les dice san Bernardo: *Quos non pavisti, occidisti*. A ti, oh Catequista, se exigirá su muerte: no los alimentaste con el pan de la divina palabra a su tiempo, y murieron de hambre, sepultados en las tinieblas de la ignorancia; tú, pues, los has matado, y pagarás tu criminal descuido con pena eterna.

Pues bien; estos inconvenientes los evita el joven catequizando, porque logra con ello formarse para el ministerio del púlpito. Avezado a hablar en público, levemente le perturba la presencia de numerosos oyentes. Habitado como se encuentra a expresar sus pensamientos, sabe accionar de un modo natural y con unción santa, y hasta improvisa en ciertos casos: como está ejercitado en tratar todos los asuntos fundamentales de nuestra santa Religión, no teme la falta de memoria ni de palabras para expresar sus conceptos: de aquí nace la suma facilidad en componer sin pena sermones y pláticas; de aquí proviene el que esté siempre preparado para dar razón de su fe, como dice el Apóstol, y para dar el pan de la palabra eterna a todo el que se lo pida; de aquí, en fin, resulta que no siendo esclavo de lo literal del manuscrito, puede en muchos casos y sabe entregarse a las inspiraciones del momento, a los arranques oratorios que triunfan de la resistencia del ánimo de los oyentes, porque naciendo de un corazón conmovido van directamente al corazón.

Además, los pueblos miran con buenos ojos a un joven que se ocupa de los niños. ¡Cuántas veces hemos oído de boca de padres, por otra parte poco religiosos, al hablar de un Catequista celoso: «¡Fulano es un santo! ¡Jesús, cuánta paciencia! Yo no puedo sufrir a mi pequeño un momento, y él tiene a centenares a su alrededor, y conversa con ellos amigablemente. ¡Oh! ¡cómo Dios se lo recompensará en el cielo! ¡qué corona de gloria le espera!» Efectivamente, si fuéramos un tantico avaros de nuestra salvación eterna, ninguna función amaríamos tanto como la de catequista, porque prescindiendo de que aquí no hay que temer la vanidad, tentación sutilísima que arrebató el mérito de casi todas las buenas obras, se ganan méritos proporcionados a las penas de esta función, a los disgustos que la acompañan, y al menosprecio que el mundo la concede. Se logran en él las magníficas recompensas prometidas a los que instruyen a los otros en la justicia: *Fulgebunt quasi stellæ in perpetuas æternitates* (Daniel, XIII, 3): se obtiene la expiación de los pecados, según san Jaime (v. 20): *Qui converti fecerit peccatorem ab errore viæ suæ, operiet multitudinem peccatorum*. Se ganan en él las gracias prometidas a la misericordia espiritual más excelente, porque aquí se aplican con toda su fuerza literal las palabras de Jesucristo: *Qui suscepit unum parvulum talem in nomine meo, me suscipit* (Matth. XVIII,5). *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi*

fecistis (Matth. XXV, 40). Palabras llenas de consuelo, y que deben llenar el corazón del Catequista de segura esperanza de ser admitido un día a los dulces abrazos de Jesucristo, cuando pueda decirle con toda verdad, mostrándole sus pequeñuelos: *Gaudium meum et corona mea*. He aquí, Señor, a tus pequeñuelos que me diste, y fueron mi gozo y mis delicias en el mundo, porque con mis cuidados preservé a unos, saqué a otros del pecado, y he guiado a todos al puerto de salvación. Sean pues, los mismos mi corona de gloria e inmortalidad en el cielo: corona de gloria e inmortalidad que le ayudarán sobremanera a alcanzar las oraciones de los niños y de sus Ángeles custodios. Efectivamente, aunque no hubiese para el Catequista otra ventaja que el merecer tener parte en las oraciones de los niños, serían con usura recompensados sus trabajos por la enseñanza del Catecismo. *No me acuerdo que Dios me haya negado jamás cosa alguna, por intercesión de María santísima, cuando he orado en compañía de los inocentes niños*, decía san José Calasanz. Y nosotros mismos podríamos referir algunos hechos admirables, conversiones de almas obtenidas sin duda alguna por las oraciones de los niños. En la memoria de todos vive lo que pasó hace un año con el celoso catequista C. en Tortosa. Enfermo y desahuciado de los médicos, todos le pronosticaban una muerte próxima e inevitable; no obstante, como él mismo afirma, nunca creyó que moriría por entonces, porque los niños de su catequística rezaban por él, y tanto que se ofrecieron misas, partes de Rosario, Padrenuestros y oraciones más de lo que necesitaba, porque habiendo corrido falsamente la voz de su muerte, se esmeraron todos los niños en multiplicar sufragios y oraciones por su alma. Y vive hoy día sano y bueno, confesando que debe su salud a las oraciones de sus niños. Este hecho me recuerda lo que la historia refiere del piadoso catequista Gersón. Había recomendado a sus niños que cuando él estuviese enfermo, repitiesen a menudo a Jesucristo esta tierna plegaria: *Dios mío, Criador mío, tened compasión de vuestro pobre siervo Juan Gersón*. Y en su última enfermedad fue cosa de ver el espectáculo tiernísimo que ofrecían multitud de niños, que, postrados con devoción delante de Jesús sacramentado, en la iglesia donde les enseñaba el Catecismo, repetían con gran fervor muchas veces: *Dios mío, Jesús mío, apiadaos de vuestro pobre siervo Juan Gersón*. Digno premio por cierto con que Dios recompensó los grandes trabajos que por los niños se tomó este hombre extraordinario; y el mismo tendrá sin duda todo buen Catequista que, como Gersón, les repita a menudo: «Queridos niños, venid a mí confiados; nos comunicaremos mutuamente los bienes espirituales; yo os daré la leche de la doctrina y vosotros me abriréis el cielo con vuestras oraciones; vosotros interesaréis a favor mío a vuestros Ángeles buenos, que siempre ven la cara del Padre celestial; vosotros me ganaréis el corazón de Jesucristo, que ama tanto a los niños y a los que toman cuidado de ellos. De esta manera ciertamente conseguiremos misericordia ante nuestro Padre. No nos faltarán castos abrazos de cariño y amistad, que nos sirvan de consuelo en los infelices días de nuestra vida, hasta estrecharnos en perpetua unidad en la gloria consumada.»

Capítulo 4

No se pueden calcular las ventajas que la enseñanza del Catecismo reporta a los fieles, a una parroquia, a toda la cristiandad. La Catequística, especialmente empleada en los niños, es el medio más eficaz para civilizar y cristianizar a los pueblos, y liberrar al mundo de grandes cataclismos. Ningún género de predicación le es comparable, y es evidentemente el mejor modo de enseñar la Religión. Los sermones son como grandes lluvias que, arrastradas por su propia violencia, ni penetran ni benefician sino las tierras bien cultivadas, y dejan sin fecundizar las otras; mientras que el Catecismo es como esas lluvias menudas y suaves que, repetidas, se infiltran sin sentir aún en las tierras peor dispuestas. Es un hecho reconocido por todos, que a una parroquia aprovecha más un buen Catequista que un gran predicador, y que las personas del mundo aprovechan más asistiendo a un buen Catecismo, que oyendo muchos y muy elocuentes sermones. Aquí se desmenuzan, digámoslo así, las verdades de salud; aquí se repiten sin fastidio; aquí se averigua si son bien entendidas, y con un lenguaje familiar se instruye deleitando en todos los deberes del hombre y del cristiano.

El Catecismo, así como es la última esperanza de regeneración del mundo, debe ser el primer cuidado de un celoso sacerdote. Parroquias hay en que reina una espantosa ignorancia religiosa, y por consiguiente, donde campan por sus respetos las pasiones sin freno, los vicios

con el mayor descaro; y donde en fin se vive y se muere como los brutos. Los niños, pues, y sólo los niños, pueden en este caso regenerarla. Un día estaban deliberando muchos sabios para remediar los males que causaba la corrupción de costumbres a su patria. Después de indicar varios proyectos, uno de los asistentes arrojó en medio de la reunión una manzana podrida, y les preguntó: «¿Qué remedio tenéis para volver buena esta manzana? - Ninguno, replicaron todos. - Pues yo poseo un secreto infalible; y es que sacando la simiente o las pepitas se siembren y con cuidado se cultiven, y dentro de poco tiempo serán árboles que producirán sazonados frutos.» Éste es el único secreto infalible para obtener una restauración social en nuestros días, el cultivar la inocencia, haciéndola crecer en la ciencia de Dios y en el amor de la Religión. Estos niños, oh sacerdotes, que ahora descuidáis y miráis con indiferencia cómo divagan por las calles y plazas oyendo sólo blasfemias y perversas doctrinas, y viendo escandalosos ejemplos, serán un día padres de familia, empuñarán las riendas del gobierno de una ciudad, de un pueblo o quizá de toda una nación: y si son educados en el temor de Dios, amarán la Religión y sus ministros, educarán a sus hijos en la piedad, y florecerá la práctica de la Religión. Pero si, crueles, los abandonamos a sus perversos instintos, y les dejamos crecer sin fe, sin Dios, sin Religión, se llamarán un día, Pyat, Vallés, etc., que sembrarán la faz de la tierra de escombros y ruinas, devastación y muerte. Las desgracias que hoy día lamentamos, el estado angustiosísimo en que se halla nuestra España, es fruto natural que da el árbol de la impiedad, sembrado por el enemigo en los años del 32 en adelante en el campo del Señor, en la heredad de María Inmaculada, mientras dormían sus buenos operarios, o eran impedidos por las discordias de hermanos. La generación actual se formó en aquella triste época, aciaga para la Religión y la enseñanza de la Doctrina cristiana, y no podrán curarse ya aquellas heridas, sanear aquellos frutos emponzoñados sino plantando una nueva generación con la enseñanza catequística.

Además, la acción del sacerdote católico, desgraciadamente por algunas prevenciones que hay contra él creadas por la calumnia, entre ciertas gentes no tiene entrada, no se escucha su voz. Pues bien, los niños serán el auxiliar del sacerdote, un misionero para aquellos padres, para aquella familia. Las pequeñas recompensas, el afecto que profesa a los niños concilian al sacerdote el afecto y confianza de los padres. La modestia, piedad y docilidad de los niños hablan a los padres muy alto a favor de la Religión que tales sentimientos inspira. Como el niño no sabe fingir por causa del respeto humano, dice en casa, cuenta todo lo que ha oído en el Catecismo: los ejemplos, historietas, etc., y si es piadoso y celoso, les obliga a veces con súplicas y lágrimas a que le acompañen a los actos religiosos; y este pequeño apóstol, dirigido por las oportunas lecciones de su Catequista, logra lo que nunca hubiera podido obtener el más sabio sacerdote. Así comenzó san Francisco Javier la conversión de los indios, llamando con la campanilla en la mano los niños, al recorrer las calles de Goa; así se renovó la Iglesia en los siglos XVI y XVII; así lo practicaron los más grandes obispos y sacerdotes, san Carlos, el venerable Bartolomé de los mártires, san Francisco de Sales, san Vicente de Paúl, Olier, santo Toribio y Alejandro Sauli; así se santificarán hoy día los pueblos y se renovará la faz de la tierra; así, en fin, será amado y apreciado el sacerdote católico, porque se conocerá por provechosa experiencia lo que es, cuánto vale su misión, cuán beneficiosa es su influencia para la salvación del mundo.

Por fin, con la enseñanza catequística se adquiere la inestimable ventaja de haber asegurado con las más sólidas garantías la salvación eterna de los niños. Esa semilla de vida eterna que con su palabra arroja el Catequista en el corazón inocente de los niños, será quizá más tarde ahogada por la maleza de las pasiones: no obstante, tarde o temprano, esas pasiones callan y renace la fe con el recuerdo de los días tranquilos, de la paz que gozaba el corazón en los días de su inocencia cuando aprendía las verdades de nuestra santa fe en el Catecismo. Bastará una enfermedad, un revés del mundo para desvanecer las ilusiones de la juventud, y entonces los remordimientos le forzarán a volver a la casa paterna de su Dios, como otro hijo pródigo, al reflexionar sobre su triste estado actual. Muchos hombres en su vida describen una curva reentrante, cuyo fin termina en el punto de partida de la juventud. «Casi nunca sucede, dice un sabio autor, que después de haber estado bien instruido en la Religión desde la primera infancia, se muera impenitente; mientras que es muy difícil, y casi imposible, que los que no han sido formados por buenos catecismos entren de nuevo en el buen camino, aun en la muerte. Su ignorancia hace que no tengan interés por todo lo que se les pueda decir, y así se

hallan en situación casi desesperada. Donde no se ha echado ningún fundamento, no se pueden levantar más que ruinas.» Cervera, Sánchez Ruano, Joarizti, y otros, en nuestra España, y los que han sido sentenciados por los delitos de la *Commune* de París dan de ello ejemplos muy instructivos. Por cierto que esta sola reflexión debería bastar a todos los que en su pecho tienen una centella de celo de la salvación de las almas, para empezar o proseguir con todo empeño la enseñanza catequística. Ella debía hacer olvidar las molestias y disgustos que a veces hay en tratar con niños. Además de que ¿qué sería de nosotros si en nuestros primeros años no se nos hubiese enseñado a amar y servir y temer a Dios? ¿Seríamos sacerdotes? ¡Ah, no!, es bien cierto; y quizá, y sin quizá, ni siquiera seríamos hombres honrados. Pues bien, el recuerdo de la paciencia que otros se han tomado para con nosotros, en acción de gracias a Dios, tomémosla nosotros para con los demás.

Si las dulzuras de la amistad tienen suficiente encanto para hacernos olvidar del trabajo que pueda haber en mostrar y explicar las bellezas de un paisaje, de una obra de arte, que mil veces hemos explicado a otros; la caridad paternal ¿no hallará medios de endulzar el disgusto que puede hallarse en una misión tan hermosa como es enseñar a los niños y repetirles las verdades de nuestra santa fe, quién es Dios, Jesucristo? «Si un padre, dice san Agustín en su libro admirable *De catezichandis rudibus* (c. 10 y 12), halla su gozo en tartamudear medias palabras con su hijo para enseñarle a hablar; si una madre halla más placer en derramar en la boca de su hijo un alimento proporcionado a su flaqueza que en tomarlo ella misma; si una gallina cubre con sus decaídas alas a sus pequeñuelos más tiernos, y los llama con una voz entrecortada bajo sus alas para ponerlos a cubierto del ave de rapiña que quisiera arrebatárselos, ¿con qué placer no debe el sacerdote achicarse, poniéndose al alcance de los niños y vencer a fuerza de amor las penas inseparables de su instrucción, él en quien la caridad debe haber puesto entrañas de padre, de madre, las entrañas mismas de Jesucristo, este adorable amigo de los niños, que tanto hizo y sufrió para la salvación de su alma?» «Acordémonos, prosigue el mismo Santo, cuando el fastidio turbare la serenidad de nuestra alma en la enseñanza del Catecismo, que Dios *ama mucho al que da con prontitud y alegría.*» (II Cor. IX, 7).

¡Dichosas, pues, las parroquias instruidas por buenos Catequistas! La mejor bendición de Dios han obtenido, porque en ella todas las funciones del ministerio sacerdotal serán fáciles y provechosas. Las verdades predicadas serán bien comprendidas, y cayendo la semilla de la divina palabra en tierra bien preparada, dará ciento por uno; el tribunal de la penitencia perderá sus más grandes dificultades, porque los fieles aprenderán el modo de disponerse para recibir provechosamente tan santo sacramento; la visita a los enfermos será obra de consuelo, pues su fe ilustrada les facilitará entrar en los sentimientos de conformidad y amor de Dios, de contrición y esperanza, de sacrificio y abandono en las manos de su Padre celestial; el pueblo amará sus sacerdotes, y el sacerdote hallará su mayor dicha en verse rodeado de sus hijos, y morarán unos y otros en abundancia de paz, sin que las bestias de las malas pasiones transiten por allí. Los niños irán en tropel, así que divisen al sacerdote Catequista a besarle la mano, y recibir alguna de sus caricias; y hasta abandonarán gustosos el lado y la compañía de sus padres, sus juegos infantiles para gozar de su presencia y de su amistad. Serán su gozo y su corona en vida, su mayor consuelo en la hora de la muerte, y su premio en la eternidad.

«Al contrario; la parroquia donde no se haga bien el Catecismo, dice el sabio Pratmans, obispo de Tortosa, la juventud caerá pronto en la ignorancia, y de aquí pasará a los otros extravíos a que la fogosidad de las pasiones arrastra con demasiada frecuencia, aun a aquellos que son formados con cuidado; los desórdenes se multiplicarán, y poco a poco este campo fértil no producirá más que espinas y abrojos.» «Estos niños que dejáis crecer en la ignorancia de nuestros misterios, dice Massillon, dirigiéndose a los curas descuidados en hacer el Catecismo, son plantas que dejáis secar desde su nacimiento. En vano procuraréis regarlas y cultivarlas más tarde; el mal es sin remedio. Según parece, vosotros no habéis dado a estas inocentes víctimas la vida de la gracia por el santo Bautismo, sino para arrebatársela y ahogarlas desde la cuna, no alimentándolas con la leche de la doctrina santa. Llevarán delante de Dios el título augusto e indeleble del cristiano; mas este título será el título terrible de vuestra condenación, más bien que el de la suya; se levantarán contra vosotros, y pedirán venganza de la profanación y del envilecimiento a que los habéis abandonado, después de haber hermo­seado

su alma... Y lo que hay aquí de terrible es, que prepararéis a vuestros sucesores el mismo escándalo; al morir dejaréis en medio de vuestro pueblo una llaga por la cual su celo no podrá quizás hallar jamás remedio: porque ¿qué fruto podrá hacer después de vosotros un santo sacerdote en una parroquia en que no hallará ningún conocimiento de la Religión, en que sería preciso hacer volver a las instrucciones de la niñez a unos fieles a quienes su edad o sus ocupaciones harán en adelante incapaces de ellas?» ¡Oh fe santa!, ilumina nuestras almas, las almas de los atalayas de Israel!

Capítulo 5

Las mejores empresas, los más costosos trabajos y sacrificios se malogran las más de las veces por falta de unidad, de fin, de objeto determinado. Para que el buen Catequista, desde el momento que ingresa en tan santa Asociación, no sea como aquellos necios que se entretienen fatigándose en azotar el aire, perdiendo tiempo y trabajo, y desengañado haya de exclamar a la postre: *Ergo erravi a via veritatis*; para que no arroje sus tesoros en sacos rotos, que dejan escapar cuanto en ellos se echa, queremos ya prevenirle desde el principio, precisándole el fin que ha de tener, el blanco a que ha de dirigir todos sus afanes en la enseñanza del Catecismo. Si está bien penetrado del fin, y enamorado de él, de seguro pondrá en práctica con celo y constancia los medios más aptos a alcanzarlo. Con toda claridad está expresado en el artículo primero y segundo del Reglamento, que no es otro que destruir la ignorancia religiosa, y contrarrestar la propaganda del error y de la inmoralidad; cautivar el corazón de los niños para formar con toda perfección la imagen divina de Jesús en los lienzos de su alma inocente; en una palabra, vestirlos del hombre nuevo y despojarlos del viejo, como encarga san Pablo: *Que viva Jesús y muera el pecado en el alma de los niños*. No extrañe, pues, el Catequista que, atendida la importancia de este fin, se lo recuerde muchas veces en esta instrucción, porque he visto por experiencia, que sólo han sido buenos catequistas los que han comprendido esta verdad; y el salir más o menos excelentes catequistas, depende de los grados de persuasión mayor o menor que se tiene de ella.

Para que la grandeza y sublimidad de la empresa no haga desmayar al Catequista, considere que no está solo: porque si es una verdad de fe que conviene siempre tener presente, y más aún al tratarse de una obra sobrenatural, lo que dijo Jesucristo: *Sin mí nada podéis hacer*; también es igualmente verdad, como exclamaba el apóstol san Pablo: *Que todo lo puedo en Dios que me conforta*. Este *todo* y esta *nada* son como los dos puntos cardinales que obran las maravillas de la gracia. Todo con Jesucristo, nada sin él. Cuanto más fundado esté el Catequista en la omnipotencia de este *todo* y más desarrimado de la miseria de su *nada*, verá mayores prodigios, recogerá más copiosos frutos. Son, puede decirse con toda verdad, los dos brazos de la palanca que el cielo nos pone en las manos, entrega a nuestra disposición para levantar el mundo moral. El punto de apoyo es la confianza que tenemos en Dios; el brazo de la potencia es el poder de Dios; la resistencia es nuestra nada, en la cual, cuanto más nos apoyamos, más impedimos la acción omnipotente de Dios. A veces, es verdad, desconfiamos de nosotros, de nuestras fuerzas o flaqueza; pero, por otra parte, no nos apoyamos lo bastante en la bondad de Dios, no fiamos en su poder, y como no creemos vivamente, no vemos la gloria de Dios en todo su esplendor, porque su misericordia es sobre nosotros, como canta la Iglesia, a medida de la confianza que tenemos en él. Acortemos, pues, el brazo de nuestra resistencia, y alarguemos cuanto queramos el de la potencia de Dios, que si con humildad y confianza filial en Dios nos apoyamos, tenemos resuelto el problema de Arquímedes; con esta palanca daremos un vuelco al mundo; lo revolveremos, regenerándolo completamente: de parte de Dios, es cierto, no ha de faltar.

Además, los Ángeles y Santos del cielo nos prestarán su apoyo, y, créame el buen Catequista, sólo falta que nosotros en la enseñanza del Catecismo imitemos la conducta de los santos Ángeles: inspirando más bien que reprimiendo, animando suavemente y no forzando, porque es un prodigio lo que vale para ganar los corazones el tratarlos cordialmente, con dulzura y con amor. Somos todos amigos en exceso a nuestra independencia y libertad, y no consentimos sino de muy mala gana, que alguien quiera imponerse, dominar en nuestro corazón. Esta conducta sólo serviría para alejar los niños. Pero más extensamente requieren

ser tratados estos puntos, y lo haremos con el favor de Dios en los siguientes párrafos. Sólo, como fundamento, no olvide jamás el Catequista, al intentar mover los corazones hacia Dios y encadenarlos a su servicio, aquella verdad que con tanta maestría prueba santo Tomás, a saber, que *voluntas humana non movetur nisi a Deo*. Nadie puede mover la voluntad humana sino Dios; sólo Dios guarda las llaves del alcázar de nuestra voluntad racional, inexpugnable a halagos y terrores; pero está reservado el secreto de moverla eficazmente a los que se unen a Dios, y son devotos del sagrado Corazón de Jesús.

Capítulo 6

Artículo I.

Si el fin del Catequista es formar en el corazón de los niños la imagen perfecta de Jesús; darlos a luz otra vez, como dice el Apóstol, hasta que se forme en ellos Jesús; revestirlos de los mismos sentimientos y afectos que Cristo Jesús tiene en su Corazón; si para fin tan alto, para que enamore y captive todo el afecto de la niñez, necesita hermosear esta imagen, avivar su colorido, e imprimirle animación, menester es que esta imagen divina de Jesús se halle perfectamente grabada, esculpida en el alma del Catequista, que la aprehenda con viveza, que la contemplación de su belleza celestial forme todas sus delicias, y llene su espíritu y satisfaga su corazón: en una palabra, que al presentar a los niños la imagen celestial de Jesús orlada con todos los despojos y victorias que ha conseguido sobre el corazón humano en todos los siglos, les diga con el mismo espíritu con que un día hizo oír su voz el Eterno Padre al descubrirla al mundo: *Hic est Filius meus dilectus*: «Éste es mi amado Jesús, en quien tengo todas mis complacencias»; contempladle con atención, oídele con amor, amadle sobre todas las cosas, porque es todo amable, todo deseable.

Dice el V. Avila: Para ser buen sacerdote menester es solamente amar mucho a Jesucristo: amadle, y todo lo tenéis hecho. Me admira y pasma la indiferencia con que cuidan muchos corazones que todos los días reciben a Jesús, los intereses de este mismo Jesús, y me obliga a veces a exclamar con lágrimas en los ojos: *¡Si cognovisses et tu! ¡Si scires donum Dei! ¡Oh hermano mío muy amado!, ¡si conocieras el don de Dios, quién es ese Jesús que todos los días entra en tu corazón!, ¡si oyeras su voz!, ¡si contemplases su hermosura! ¡Cuán diferente sería tu proceder!, ¡cómo tus palabras tendrían virtud bastante para hacerle conocer y amar! ¡Pero ¡ay! Por desgracia todo esto oculto está a tus ojos, y como ciego no ves, ni lloras tu miseria! ¡Oh buen Jesús! Cura nuestra ceguera espiritual como curaste la del ciego del Evangelio, pues por todos te digo y te suplico: *Domine, fac ut videam*; ¡que veamos y conozcamos quién eres Tú, cuán grande tu belleza, cuán amable tu bondad!*

§ 1.º

Es, pues, necesario que si el Catequista quiere cumplir con su deber, antes que todo sea devoto y familiar amigo del Corazón de Jesús, y se persuada plenamente que sin Jesús nada bueno puede hacer; y así, a Jesús acuda, a Jesús ore, a Jesús y de Jesús hable, y por Jesús lo haga todo: de otra suerte, no apoyándose en este cimiento, no edificará sino ruinas; no sacando el jugo de este árbol, no dará frutos sazonados; no siendo, en una palabra, arteria viva del Corazón de Cristo Jesús, no podrá comunicar vida, calor, ni movimiento sobrenatural a las almas, a los corazones de sus oyentes. Además, Jesucristo prometió a la B. María, que las personas que propaguen la devoción a su divino Corazón, tendrán su nombre inscrito en este Corazón sagrado, y jamás de él será borrado.

Un corazón central, que es el de Jesucristo, reúne todo lo bello, lo atrae todo, lo vivifica todo. Es el Corazón de Jesús el centro de los corazones cristianos, y la humanidad toda tiene en el Corazón de Jesús un corazón común, una sangre de comunión, cuyas santas efusiones van a solicitar y procuran vivificar al mundo todo. Los latidos de este Corazón divino resuenan en todos los corazones; y los une, los purifica y los mueve, y obliga a caminar hacia la justicia, la luz y el amor. Los corazones todos deben ir al Corazón de Jesús, si quieren alcanzar la vida. La

divina irradiación del Corazón de Jesús, más poderosa que la del sol, derramándose sobre el mundo, va a encontrar el centro de todas las almas para con su virtud divina comunicarles su espíritu y vida. Y esos divinos impulsos de amor y de luz que salen de continuo del Corazón de Jesús hacia todos los demás corazones, constituyen, como dice un sabio escritor en nuestros días, la gracia, don interior que eleva el alma a la vida eterna, la despoja de su egoísmo y sensualidad, y la hace vivir vida de perfecto amor y sacrificio. He aquí las dos virtudes que más brillan en el Corazón de Jesús; los dos rayos más luminosos que despide el sol de Justicia Cristo Jesús; los dos focos más intensos de luz y calor, de movimiento y vida que emergen de su abrasado Corazón: El amor y el sacrificio, fuente de todo bien y de toda virtud, de todo acto heroico, en contraposición a nuestro egoísmo y sensualidad, causa de todo mal, fuente de todo pecado, raíz de todas las bastardas pasiones y actos de ignominia. Como, pues, el Catequista no ha de tener otro fin que el hacer que viva Jesús en los corazones, y muera el pecado, es para él de absoluta necesidad que ame a Jesús, que se una a Jesús, que viva de Jesús, y no ceje en este propósito hasta que con toda verdad diga con el Apóstol: «Vivo yo, más no yo, porque Jesús vive en mí.» Así será su ministerio fructuoso para sí y para las almas a él confiadas. Sin amor y sacrificio, no podrá cumplir bien el Catequista su interesantísimo ministerio; sin amor y sacrificio no hará otra cosa más que dañar a las almas de los niños. Si no tiene o se esfuerza para alcanzar este amor y sacrificio, que se retire, que no emprenda la obra de la Doctrina cristiana, porque no pueden promover los intereses de Cristo Jesús los que no están animados de su espíritu, los que están comprendidos bajo el anatema del Apóstol del amor a Jesucristo, san Pablo, cuando dice: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema, Maran Atha* (1 Cor. XV, 22).

§ 2º.

Y María, Madre de los niños, escucha sus ardientes suspiros; entiende sus castos amores, y acoge con celestial sonrisa sus dulces miradas. Ella los dio a luz entre los dolores del Calvario: ¡son suyos! (*P. Marcos de la Concepción*)

A la devoción del Corazón de Jesús debe unir inseparablemente la devoción a María Inmaculada en el misterio de su Purísima Concepción. Decía Lutero inspirado de Satanás que ninguna festividad de María odiaba tanto como la de su Inmaculada Concepción; pues el devoto de María ninguna festividad de esta Señora debe celebrar con tanto fervor como la sobredicha; porque ella es para María el fundamento de sus grandezas, la primera de sus excelencias, la más singular de sus prerrogativas, la más amada y apreciada de todas las gracias para su corazón, el más glorioso florón de su corona, el más grande de sus privilegios, el principio de sus glorias, la cifra, en fin, y compendio de sus gracias y carismas. Por esto, pues, y por ser tan necesaria la guarda de la pureza, y tan difícil y raro el conservarse puro en este siglo corrompido, porque como dice el sabio y experimentado doctor san Alfonso Ligorio, no hay alma en el infierno que no esté condenada con algún pecado de impureza, debe el celoso Catequista inspirar en el corazón de los niños la devoción a tan preclaro misterio; y es lo cierto que si él no le profesa a la purísima Concepción de María especial amor, no será capaz de infundirlo a los otros. Damos lo que tenemos: de la abundancia del corazón habla la boca.

§ 3º.

No me acuerdo hasta ahora haber suplicado cosa a san José que la haya dejado de hacer... Este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas las necesidades. Pruébelo quien no lo creyere. (*Santa Teresa de Jesús*)

Habiendo hablado de Jesús y de María, imposible es dejar la pluma sin decir algo del bondadoso san José, protector de la niñez, modelo, guía y patrón de los que dirigen la juventud. Es José como la llave que abre la puerta de la devoción a Jesús y María. Es imposible amar a este Santo bendito sin cobrar especial cariño al Niño agraciado que lleva en sus brazos; Niño Dios, pero que José acaricia como a su hijito, le cuida como padre, le guía como maestro, le protege como tutor, y le salva como guardián de los tesoros del rey de la gloria. A José es a quien ha hecho Dios como Señor de su casa, y príncipe de su posesión, entregándole lo que más amaba, a Jesús y a María. No puede escoger más eficaz modelo y auxiliar el buen

Catequista para el feliz desempeño de su misión en la instrucción de la juventud y niñez que el tomar por especial protector y padre al glorioso san José. El Santo le enseñará el modo de burlar las celadas que el Herodes infernal prepara a la incauta niñez; le inspirará medios de mover los corazones hacia Jesús y María; le dará el espíritu de oración, de fe, de mansedumbre, y, sin sentirlo, experimentará notables progresos en la virtud en todos los niños; porque este Santo socorre en toda necesidad, y cuanto pide alcanza, como dice santa Teresa de Jesús, y por fin, sólo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no lo creyere, y verá por experiencia cuan gran bien es encomendarse al glorioso Patriarca san José, y tenerle devoción.

§ 4.º

Los santos Ángeles ayúdanos cuando trabajamos; hácennos sombra cuando reposamos; anímannos cuando peleamos; coronnanos cuando vencemos; compadécense cuando padecemos por Dios. (San Agustín)

Por último, aunque se me tilde de molesto y porfiado, no quiero ocultar al celoso Catequista uno de los medios que mejor le ayudarán a su fin: medio suave y dulce, consolador y eficaz, hacedero, no difícil; y este secreto es la devoción singular a los santos Ángeles de la guarda. No es nuestra lucha y combate, no son tanto nuestros enemigos los visibles, sino los invisibles: los malignos espíritus son los que esterilizan nuestros esfuerzos y los medios de salvación que proponemos a la niñez. Conviene, pues, invoquemos sin cesar y hagamos de nuestra parte los espíritus buenos que combaten e inutilizan los empeños de los ángeles malos; de otra suerte lucharemos con éxito desigual. Es un prodigio lo que vale para ganar las voluntades e inclinarse al bien el saludar a los Ángeles custodios de aquellos con quienes vamos a tratar. Mil veces hemos visiblemente experimentado los santos efectos de esta devoción, viendo coronados nuestros deseos sobre nuestras esperanzas; logrando suavemente nuestro fin cuando todo en lo humano parecía conjurarse contra él. Y es que estando interesados, como el que más, los Ángeles buenos en que sus clientes sean buenos cristianos, sigan las inspiraciones del cielo y se salven, cuando ven a alguno que se ocupa en el mismo fin de salvar almas, cuando observan algunos, por desgracia pocos en nuestros días, que con celo y buena intención se esmeran en utilizar y ayudar las buenas inspiraciones, los santos designios que Dios tiene sobre cada uno, no pueden menos de bendecir estos trabajos, presentarlos con sumo agrado a su Dios, y prestarles su eficaz y poderosísimo apoyo. Y mientras el Catequista habla al oído de los niños, sus Ángeles les tocan el corazón, se lo abren, como dicen bellamente los Libros santos, para que entiendan y atiendan a las verdades de salud que les enseña y, con menos trabajo, logra más copioso fruto, porque obliga con sus oraciones a los Ángeles a que le presten su eficaz ayuda y cooperación. Además, esta sencilla y consoladora práctica irá formando en el corazón del Catequista el espíritu de fe, el espíritu de oración, sin el que es imposible desempeñar con acierto ninguna de las funciones del ministerio sacerdotal. Se acostumbrará a ver en cada niño un alma inmortal, un presunto heredero del reino del cielo: bajo sus delicados miembros descubrirá una imagen perfecta de su divino maestro Jesucristo; sobre su frente pura leerá con caracteres de sangre divina el amor y aprecio infinito que Dios tiene a aquellas inocentes criaturas, y amaré con amor de madre a aquellos a quienes Dios ama como a sus queridos hijos; sufrirá con caridad cristiana a quien Dios respeta como templo vivo; y cuidará con esmero de la santificación de los niños, resonando de continuo en su corazón aquella voz amorosa de Jesucristo: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo estorbéis, porque de ellos es el reino de los cielos; porque sus Ángeles ven siempre el rostro de mi Padre celestial; porque si no os hicieris como niños, no entraréis en el reino de los cielos.»

Artículo II.

Dicen los Libros santos, y la experiencia lo confirma, que cual es el rector o director de una ciudad, tales son los habitantes que moran en ella. Lo mismo sucede en el Catecismo: cual es el Catequista, tales son los niños: si es flojo, todo está adormecido; si desidioso, todo descuidado; pero si es activo, todo está animado; si celoso, todo prospera. De aquí es que casi todas las reglas y observaciones, todos los medios que proponemos, se dirigen principalmente a formar buenos Catequistas, porque, esto hecho, lo demás se dará como por añadidura.

Hemos visto Catecismos muy concurridos y florecientes, en tanto grado, que al hacer la plática al final, estaba llena la iglesia de adultos y padres de familia, sin los doscientos niños y niñas que ordinariamente concurrían; pues bien, al cabo de un mes de cambiarse el director activo y celoso por otro desidioso, asistían (contados fueron) cuarenta entre niños y niñas y dos ancianas mujeres. Además de que es una gracia singularísima, que nunca se pedirá bastante a Dios y a los Angeles custodios, la que se necesita para hacer bien el Catecismo, porque es más difícil hallar un buen Catequista que un buen predicador; pero será fácil con la gracia de Dios, si a las advertencias hechas en los párrafos anteriores se añaden las que vamos a dar en los siguientes.

§ 1.º

La ciencia de la teología es el fundamento esencial de toda buena predicación. (C)

No puede nadie dar lo que no tiene: *infunde, ut effundas*, decía san Bernardo. Los que antes de ser suficientemente instruidos se meten a enseñar, asumen el difícil cargo de doctor antes de ser aprovechados discípulos, se parecen a los pequeñuelos de las aves que abandonan su nido para lanzarse en el espacio a volar antes de tiempo; que cuanto más alto intentan subir, faltándoles el aliento y la fuerza, vienen por fin al suelo y se estrellan miserablemente. Como al Icaro inconsiderado de la fábula, derrítenseles sus ajenas alas, y caen tal vez para nunca más levantarse y hacer cosa de provecho. Antes, pues, de enseñar, debemos estudiar, aprender bien, y mucho. Causan lástima y muévenme a compasión y enojo a veces ciertos catequistas y aun oradores desprovistos de doctrina al oírles tan sólo discursos vacíos, muchas palabras y poca instrucción, frases vagas, razones sin razón, y a veces falsedades y errores, más que inexactitudes. A la legua se reconoce, al verlos embarazados en su indigencia y como se atormentan por hallar que decir, que se revuelven en el vacío de la ignorancia: bien diferentes del Catequista instruido, que no habla sino porque está lleno de verdades. Como el río lleno de aguas halla su descanso en derramarlas, o como la madre que tiene repletos de suave leche sus pechos encuentra el mayor placer en darla, y cuanto más da, mayor abundancia recoge, así nuestro Catequista, rebosando su alma de doctrina, se halla aliviada y complacida de darla a los pequeñuelos. Si las nubes fueren cargadas, derramarán copiosa lluvia sobre la tierra, dice el Espíritu Santo (*Eccles.*).

Es, pues, necesario absolutamente que el Catequista tenga una instrucción sólida, ideas claras, seguras y exactas sobre lo esencial del dogma y moral, sobre el símbolo, los Sacramentos, mandamientos de Dios y de la Iglesia, y los vicios y las virtudes. Él ha de echar los fundamentos del edificio espiritual en el corazón de los niños; él ha de trazar los perfiles de la imagen de Cristo Jesús en el alma de los niños, y si estos fundamentos son falsos, el edificio será ruinas; si estos contornos no son perfectos, la imagen será fea, informe, y no será estructura fundada sobre la verdad y cimiento de Cristo Jesús, como dice el Apóstol, y por ello no crecerá. Se requiere que le sean familiares y presentes todas estas materias actualmente, lo que conseguirá con la meditación o reflexión y lectura de obras magistrales. Necesita saber amenizar estas verdades con ejemplos y parábolas, símiles e historias. Necesita adquirir el hábito de hablar con claridad y facilidad. De otro modo, sin este fondo de doctrina se expone evidentemente a enseñar errores y herejías; y sin advertirlo ni aun sospecharlo, alterará el depósito de la fe, y dará ideas falsas, que durarán mientras vivan sus oyentes; o cuando menos sus explicaciones inexactas levantarán dudas en el corazón de los sencillos oyentes, que amenguarán o arrancarán quizás su fe por completo. En la moral, sus decisiones aventuradas, ya demasiado rígidas, ya relajadas, falsearán las conciencias, y serán causa de un sinnúmero de pecados mortales. Se fijará muchas veces, a falta de doctrina, en cuestiones inútiles o ridículas que enajenarán las voluntades de la Religión, y los pueblos no amarán a nuestra santa Madre la Iglesia, presentada con vestidos andrajosos y feos, no con aquella majestad y hermosura, cual nos la describe el Profeta (Psalm. XLIV), con vestiduras recamadas de oro, y ataviada con variedad y gracia. Además, fastidiados los niños y los adultos de oír verdades a medias y confusas, se apartarán del Catecismo, formándose mil preocupaciones contra la doctrina católica, y abandonarán lo que no entienden, y se quedarán sin religión. Que los pueblos y la gente sencilla no ama con pasión sino lo que bien conoce, o

se le presenta como una cosa grande y elevada que inspira estimación y aprecio, respeto y veneración. Un ejemplo nos lo demostrará. Un día visitamos con un celoso Catequista, pero falto de ciencia, un pobre enfermo, atormentado de los más agudos dolores. Instrúale mi buen Catequista en las verdades de nuestra Religión para consolarle y prepararle para hacer una buena confesión, cuando, al despedir uno de esos fuertes gritos que arranca la vehemencia del dolor, me le dice compungido: Tenga paciencia, hermano, y considere que no padece tanto como Nuestro Señor Jesucristo, porque a Jesús le quebraron estando en cruz todos los huesos, y no dio un ¡ay! de dolor. Y el pobre enfermo respondió: Pues no he visto nunca ninguna imagen de Jesús crucificado con los brazos o piernas quebradas; en mi pueblo sólo están así los dos ladrones. - ¡Oh! replicó mi buen Catequista, el pintar como el querer... Y nos separamos del enfermo sin que lograrse convencerle, ni consolarle. ¡Cuántos disparates y errores en pocas palabras dichas con el mejor celo! y ¡cuán mal no podían ocasionar! Pero Dios quiso que visitando al mismo enfermo otro Catequista más instruido, con la verdad y el amor logró lo que el otro no pudo con la mentira y error. Otro Catequista, para inspirar a las niñas o doncellas amor al recogimiento y silencio, les ponía por ejemplo que debían imitar a la Virgen santísima, que sólo habló tres veces con su Hijo Jesús en toda la vida. Y con estas exageraciones no logran otra cosa que hacer aborrecible la Religión y el camino de la virtud, pues, si bien la conocieran, la presentarían a los pueblos tal cual es: hija del cielo, nacida del corazón del Salvador, toda amable, toda deseable, y los tiernos espíritus correrían al olor de sus perfumes, y la amarían con pasión. Creo son más que suficientes estas cortas indicaciones para convencer al Catequista de la absoluta necesidad de la ciencia; si no la tiene, ni trabaja en adquirirla, mejor es no enseñe. Deje el campo virgen para otros más instruidos, y no añada mala semilla, que creciendo con la que ya llevamos en germen por el pecado de origen, imposibilite para lo venidero que la palabra de vida fructifique en esas almas redimidas, fecundizadas con el riego de la divina sangre de Jesús, Hijo de Dios; porque, como hasta los mismos filósofos gentiles reconocieron, es más difícil enseñar al hombre que ha caído en error, que al absolutamente rudo.

Debe, pues, el Catequista prepararse con esmero, con el estudio y oración, cuidando: 1º de aprender bien la letra o el texto del Catecismo para analizar todas las palabras, y determinar los puntos que necesitan más detenida explicación por su interés, u oscuridad o mala inteligencia, prejuicios de los oyentes, etc. 2º Es menester leer con reflexión los autores que mejor tratan el asunto en cuestión, por ejemplo, el *Catecismo del concilio de Trento*, que ha de ser el libro de texto del que quiera salir un buen Catequista, los *Catecismos* de Belarmino, Mazo, Excmo. Claret, el *Catequista orador*, del P. Planas, el P. Parra, Turlot en latín, muy excelente, Leipzig, *Catecismo histórico*, el *Catecismo de perseverancia* de Gaume y otros. Hechas estas lecturas, se extrae aparte y se apunta en un cuaderno lo más útil; se hace un extracto y se ordena en forma de plática familiar, de modo que lo comprendan sus oyentes, buscando los medios de expresarlo con claridad y sponerlo a su alcance, valiéndose de sus mismas frases, modismos y expresiones, amenizándolo con ejemplos y comparaciones. De esta suerte instruirá sólidamente, agradará mucho, y convencerá de las verdades que se propone demostrar. 3º. Como sin la gracia de Dios nada podemos, ore mucho el Catequista, pidiendo a Dios el espíritu de sabiduría que le guíe en sus instrucciones; busque con desinterés el bien de las almas y el mayor acrecentamiento de los intereses de Jesús, y no dude que recogerá óptimos frutos. Con estas disposiciones vaya con confianza a hacer el Catecismo: Dios bendecirá copiosamente todos sus afanes.

§ 2.º

La piedad es útil para todo. (San Pablo)

Oigamos al sabio autor del *Camino del púlpito* cómo recomienda al buen Catequista la piedad y la dulzura. Dice de este modo:

Si la ciencia puede formar niños instruidos, a la piedad pertenece el hacerlos virtuosos; ella sola conoce el secreto y sabe emplearlo. ¿Qué se requiere, en efecto, para arrancar al hombre de sus malos hábitos, y hacerle abrazar la virtud, por la cual naturalmente tiene tan poco gusto? Se requiere algo más que la palabra humana; los medios naturales no bastan para una obra sobrenatural, cual es la santificación de las almas: se requiere la gracia de Dios, el cual solo, teniendo los corazones de los hombres en su mano, sabe formarlos según su agrado, darles inclinaciones virtuosas y el gusto de la piedad. Esta gracia tan necesaria se obtiene

pidiéndola con una oración ferviente, y mostrándose digno de cooperar a su acción, despojándose de su propio espíritu, y uniéndose al espíritu de Dios para ser animado y dirigido por él; todas estas cosas no las hace el Catequista que no es piadoso. Aguardándolo todo de sí mismo, no ruega o ruega mal para el buen resultado de su ministerio, desempeña su celestial función de un modo enteramente humano, y hace su Catecismo como un profesor hace su clase, sin unión con Dios, sin pensar en Dios. El Catequista piadoso, al contrario, aguardándolo todo de la gracia, ruega con celo y perseverancia. Ruega por sí, a fin de obtener las luces, la caridad, el celo, la paciencia, todas las virtudes que requiere su función; y ruega para aquellos que catequiza, a fin de obtenerles un espíritu y un corazón dóciles, es decir, la atención y la inteligencia, la buena voluntad y el esfuerzo de la virtud. No hace jamás el Catecismo sin recomendarlo al cielo por medio de una oración ferviente. Antes de comenzarla, va a postrarse delante del Santísimo Sacramento, y allá, reconociéndose incapaz e insuficiente de desempeñar dignamente tan gran ministerio, implora el auxilio de Dios, se pone en sus manos como un órgano, un instrumento para no decir nada ni hacer nada sino por su movimiento y su conducto; se recomienda a la santísima Virgen, a los patronos y a los Ángeles custodios de los niños, y reza con piedad el *Veni Sancte* y el *Ave María*. Luego después, pasando al lugar del Catecismo, saluda, desde la entrada, con gran respeto interior, al Ángel custodio de cada niño, y da principio a su hermosa y amable función. Durante el Catecismo, mira a todos los niños *tamquam Christum membratim divisum*, según la tierna expresión de san Agustín; y su corazón se eleva a menudo hacia el cielo, por medio de cortas aspiraciones, para llamar al Espíritu de Dios en su ayuda y unirse a Él. Ruega también después del Catecismo, hace rogar a las almas fervorosas, y por todos estos medios atrae las bendiciones celestiales sobre sus trabajos; primera razón que demuestra la necesidad de la piedad en el Catequista.

Otra razón no menos decisiva es que, sin la piedad no podrá mover los corazones. El Catequista que no es piadoso, habla de Dios y de nuestros misterios de un modo seco y frío, como de cosas indiferentes; en vano grita y se agita en ciertas circunstancias: los niños no reconocen menos que él que no está conmovido, y desde entonces es imposible que mueva, como hemos dicho en otra parte. Por una nadería a veces demuestra disgusto y fastidio, se impacienta y se enfada, deja escapar palabras y gestos poco edificantes, poco dignos de su carácter. Nada de esto escapa al ojo de los niños; reconocen por instinto que esto es malo, y desde entonces su corazón se cierra a la acción de su palabra. Muy diferente es lo que sucede con el Catequista piadoso, No habla hasta verse bien penetrado a los pies del Crucifijo o en el fervor de la oración; todo lo que dice va acompañado de una unción celestial que indica al hombre de Dios; y de su alma fervorosa se escapan palabras de fuego que penetran y calientan a las almas. Todo en él hace impresión, todo mueve; su tono, su gesto, su postura, su mirada, su estilo que parte del corazón y va al corazón. No hay niño que no comprenda este lenguaje.

No obstante, por viva y tierna que sea su palabra, no hará a los niños virtuosos, si no junta a ella ciertas prácticas propias para hacerles tales; y de aquí se saca una nueva prueba de la necesidad de la piedad en el Catequista. Es un hecho de experiencia que las prácticas exteriores son necesarias al hombre y aún más al niño, para hacer nacer en su alma, desarrollar en ella y entretener el sentimiento interior de la piedad; fijan la movilidad de sus pensamientos, dan un alimento a sus afectos, y le inspiran disposiciones en las cuales ni siquiera hubiera pensado. ¿Quién, pues, sino el Catequista piadoso podrá escoger estas prácticas? ¿Quién sino él podrá proponerlas a los niños de un modo interesante y amable que se las haga aceptar con un ardor santamente alegre? Él sólo sabe por experiencia lo que es más a propósito para formar y hacer crecer la piedad. La piedad sola da el tacto, la industria, la palabra persuasiva necesaria para esto. Vedle al Catequista piadoso: icon qué arte se apodera de estas almas vírgenes, de estos corazones que en una edad tan tierna son aún como la cera blanda, susceptibles de tomar todas las impresiones! ¡Cómo les forma a la modestia y a la obediencia, les inspira el amor de Dios y de la santísima Virgen, sugiriéndoles prácticas las más propias para su edad! Unas veces es, a la vista de la cruz, un acto de amor a Dios o de detestación del pecado, de deseo del paraíso a la vista del cielo, de adoración pasando delante de una iglesia; de ofrecimiento de su corazón a Dios cuando suena el reloj; de contrición antes de dormirse; otras veces son diferentes prácticas en la época de las fiestas para honrar los misterios o los Santos; y con el auxilio de estos ejercicios, pequeños si se quiere a los ojos del mundo, mas grandes por sus resultados, forma y mantiene en los corazones el espíritu de oración, el amor de Nuestro Señor y de la santísima Virgen, las

virtudes cristianas y la verdadera devoción. Ved aquí el bien que hace el catequista piadoso, mas el que no lo es, nada hará de todas estas cosas, o las probará sin resultado; la piedad sola inspira su gusto, y da el tacto necesario para lograr su intento.

De estas observaciones podemos concluir cuán esencial es la piedad al Catequista; ésta puede suplir el talento, mas el talento no puede suplir a ella. A veces uno se pregunta ¿cuál es la causa de que en ciertos Catecismos, a pesar de las cualidades brillantes y los cuidados del que los dirige, todo está lánguido, no hay más que frialdad y disipación; mientras que en otros, bajo la dirección de un Catequista de talento mediano, todo sale bien y prospera? La razón de esta diferencia no es otra, ordinariamente hablando, que la falta de piedad: no mueve, porque el mismo Catequista no está movido; no abraza, porque él mismo está helado; no convierte, porque no ruega: en los santos sucede todo lo contrario.

§ 3.º

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mat. XI, 29)

San Pablo recomienda que se instruya al prójimo, con un espíritu de dulzura: *instruite in spiritu lenitatis*, y él mismo trataba a los fieles con la dulzura de una nodriza para con su niño: *tanquam si nutrix foreat filios suos*. El corazón humano quiere ser tratado de este modo; y no se le puede ganar sino manejándolo dulce y cordialmente. San Agustín nos enseña que por este medio fue ganado a la Religión, y que debió el principio de su conversión a las bondades de san Ambrosio para con él: *Cæpi amare hominem, dice, non ut doctorem veritatis, sed ut benevolum in me*. Mas si los adultos no se ganan sino con amor, con mucho más razón los niños. Por esto Nuestro Señor quiso darnos ejemplo con esto, como en todo lo demás: *amplexabatur imponens eis manus, et benedicebat eos*. Sobre lo cual Gersón exclama: «¡Oh buen Jesús! Cuando os veo extender los brazos para estrechar con tanta ternura contra vuestro pecho a estos pequeños niños, me siento conmovido hasta el fondo del alma. ¡Oh! quiero amar a los que Vos habéis amado tanto, quiero imitar vuestra bondad, y, como Vos, tener entrañas de madre.» Tal es, en efecto, el solo medio de salir bien; debe comenzarse por ganar el corazón de los niños y hacerse amar de ellos. Si uno se contenta de hacerse temer, no irán sino con repugnancia al Catecismo como a un ejercicio odioso, se ausentarán de él lo más pronto que puedan, escucharán sin interés, únicamente para no ser castigados; usarán de disimulación, y el corazón no se dejará manejar, mover y mudar. Es, pues, esencial el hacerse amar. No se obtiene, pues, el ser amado sino amando con un amor lleno de dulzura. La dulzura de la caridad es la llave de los corazones; es quien los abre; es su imán y nos los une. El rigor les intimida y les perturba; la dureza los aleja; el tono severo, el aire sombrío, los modales ásperos, el mal humor, las expresiones duras, los términos injuriosos o irónicos, y más aún los malos tratos, los agrían y hacen perder toda confianza, sin contar que los padres se ofenden de ello, y los parroquianos se escandalizan. Se pierde, pues, todo desde que falta la dulzura, y si se pretende hacerse respetar mandando con imperio, reprendiendo con aspereza, enfadándose uno por cualquier cosa, se equivoca: lo que se logra solamente es hacerse aborrecer. Si se quiere hacerse respetar de los niños, debe hacerse por el ascendiente de su ministerio, de sus virtudes y de una firmeza sin enfado, de la cual no se debe hacer uso sino cuando es necesaria; pues no debe emplearse la autoridad que intimida sino rara vez, con discreción, y solamente como un medio para pasar de ella al amor que gana los corazones. *Discite*, decía san Bernardo, *matres esse, non dominos, omnem ostendentes, mansuetudinem ad omnes*. *Nemini vis adhibenda*, decía en el mismo sentido san Francisco Javier, *nisi amores et charitatis, nec is sit (catequista) qui timeri magis quam amari velit*.

Mas, por otra parte, no se debe hacer consistir la dulzura en una floja condescendencia que halaga los defectos de los niños en lugar de corregirlos, que les concede todo lo que piden, les otorga todo lo que les gusta, y les permite familiarizarse con aquel que deberían respetar; pues de aquí resulta que no estando contenidos por el temor, se disipan, se relajan, faltan a la atención, y llegan con frecuencia hasta el desprecio, fruto demasiado ordinario de la familiaridad. Tampoco debe confundirse la dulzura con esta ternura de corazón, este afecto enteramente humano para con aquellos a quienes distinguen un exterior agradable, el nacimiento, la fortuna, el espíritu, la simpatía de temperamento y de carácter. El Catequista nunca tomará demasiadas precauciones contra un tal sentimiento en que la naturaleza tiene más parte que la gracia, ni en evitar demasiado toda libertad, toda caricia o manifestación de

un apego demasiado humano. La verdadera dulzura tiene caracteres bien diferentes de los dos defectos que acabamos de señalar: 1º. Llena de la memoria de Jesucristo, tan tierno para con los niños, y guiada únicamente de las miras de la fe, se anuncia en el exterior con la serenidad de la cara, una afabilidad noble, una cierta suavidad en la voz, y los modos que ganan los corazones; habla el lenguaje de la bondad, se achica con los pequeños, y depone todo aire de altivez y de majestad, convencida de la verdad de estas palabras del poeta: *Non bene conveniunt nec eadem sede morantur, Majestas et amor...* 2º Se interesa como un padre, como una madre en todo lo que mira a sus hijos estimados; se compadece de todas sus penas, procura aun dulcificar los motivos de amargura que hallan en el Catecismo, y les dice palabras de consuelo y de aliento. 3º Después de haber ganado así su corazón, se aprovecha de este estado de santa paz en que los ha puesto para ejercitar su inteligencia por las cuestiones que les dirige, inspirarles el deseo de saber, estimularlos por alabanzas, por certámenes o desafíos sobre quién responderá mejor, por pequeñas recompensas dadas a propósito, y por todos los medios que pueden hacerles amable el Catecismo; pues sabe que cuanto más lo amen, más asiduos serán a él, y más provecho sacarán. 4º Evita todo lo que podría serles desagradable, como darles apodos, pedirles más de lo que puedan saber, cubrirlos de confusión por su ignorancia o incapacidad, reprenderlos públicamente cuando la falta no es pública; y, a fin de tener que castigar lo menos posible, procura prevenir las faltas por todas las precauciones que la caridad le inspira, por una mirada dada a propósito, un aviso oportuno, una palabra de aliento, etc... 5º Si, a pesar de todo esto, los niños no son cuerdos, lleno de fuerza y de paciencia por sus faltas, por su ligereza o su inaplicación, su grosería o aun su malignidad, corrige con un tono firme cuando es necesario, mas sin aspereza ni dureza; castiga, si es necesario, pero sin golpear jamás, siempre con moderación y sangre fría, dejando esperar al culpable el ser amado si es más cuerdo, y haciendo obrar sobre todo la Religión y los sentimientos, más bien que el terror y las amenazas.

§ 4.º

Qui non celat non amat. (San Agustín)

Es el celo la piedra de toque para conocer los corazones que aman a Dios. Es el celo como la llama ardiente del fuego del divino amor; un deseo vehemente de dar a conocer a Dios, de formar o perfeccionar la imagen adorable de Jesús en todas las almas para lograr su salvación cueste lo que cueste. Si esta llama no arde, si este deseo no mora en el alma del Catequista, todo será inútil: nuestros avisos, nuestras reglas: nada ni nadie podrá hacerle salir un buen Catequista. Todo lo hará con disgusto y con fastidio; se dejará llevar del mal humor que le domina, y procurará despachar el Catecismo lo más presto que pueda, como quien arroja de sí una molesta carga; en una palabra, hará el Catecismo oficial, sin espíritu de fe, de dulzura y de amor. Al contrario, ¿veis a un joven que se esmera en vencer las dificultades y repugnancias que encuentra en esta obra, que prepara las explicaciones que ha de dar, que cuida de atraer a los niños sobrellevando con dulzura sus impertinencias y defectos?, pues luego podréis afirmar que este joven ama a Dios, y que el Señor lo tiene elegido para ser digno ministro del santuario. Oigamos a uno de los más sabios y celosos obispos de Tortosa, al malogrado Dr. D. Miguel José Pratmans, cómo se expresa en una de sus advertencias. Dice así: «El celo por la salvación de las almas es el carácter distintivo de un buen clérigo, y la marca más esencial de la vocación al sacerdocio; y como la ignorancia es la fuente más común de la perdición de las almas, el celo por su salvación inspira necesariamente el celo por su instrucción. Así, si un seminarista no se da prisa en sacar al prójimo de una fatal ignorancia, si no arde en deseos de comunicar la palabra de salvación a los hombres, está convicto de no tener la virtud sacerdotal por excelencia, ni la marca esencial de una santa vocación.» Mediten estas autorizadas palabras los jóvenes que dicen aspiran al estado sacerdotal, y al propio tiempo desoyen los clamores de los párvulos que piden el pan de la instrucción de la divina palabra. No serán buenos sacerdotes si no empiezan por formarse buenos Catequistas: la razón y la experiencia lo publican todos los días. El Catecismo es como el noviciado de la carrera sacerdotal. El que salga aprovechado de este noviciado, será perfecto ministro de Jesucristo, como enseña el Concilio provincial 4º de Lima (1772). Este celo, como la caridad que lo anima, debe ser universal, si bien debe señalarse en especial para tres clases de personas. 1ª Los niños inocentes, flores las más delicadas y preciosas del

jardín de la Iglesia, y las más amadas de Jesús: debe el Catequista poner especial cuidado en que no se marchiten estas flores, cuidando de conservar su pureza, y de que no sean violados estos templos del Espíritu Santo. 2ª Los pobres, que son tan ricos a los ojos de la fe, sin que por eso se descuide a los niños ricos. 3ª Los niños que han nacido de padres sin fe, ni buenas costumbres, o que viven rodeados de escándalos, o no oyen sino blasfemias y burlas contra la piedad y religión. Una sola de estas almas que se salve puede dar por bien empleada toda clase de trabajos, y no se desanime el Catequista si luego no descubre el fruto de sus desvelos; quizá Dios prepara una gran desgracia o contratiempo para esas almas después de la edad de las pasiones, y recordando las palabras e instrucciones de la infancia, que como germen de salud llevan en el campo estéril de su corazón sin advertirlo, volverán entonces su corazón al Dios de toda consolación, y serán salvos, porque cerca está Dios de cada uno de nosotros, toda vez que en él vivimos, nos movemos y somos.

Mas para que este celo pueda ser útil, menester es fijar algunas reglas que la prudencia enseña como mejores.

1ª Se requiere una gran prudencia para dominarse a sí mismo. Si se toma la imaginación y la voz de las pasiones por inspiración del cielo, de temer es que uno de esos abruptos de celo enajene a las voluntades de los niños para siempre. El celo prudente no se deja llevar de la emoción del primer momento, sino reflexiona, consulta, mide las consecuencias antes de soltar una palabra, o tomar una resolución.

2ª Debe saber hacerse todo para todos, para ganarlos a todos, como el Apóstol. Se requiere unas veces blandura, otras firmeza; ya dulzura, ya severidad, según la condición de quien se trate. Así lo hacía san Francisco Javier para ganar muchas almas; se doblegaba a sus exigencias y hasta ciertos caprichos para ganarlos a Dios, y así decía: Entro con la suya, y salgo con la mía. Con los niños en general debe mostrarse firme y severo, pero dulce y tierno cuando se habla a uno en particular. Lo contrario con las niñas. Debe mostrarse reservado en las relaciones particulares, pero dulce y afable cuando se les habla en general. El espíritu de discreción varía sus medios según las circunstancias, y el buen sentido enseña más que las reglas. Estúdiense el alcance del espíritu, el carácter y el corazón de cada niño, y la prudencia le revelará en seguida lo que debe decirle, y el modo más a propósito.

3ª Se requiere la más exquisita prudencia para no manifestarse parcial, o aceptador de personas, si la virtud o el verdadero y reconocido mérito no abona este proceder. Es ésta una de las advertencias más necesarias para que los niños amen y respeten al Catequista. Si se manifiesta más aprecio al que es hermoso, que al que es feo; si al rico más que al pobre; si al que va bien vestido, que al andrajoso, pronto lo habrán notado los niños, que son linceos en este punto, y creyéndose postergados, verán en el Catequista un hombre injusto, indigno por ende de su respeto y confianza: los padres murmurarán luego contra un proceder inicuo que los humilla y les irrita, y el Catecismo decaerá. - No queremos ir más al Catecismo, decíanme cierto número de jóvenes, porque el Director no recompensa con caricias más que a fulano y zutano. - Bien; serán mejores que vosotros y se lo habrán ganado. - No, replicaron, son iguales o peores. Si fuese fulano o zutano, sí, que son mejores que nosotros, y no nos hemos quejado mientras sólo ellos han sido los preferidos, porque era justo; pero, fulano, no; hace lo mismo que nosotros: habla, no responde bien, y es orgulloso. - Y no hubo medio de hacérselo entender, sino retirando el Director y nombrando en su lugar otro más imparcial. Trate, pues, igualmente a los unos que a los otros, sean ricos o pobres, de buen o mal exterior, y sólo reserve especiales caricias, alabanzas y recompensas, al verdadero y reconocido mérito, y esto será una fuente de emulación que dará copiosos y buenos frutos.

4ª Se requiere por fin, sobre todo, una prudencia celestial para tratar de lo que se refiere a la angelical y delicada virtud de la pureza. Conviene evitar cuidadosamente una reserva que podría hacer concebir sospechas, y por lo mismo despertar una funesta curiosidad, y huir de una franqueza que no inspirase horror a este vicio. En una palabra, se ha de hablar de él de tal suerte, como decía santo Tomás, que los que ignoren el mal no lo aprendan ni lo sospechen, y los que lo conozcan se enmienden y arrepientan. Más adelante daremos más detalles sobre el particular.

§ 5.º

No existen males incurables mientras podamos rogar. (Luis, obispo de Ródez) La oración es la condición esencial de la vida sobrenatural, y el medio de salvación más fácil, más indispensable, más universal y más eficaz (P. Ramière)

Para resumir todas las advertencias aquí dadas en una sola, diremos al hombre que aspira a ser un buen catequista: Procura con todo empeño adquirir el amor y el espíritu de fe; amor y espíritu de fe que no alcanzarás sin la oración, sin pedirlo mucho al Corazón de Jesús y a los Ángeles custodios. Amor a los niños, sí, no humano y sensual, sino sobrenatural, cual se lo manifestó y se lo tiene Cristo Jesús: amor tierno, amor de madre. Se ha dicho con toda verdad que el mundo es de quien más le ama o le da mayores muestras de amor; y es lo cierto que ninguno que tenga un corazón humano resiste al encanto de un amigo que toma parte en sus alegrías y en sus pesares, y estrechándole con afecto la mano le dice con interés: ¿Qué tienes?, aquí hay un corazón que te ama: confía y no temas. Y esto, que es una verdad en todos, lo es más en los pequeñuelos, cuyo corazón, como el tierno arbolito, se asimila lo que halla a su alrededor. Además, instintivamente aman los niños a quien les muestra amor, porque hoy día son en general los niños poco amados: en casa se les grita y corrige con aspereza, y muchas veces con furor se les maltrata; en la calle se les desprecia y se les responde con ira, y apenas hallan amor en ninguna persona: no hallan corazones que sientan como el suyo, que les faciliten la expansión de los dulces afectos del alma, de las inclinaciones generosas de su corazón: son como esas flores delicadas, la sensitiva, que si al abrirse sienten la punzada del desprecio, se repliegan lastimadas. No puede espontanearse su candorosa alma, porque muchas de las que les rodean tienen gastados sus delicados y nobles sentimientos, y, como dice un clásico escritor; «Expónese a sus burlas quien su dicha les cuenta».

Yo, pues, de parte de Jesucristo, de aquel Corazón adorable que tanta predilección tiene para los niños, prometo al Catequista que les ame una correspondencia fiel a su amor, un amor desinteresado de parte de los niños, que le proporcionará los más dulces y consoladores ratos de la vida. Hallará sus complacencias en el trato de los pequeñuelos, y, como Jesús, dirá: *Sinite parvulos venire ad me: delitiæ meæ esse cum filiis hominum.*

Debe también el Catequista avivar el espíritu de fe para perseverar en el amor. Con sólo que considere a menudo el interés que se toman los Ángeles del cielo por cada uno de los pequeños que asisten a la doctrina; que vea a los Ángeles cómo presiden el Catecismo, y están al lado de cada niño repitiendo y confirmando sus buenas instrucciones, irá desempeñando a las mil maravillas su ministerio. La peste, como decía san Francisco de Sales, de las obras buenas, es la costumbre o rutina: las hacemos modo more humano, y, como no es obra divina, Dios no bendice nuestro trabajo: de aquí la esterilidad de nuestras enseñanzas, el desmayo de las cosas santas. Pues bien, el espíritu de fe es lo único que podrá sostener levantado nuestro espíritu, purificará nuestra intención, animará nuestro celo, vivificará todas nuestras obras, y nos hará, en una palabra, como dice san Pablo, coadjutores fieles de Dios en la obra de la santificación de las almas. *Dei enim adjutores sumus.*

Quien, pues, tenga este amor y espíritu de fe, pida con instancia al cielo que se lo conserve y aumente; quien no posea este don inestimable, pídale con instancia *opportune et importune.* Clame; no cese. Acuda al Corazón de Jesús, fuente de donde mana de continuo todo bien; ore a las puertas de ese sagrado Corazón, y no dude: lo alcanzará. Obligue también al purísimo Corazón de María, recordándole lo mucho que le va en que sea conocido y amado de los pequeñuelos su único y adorado Niño Jesús, que quiso hacerse Niño para jugar con los niños y cautivarles su amor. No se olvide del bondadoso san José que guarda al niño Dios en los brazos, para entregarlo sin cuidado al buen Catequista que quiera darlo a conocer a las almas. Dígale que su intento es que aprisione los corazones de los niños con el del Niño Jesús. Cuénteles sus pesares y los disgustillos del Catecismo, sus necesidades y sus virtudes. Tómelo, en fin, por su Padre y Señor, y verá cosas maravillosas en sus discípulos. Séale, en fin, familiar la devoción a los Ángeles custodios, y no dude que todo irá bien y será del agrado de Jesús, María y José, cuyo amor, honor y confianza, cuyos intereses debemos acrecentar en gracia y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Capítulo 7

Jesucristo, maestro celestial de los hombres, no vino del cielo a la tierra sino para procurar la salvación de las almas. El fin, pues, del Catequista, que es como un embajador de Jesucristo y que en su nombre enseña al pueblo, no ha de ser otro que el de facilitarles la salvación, enseñándoles a apartarse del mal y obrar el bien: *Declina a malo, et fac bonum*: ¡Viva Jesús, muera el pecado! He aquí admirablemente resumido todo lo que debe enseñar: Las verdades que coadyuvan a que Jesús viva por gracia en las almas, y los medios para que muera y se destruya el pecado. Todo lo que a esto no contribuya, todo lo que no conspire eficazmente a este fin, debe desterrarlo de su enseñanza; lo contrario sería declararse traidor a la confianza que Jesucristo ha depositado en él. Por esto se abstendrá de cuestiones inútiles, o de pura curiosidad, de opiniones problemáticas, que poco importa a los niños saber, de objeciones contra la Religión, a no ser opiniones y dichos o máximas vulgares y conocidas de todos; y al contrario es necesario ante todo:

1º La enseñanza de los tres principales misterios: Dios remunerador, Dios uno y trino y Dios encarnado; el símbolo de los Apóstoles y las virtudes teologales; los mandamientos de Dios y de la Iglesia, con los sacramentos que se deben recibir y las disposiciones necesarias para acercarse a ellos; la oración dominical y los deberes del propio estado. Ésta es la base del edificio espiritual, y por lo mismo de la instrucción religiosa.

2º Después de estas verdades fundamentales, las postrimerías deben ser la materia más frecuente de sus pláticas. Las postrimerías es lo que de ordinario hace más impresión en los corazones, dice san Ligorio: son el gran resorte que hace marchar bien toda la vida cristiana, y su recuerdo, como dice el Espíritu Santo (*Eccli. VII, 40*), preserva de todo mal, de todo pecado. No se peca sino porque se olvidan; por esto conviene desde niños inspirarles un horror al pecado y grande, y se preservarán de caer en él, o a lo menos, si por desgracia lo cometen, los remordimientos crueles les obligarán otra vez a buscar a Dios. No olvide nunca el celoso Catequista la sabia sentencia de san Agustín: *Meliores efficit amor, plures corrigit timor*. Sólo debo recordar al celoso Catequista que se guarde muy mucho de presentar como mortal lo que no lo es, a fin de inspirar mayor horror hacia ciertos pecados. Dios es Dios de verdad, y quiere ser amado, adorado, servido y temido en espíritu y verdad. Lo contrario sería aumentar los pecados en lugar de disminuirlos.

3º Debe explicar bien en qué consisten las virtudes cristianas, y los vicios más comunes a la niñez. Es digno de llorarse con lágrimas de sangre la ignorancia que hay aun entre las personas piadosas sobre la naturaleza de las virtudes. Se cree que todo consiste en evitar el pecado, y lo mejor del Cristianismo, su ornato, las lecciones y ejemplos del Hombre Dios se olvidan. Y ¿quién tiene la culpa sino los párrocos y Catequistas que no instruyen la niñez en esta parte? Que se pregunte a los niños, más aún, a los adultos, y a personas instruidas, qué es humildad, abnegación, espíritu de fe, mansedumbre, etc., y no os responderán, u os darán inexactas y erróneas definiciones. Por esto, desfigurada o ignorada la virtud, no se la ama, no se la practica. Es, pues, rigurosa obligación del Catequista hacer, no sólo que se destruya el reino del pecado, sino que viva Jesús en las almas con la práctica de las virtudes celestiales. Es menester inculcarles bien las obligaciones del cristiano, cuán bueno, justo y amable es el camino del cielo, y la paz que gozan los que aman a Dios, aun en esta vida. Inculcarles mucho que también se peca de pensamiento y deseo, aunque no se traduzcan en obra exterior, y en su consecuencia hacer que se pregunten: ¿Por qué motivo deseo o pienso en tal cosa?, ¿de dónde viene el placer que recibo en pensar esto, decir, o hacer, aquello?

En la 2ª. 2æ. de santo Tomás hallará tratadas todas las cuestiones de vicios y virtudes de un modo que nada deja que desear. San Francisco de Sales, Fr. Luis de Granada y Rodríguez son también dignos de leerse sobre el particular.

4ª Quisiera (y juzgo parte la más esencial del Catecismo) que todos los catequistas tomaran con decidido empeño enseñar y penetrar bien a sus pequeñuelos de lo que dice esta pregunta: ¿Quién es Cristo Jesús? Es lo más desconsolador en nuestros días la falta del conocimiento y amor de Jesucristo. Con toda verdad podemos exclamar con san Pablo: *Omnes quæerunt quæ sua sunt, non quæ Jesu Christi*: Todos buscan sus intereses propios, y no los de Cristo Jesús. Se oye pronunciar el nombre de Jesús como si fuera de una persona extraña con la que ningún lazo íntimo nos une; y no obstante es Jesús la piedra angular, el principio y fin de nuestra salud; nuestra vida eterna su conocimiento; nuestra felicidad perfecta su amor; nuestro consuelo, la paz y satisfacción del corazón su gracia y su favor. De Jesús nos viene todo bien, de la unión con Jesús nace nuestra dicha, de la confianza en Jesús nuestra fortaleza. ¡Feliz el Catequista que sepa inspirar en el alma de los niños un vivo conocimiento, un amor tierno hacia la persona divina del Niño Jesús!, porque con ello habrá conseguido todo cuanto pudiera desear para su bien temporal y eterno. *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa*, podrá decir con perfecta verdad. No descance, pues, ni sosiegue el buen Catequista hasta tanto que vea que sus pequeñuelos conocen a Jesús y a sus bondades. No crea haber hecho cosa de provecho hasta que vea en sí mismo y en sus encomendados un amor familiar, ardiente, sobre todas las cosas a Jesús; que así estén enamorados de Jesús, como un niño de otro niño, o de su madre querida. A este fin, bueno será que cada mes les haga una plática y les explique quién es Jesús, las riquezas y tesoros investigables, como dice el Apóstol (*Ephes. IV*), que tenemos en Cristo Jesús. Procure adquirir una imagen devota del Niño Jesús en ademán de convidar a sí, o de bendecir a los niños, y verá qué efectos tan maravillosos obrará en su alma inocente. Al corazón de los niños nada dice tanto como una imagen del buen Niño Jesús. Lo sé por experiencia, aunque más adelante nos ocuparemos de este punto otra vez al hablar de los medios de la santificación. Aproveche sobre todo la ocasión solemne de preparación a la primera Comuni3n, para con mayor esmero dárselo a conocer, hablarles de sus favores, de la amabilidad que en sí Jesús posee, de lo mucho que ama a los niños, de lo que ha hecho, dicho y padecido para salvar su alma. Grabe en su tierno corazón, con toda firmeza, que Jesús ha comprado sus almas con el precio de su sangre, y por lo mismo, que su cuerpo y alma no es suya, ni de nadie, sino de Jesús; que no pueden pecar sin robarla al buen Jesús y causarle profunda pena, porque pecando la venden al demonio, su mayor enemigo, que es feo y malo, y da eterno tormento a los que son sus esclavos; y Jesús por el contrario da un reino eterno. Se lo pido por amor de Jesús a los Catequistas, que al menos ellos den a conocer al buen Jesús, que tengan compasi3n del buen Jesús. ¡Pobre Jesús! ¡oh mi buen Jesús! ¡imi olvidado Jesús!, ¡itan bueno que eres para nosotros! ¡itodas las cosas eres para el cristiano! ¡iy a penas hay quien te ame! Compadeceos, oh jóvenes amados, de este Joven adorable, *mendigo ilustre* de amores, que va golpeando a las puertas de cada corazón para que le abran y le den una limosnita de amor. No os desdeñéis, pues, de acompañar, mientras tengáis aliento y vida a este adorable Mendigo que os pide vuestro apoyo para que le ayudéis a llamar a las puertas de los corazones. Mirad cómo cansado está ya de andar y sufrir desdenes: ved que su voz ha enronquecido de tanto llamar, y nadie responde a su amorosa invitaci3n. ¡Oh! a lo menos vosotros, sus amigos, ayudadle, ayudadle en esta divina empresa; consoladle, haciéndole conocer y amar. *In servis suis consolabitur Dominus*. En ninguna cosa podéis emplear mejor vuestro tiempo, almas, que en hacer que Jesús viva en los corazones todos, especialmente en los inocentes, por la gracia de su conocimiento y amor. *Hæc est vita æterna*. Ésta es la vida eterna, conocer y amar a Dios y a Jesucristo, su Hijo predilecto, en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. A vosotros está reservada la gracia de evangelizar a las gentes las insondables riquezas de Cristo, su caridad, su conocimiento, sus maravillas. *Ministerium tuum imple*.

El más noble pensamiento no puede producir fruto alguno, si disgusta. (Boileau)

Artículo II.

Para enseñar con fruto a los niños las verdades de salvaci3n, es menester que el Catequista agrade a sus oyentes, y les cautive su ánimo, pues, como dice san Agustín: *Nemo flectitur si moleste audit*. (De Doct. Christ., lib. IV, cap 25). Para lograr este resultado es indispensable

sean sus instrucciones breves, claras por su exactitud, y amenas. Examinemos estos tres puntos.

§ 1.º

Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci, auctorem delectando, pariterque monendo. (Horacio, "Arte poetica")

Es una de las cualidades más necesarias al buen decir la brevedad. Poco y bueno, poco y bueno, era la máxima de los antiguos. Decía Fenelón: «Es menester escribir en la cabeza de los niños no muchas cosas, porque un receptáculo tan pequeño y tan precioso no puede retener más que un corto número; mas estas cosas deben ser escogidas, excelentes: en esta edad no se debe echar en los espíritus sino lo que se quiere perseverare toda la vida.» Haga el Catequista que hablen mucho los niños, pero él hable poco. Se apagan las lámparas, observaba san Francisco de Sales, cuando se echa demasiado aceite, y las plantas se sofocan regándolas en demasía, y la vid cuantos más sarmientos y hojas produce, menos da fruto. Es, pues, necesario imitar la conducta de Dios que hizo su palabra abreviada sobre la tierra, siendo breve en las explicaciones. Para lograr este objeto es menester antes de hablar meditar bien la materia, y determinar lo que se ha de decir, y lo que se debe omitir.

§ 2.º

Mas no por ser breve debe incurrir el Catequista en el vicio de ser oscuro, como decía Horacio: *Brevis esse laboro, obscurus fio*; sino que esta brevedad en el decir ha de nacer de la claridad en concebir, de la exactitud de los conceptos. La explicación debe ser clara a semejanza del sol, que aun los que no se fijan en él reciben sus resplandores y de ellos se aprovechan. Debe imitar el buen Catequista a una madre, que divide las palabras, articula pausadamente cada una de las sílabas para que comprendan y aprendan lo que les dice. Debe acomodarse a su flaqueza y, como san Pablo, hacerse niños con los niños, por la caridad, compasión, dulzura y paciencia. *Nimis tardus misericorditer succurrendus est*, decía san Agustín, y aún añade: que más se ha de hablar a Dios de la necesidad de estos pequeñuelos, que de Dios a su ignorancia. Debe, pues, procurar claridad en el pensamiento, en la expresión y en el método:

1º Claridad de pensamiento. Quien bien concibe bien pare, se dice con verdad; y como la mayor parte de los hombres tienen ideas incompletas, oscuras, confusas de los objetos, también sus palabras son embrolladas. Debe, pues, el Catequista darse a sí mismo cuenta de lo que ha de decir, formarse una idea clara, exacta del asunto; póngase en lugar del oyente, y tenga en cuenta la edad, instrucción y educación de sus oyentes, y verá de esta suerte cómo es comprendido bien de los niños.

2º A la claridad del pensamiento debe unirse inseparablemente la claridad de dicción. Para esto debe evitar: 1º Las expresiones figuradas, como la luz de la fe, el fuego de las pasiones, la miel de la devoción, dar el corazón a Dios, en una palabra, toda expresión que no excite en el alma de los niños un sentido claro y preciso. Si quieren usarse estas locuciones, menester es antes explicar lo que significan, o valerse de circunlocuciones o rodeos que lo den a entender.

2º Las perífrasis, como el sol de justicia, Jesús; el príncipe de los Apóstoles, san Pedro; el apóstol de las naciones, san Pablo, etcétera; se deben evitar los pronombres él, ella; y valerse de la repetición del mismo nombre. 3º Las frases largas y compuestas, cuando para comprender su sentido se necesita sostener mucho la atención a todas sus partes. Mejor hará en usar frases cortas, cuyo sentido en un instante se comprende y sin esfuerzo, y de expresiones populares, cuando son claras y dan a entender bien las cosas a los niños. 4º Como los niños no saben suplir palabras sobreentendidas, se debe cuidar que den con la respuesta la pregunta. Así, a la pregunta: *¿Cuántas personas hay en Dios?*, no se debe responder a secas: Tres, sino: En Dios hay tres personas. A la pregunta: *¿Dónde está Dios?*, se acostumbrará responder: Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Finalmente, cuando pueda fundar mi explicación en un hecho sensible, conocido de los niños, seré mejor comprendido. Así, me propongo explicar a los niños qué es salvarse, y tomo por hecho sabido los muertos que llevan al sepulcro, y les propongo de este modo la cuestión: *¿Los muertos están en el sepulcro?* - Sí. - *¿No hay algunos de ellos que estén en el paraíso?* - Los que mueren en gracia de Dios y han satisfecho por todas sus culpas. - *¿Cómo, pues, están en el paraíso y en el sepulcro?* - Su alma está en el paraíso, y su cuerpo en la tierra. - *Su alma, pues, no ha muerto?* - No, vivirá

siempre en el cielo. - Pues ¿se habrán salvado? - Sí. - ¿Qué es, pues, salvarse? - Es ir el alma al paraíso cuando se muere. - Y la muerte ¿en qué consiste? - La muerte consiste en que el alma se separa del cuerpo, y el cuerpo se convierte en polvo. - He aquí un modo fácil, claro y natural para dar a comprender a los niños las cosas mejor que con las más exactas definiciones.

3º Cuando hay claridad en el pensamiento y en la dicción, sólo falta que haya método en la explicación. Todo Catequista debe ser un buen lógico, y así será escuchado con placer, y se recordarán perfectamente sus explicaciones. «¿Queréis ser buenos oradores?, nos decía un célebre orador a varios jóvenes; pues debéis siempre acudir a ordo ordinis y al tabernáculo: orden en la explicación, y Jesús dará su bendición.» Así, pues, antes de empezar nueva instrucción recapitule el Catequista la anterior uniéndola a la que va a tratar; después anuncie el asunto, divídalo en términos claros y precisos; haga repetir la división a uno o dos niños por ver si la han comprendido, y luego entre en la explicación, procediendo a magis noto ad minus notum, y haciendo sacar a los niños las consecuencias. Unos se sirven del método sintético, otros del analítico. A mi ver, para los niños es mejor el sintético, porque la misma novedad de las cosas que se les descubre les llama la atención y les obliga a estar atentos; cuando por la análisis se les dice todo desde un principio sin encontrar la misma sorpresa. Así quiero explicar cómo Dios es criador y Señor de todas las cosas, y digo a un niño: José, ¿esta casa se ha hecho ella misma, y las piedras por sí mismas se han cortado, y colocado donde V. Las ve? - No señor, responderá sorprendido de la pregunta, la casa la han hecho los albañiles. - Y el vestido de V., este reloj ¿se han hecho ellos solos? - No señor, mi vestido lo ha hecho el sastre; el reloj, el relojero. - Bien está. Mas el cielo, la tierra, el mundo entero ¿son alguna cosa mejor hecha, o más difícil de hacer que esta casa, su vestido, mi reloj? - ¡Oh! sí, señor, mil veces más difícil. - Mas si esta casa, su vestido no han podido hacerse solos; el cielo, la tierra, el mundo todo, que son cosas más bien hechas, o más difíciles de hacer, como V. ha dicho muy bien, no se han hecho ellos solos; ¿habrá, pues, alguno que los ha hecho? - Sí, Dios es quien ha hecho todo lo que existe. - Mas con qué lo ha hecho? Si el niño no sabe responder, se le dirá que lo ha hecho sin nada, pues que antes nada existía sino Dios, y que por esto se le llama Criador. - Los hombres, niños míos, no pueden hacer cosa alguna de la nada. Un sastre necesita de ropa para hacer un vestido, y lo mismo en otros casos los demás hombres para hacer sus cosas; por esto no se pueden llamar criadores, sólo son coordinadores, arregladores. Sólo Dios da la existencia a lo que no es. No hay, pues, otro que él que sea criador. Así, pues, retenedlo bien, hijos míos, Dios es Criador, porque lo ha hecho todo de la nada. - Mas si Dios todo lo ha hecho por sí mismo, sin necesitar de nadie, ni de cosa alguna, todo le pertenece, y por consiguiente ¿qué será Dios además de ser Criador? Si el niño perplejo no sabe que decir, dígasele, por ejemplo: V. tiene una pelota que se ha compuesto con paño de su casa, con hilo y todo lo demás, sin que nadie le haya prestado nada, ni le haya ayudado; de esa pelota, ¿quién será el dueño? - Yo, porque la he hecho. - Luego, pues, Dios será señor y dueño de todas las cosas: luego Dios es criador y señor de todas las cosas, porque las ha hecho por sí mismo. Por este método los niños escuchan con sumo interés, quedando agradablemente sorprendidos con las inesperadas preguntas que el Catequista va dirigiéndoles, desenvolviendo ante sus ojos asombrados el magnífico cuadro de las bellezas de la Religión.

§ 3.º

Para amenizar la instrucción debe el Catequista entremezclar comparaciones, ejemplos, parábolas e historias edificantes.

1º *De las comparaciones.* Las comparaciones deben ser como la sal que condimenta todas las instrucciones, toda vez que es el medio más eficaz para hacerse escuchar con agrado y darse a comprender. El objeto que se elija por punto de comparación debe ser conocido de los niños; así excita su atención y detiene la ligereza de su espíritu, porque habla a su imaginación: como ignoran o no adivinan a veces el uso de la aplicación, del símil, pica su curiosidad y es una fuente de satisfacción purísima, reflejada en su rostro infantil, el conocimiento de una verdad adquirida por este medio. Jesucristo, perfecto modelo del Catequista, no hablaba al pueblo sin parábolas o comparaciones tomadas todas de las cosas más comunes y familiares a la vida. ¿Quiere inspirarles una confianza ilimitada en su eterno Padre? Ved, dice, las aves del cielo... no siembran ni recogen cosa alguna... y no obstante vuestro Padre celestial las alimenta: ¿por ventura no valéis vosotros más que ellas? Y del vestido ¿por qué estáis tan solícitos? Considerad los lirios del campo, etc... San Gregorio, para explicar el porqué Dios no hace

milagros ahora como al principio de la Iglesia, dice: «Porque así como el jardinero al plantar el árbol lo riega a menudo y lo cuida con esmero, pero después de crecido y que ha echado profundas raíces lo deja, así Dios nuestro Señor al principio hizo muchos milagros para el establecimiento de la Iglesia, aunque después hayan en parte cesado.» «¿Por qué, replicaba san Francisco de Asís a uno que criticaba las penitencias de san Juan Bautista siendo inocente, por qué saláis las carnes frescas alterándoles su gusto bueno? - Para preservarlas. - Pues por esto se mortificó el Santo, para preservarse de la corrupción y adquirir mayores méritos.» Fenelón quiere explicar a un niño la espiritualidad del alma por sus facultades de pensar, conocer y amar; y valiéndose de cosas materiales en su comparación le dice: «Fulano, ¿tiene mucho espíritu? - Sí, dice el niño. - Mas su espíritu ¿lo ha visto V.? y ¿de qué color es? ¿lo ha oído o tocado?» El niño ríe y queda admirado de que le pidan de qué color es el espíritu; y desde luego le hace notar que hay cosas que existen que no se ven, ni se tocan, y que estas cosas son espirituales: tal es nuestra alma. Fenelón prosigue: «V. ve esta mesa, niño mío, V. la conoce, V. la ama; mas esta mesa ¿conoce a V.?, ¿le ama? ¿Quién ama más a V., la mesa o la silla? Y la ventana ¿piensa en V., le conoce y le ama? - No. - ¿Por qué? ¿Es que no tiene alma para pensar en V., conocer a V. y amarle? ¿No es pues, como V.?, pues V. piensa en ella, la conoce y la ama»; y el niño riendo responde, o a lo menos hace entender que no tiene alma. Con las comparaciones, pues, se prueban las verdades, o se hacen más sensibles de un modo grato y sin cansancio.

2º *De las parábolas.* Las parábolas son comparaciones que se encubren bajo la forma de una narración histórica fingida para ilustrar una verdad moral. Era la práctica más familiar a Jesucristo, y todos conocemos y admiramos las tiernas parábolas del buen pastor, del hijo pródigo, etc. Siguiendo tan divino ejemplo los Padres y Doctores de la Iglesia las emplearon algunas veces. San Bernardo pinta de un modo conmovedor la ingratitud de los hombres para con Jesús en su pasión por medio de la siguiente parábola: «Un hombre había sido condenado a muerte por sus crímenes: llega a noticia del hijo único del Rey, y obtiene de su padre el morir por el culpable, el cual es un hombre perverso y que no piensa en otra cosa sino en divertirse. Mientras está jugando en la plaza pública le anuncian que el hijo del príncipe es conducido al suplicio; más aún, lo ve; pero no siente ningún afecto hacia él; distrae su vista de tan triste espectáculo, y continúa jugando, y ni siquiera quiere pensar en ello. ¿No es verdad que es sumamente ingrato este hombre, más aún, un monstruo de iniquidad? ¡Ah, hermanos míos!, ¿sabéis quien es ese gran culpable? Sois vosotros. Jesucristo, el Hijo del Rey de los reyes, muere en vuestro lugar, por daros vida eterna; y vosotros sois insensibles a estos favores, ni siquiera pensáis en ello...!» Sin esfuerzo se comprende cuán propia es semejante parábola para conmover, mejor que con mil razones. Otras veces la parábola puede servir admirablemente para acomodar la inteligencia de las definiciones a los entendimientos más rudos. Conocida es de todos la parábola de los tres hijos que lloran por haberles arrebatado el lobo a un corderillo que su padre les había confiado, para explicar la distinción de la atrición y de la contrición. Las parábolas del P. Buenaventura Girardeau suministran materia de aplicación para todos los asuntos.

3º *De los ejemplos.* Los ejemplos los tomamos aquí, en cuanto son casos de conciencia, que se resuelven por la aplicación de los principios expuestos en las instrucciones: sirven admirablemente para hacer discurrir a los niños, y hacerles comprender la moralidad de las acciones. Por ejemplo. Uno de los pecados más difíciles de hacer comprender a los niños, son los pecados de pensamiento, de deseo. Pues bien, será muy fácil si yo les presento el siguiente ejemplo: «Un niño, Juan, entra en casa de su amigo Luis, que se halla ausente. Mientras está sólo en el cuarto esperando su llegada, ve un reloj, y le viene el pensamiento de robarlo. Nadie me ve, dice, y nadie sabrá que yo lo he hurtado. Voy a tomarlo, dice resuelto, pero al ir a alargar la mano oye la voz de su amigo y se detiene. Sin inmutarse le saluda, habla un rato con él, y se marcha disgustado Juan de no haber llevado a cabo su criminal intento. Ahora bien; dígame V., José, ¿Juan ha pecado? - Sí. - ¿Por qué? Nada ha robado. - Ha pecado, porque ha tenido la voluntad de pecar. - Muy bien; esto basta para ser culpable delante de Dios. Mas si Juan se hubiese contentado con decir: ¡Quisiera robar aquel reloj! mas no lo haré, porque temo, si se descubre, me metan en la cárcel: ¿habrá pecado? - Sí. - ¿Por qué? - Porque habría tenido el deseo de robar. - Sí, hijo mío, se peca sin hacer la mala acción, cuando uno consiente al deseo de hacerla. Pero, si Juan, al primer momento que ha tenido el deseo de robar, hubiese dicho a sí mismo: No, no lo quiero hacer, Dios me lo prohíbe, no importa que nadie me vea; ¿habría pecado? - No. - Y si hubiese sido mucho tiempo molestado de este

pensamiento (aunque fuese cien años), y siempre lo hubiese rechazado, ¿habría pecado? - No, antes al contrario, hubiera merecido delante de Dios. - Muy bien. Sólo, pues, se peca por pensamiento, cuando se tiene, o se consiente a la voluntad o deseo de hacer el mal, o al placer de pensar en él.» Cualquiera comprenderá que estos casos de conciencia, o ejemplos, presentados de este modo aclaran mejor las dudas, y fijan más exactamente las ideas que todas las más difusas y repetidas explicaciones.

4º *De las historias.* Todas las ventajas de la comparación, parábolas y ejemplos se hallan cifradas en las historias. No hay cosa que más se grabe en la memoria de los niños, y fije su atención moviendo sus corazones al bien y dejando imperecederas impresiones de virtud. Diríase que estas historias, oídas, participan algo de la virtud secreta y admirable que tienen los ejemplos buenos, vistos y practicados. Como los niños son de condición curiosos y ávidos de saber, basta muchas veces la sola promesa de contarles una historia para obtener silencio y buena compostura durante todo el Catecismo. Un ejemplo o una historieta, me decían los niños asaz traviosos de la Casa corrección del Principado, y estaremos quietos; bastaba sólo una promesa para hacerlos atentos todo el tiempo que duraba el Catecismo. Será fructuosa la recitación de historias a los niños si el Catequista observa las siguientes reglas: 1ª La historia debe ser verdadera, y que tenga todos los visos de verdad. No conviene por lo común referir cosas extraordinarias, visiones, raptos, etc 2ª Debe ser grave, y que de ella se desprenda un fin moral. 3ª Notable por el fondo o las circunstancias de la persona, lugar, sexo, etc 4ª Debe ser sencilla la relación y representada con viveza, haciendo hablar a los personajes con coloquios cortos, verdaderos o verosímiles de modo que los niños crean verlos, oírlos. 5ª Fije la atención de los niños sobre el punto principal. 6ª Sean religiosas, no profanas, en cuanto se pueda; y así el buen Catequista enseñará la Religión, y sus dogmas y misterios principalmente con un método, según Fenelon, el mejor, el sólo bueno entre todos para la enseñanza de la Religión.

Largo y difícil es el camino de la enseñanza, por medio de preceptos o reglas; corto y llano valiéndose de ejemplos. (A)

Artículo III.

Varios son los modos de presentar la instrucción a los niños. Los más seguidos son: 1.º Por vía de discurso seguido; pero este modo cansa la atención de edad tan pequeña. 2.º Hacer repetir la explicación y pruebas en seguida; este modo es mejor que el primero, porque con la repetición se fijan mejor las ideas, mas se debe poner un cuidado especial en el que sea interesante y animada la repetición, pues de lo contrario engendrará fastidio. Pero el mejor medio es el 3.º que consiste en hablar poco el Catequista, haciendo hablar mucho a los niños. Para ello les dirige preguntas, y obliga a los niños a dar la prueba o respuesta, rectificándola o ampliándola brevemente el Catequista. Éste es el medio más a propósito para conocer el talento de cada niño, lo que les obliga a escuchar con atención, promueve su emulación, y descubre sus adelantos.

Para que este medio dé todo el fruto apetecible menester es tener presente algunas observaciones: 1ª Que no sean las cuestiones inútiles o frívolas, que expongan a los niños a mirar con menos respeto las cosas santas, como sería si, después de preguntar si Dios está en todas partes, le pido si está en su bolsillo. 2ª Debe variarse la manera de presentar las preguntas, pues *identitas mater est tædii*. Deben dividirse y subdividirse, cuando convenga, con exactitud y analizar las palabras. Así, si yo digo por cuantas razones debemos amar al prójimo, y he respondido por tres, debo preguntar ¿cuál es la primera, segunda y tercera razón? 3ª Debe el Catequista animar a los niños a que ellos mismos hallen la respuesta, no pidiéndoles por lo ordinario nada que no esté a sus alcances; diciéndoles que es fácil, insinuándosela y aplaudiéndoles cuando es pasable. Por esto debe ser su norma en las preguntas y respuestas la inteligencia de la mayoría del Catecismo. Así se creen capaces de resolver lo que se les propone, reflexionan, ejercitan su inteligencia y se desarrolla su juicio. Mientras que si se les proponen cosas muy difíciles se desaniman, y, creyéndolo superior a sus alcances, ya no discurren. Con todo, a veces conviene tratar algún punto más difícil, y decirles que no es extraño que no lo sepan todo, pero que si asisten al Catecismo lo sabrán más adelante. Se puede promover una especie de desafío muchas veces diciéndoles: Veamos quién de vosotros comprenderá la respuesta de esta dificultad. Y entonces se propone a sí mismo el

Catequista la cuestión, responde con claridad y precisión, se aclara con comparaciones y ejemplos, y después se pregunta a los niños para ver si lo han comprendido. 4ª Se debe mirar si comprenden los niños lo que se les explica, para en caso necesario repetirlo con más claridad y sencillez. Si lo han comprendido, no repetirlo, por no causarles fastidio. El aire y la figura exterior darán a conocer al Catequista, por poco lince que sea, si ha sido comprendido. 5ª Cuando se les hace dar cuenta de la explicación, debe fijar su atención principalmente en lo esencial, pues a menudo los niños sólo se fijan en detalles y en lo accesorio. 6ª En las cuestiones morales no debe enseñarles la doctrina especulativa, sino ponerles delante un ejemplo o modelo práctico. Por ejemplo; si quiero enseñar a los niños el modo de confesarse bien, les diré y haré de esta manera: He aquí, hijos míos, el modo de hacerlo bien: primeramente me retiraré en un lugar tranquilo y que esté solo; allí me pondré de rodillas, y diré de todo corazón: *(el Catequista simula la compostura de uno que ruega con atención, las manos juntas, los ojos bajos)*. «Dios mío, quiero hacer una buena confesión: ayudadme a conocer bien mis pecados, pues conocida tenéis mi miseria y mi frágil memoria.» - José, ¿lo hago bien? - «Entonces comenzaré mi examen...» *(Aquí el Catequista hace su examen discurrendo por los mandamientos y obligaciones propias y por los siete pecados capitales, observando las faltas que acostumbran cometer los niños, y el número de ellas, y después hará un acto de contrición con toda piedad)*. Dice lo que haría antes de confesarse cuando está en la iglesia, cómo empezaría a acusarse de sus pecados al confesor, y lo que haría después de la confesión. A veces es mejor presentarles los defectos que se acostumbran cometer diciéndoles: ¿Qué diría V., Luis, de un niño que hace así el acto de contrición? *(hacerlo fríamente, sin atención)* o si esperando confesarme me portase como hacen muchos *(mirar a un lado y otro, hablar, estar mal compuesto)*. De este modo se ve que los niños comprenden mejor las cosas que si se les dice sencillamente: debéis confesaros bien, haced tal o cual cosa. 7ª Por fin, cuando explique el sexto y nono mandamiento, materia de suyo la más delicada, conviene ajustarse con exactitud a la máxima de santo Tomás cuando enseña que se debe tratar con tanta mesura y prudencia, que los que han pecado en este punto conozcan la gravedad de su pecado y lo detesten, y los que están inocentes no vengán a maliciar y se les abran los ojos para sospechar lo que no conviene saber. Debe, pues, el Catequista presentarse al ir a tratar este punto, sin aire misterioso y embarazado que infunda sospechas, citando sencillamente los mandamientos sexto y nono, que miran a grandes y pequeños, y prosiguiendo la explicación en esta forma, según un sabio autor: «Dios nos ordena por estos dos mandamientos, hijos míos, que conservemos nuestros cuerpos siempre puros y siempre santos, los respetemos como miembros vivos de Jesucristo y templos del Espíritu Santo. Debéis, pues, conservarlos en la inocencia, honestidad y modestia, acordándoos que en todas partes las miradas de Dios están fijadas sobre vosotros, y os observa, ora estéis solos, ora en público; de noche, como de día. Nuestros cuerpos, queridos niños, son como los vasos sagrados, pues como ellos, reciben a Jesús en la sagrada Comunión. Las cosas santas ya sabéis se deben tratar santamente; y así como es prohibido el descubrir y tocar el cáliz o copón sin motivo, así, en cierto modo, nos está prohibido el descubrir y tocar sin razón nuestro cuerpo: hacerlo a solas, y aun delante de los padres, sería pecado; pero con otros, sería todavía mayor. Además nos prohíben estos mandamientos el pensar y el oír cosas que no dicen bien en niños cuerdos, y que revelarían niños sin temor de Dios, niños mal educados, niños tunantes. Cuando se haya pensado, dicho o hecho alguna de esas travesuras, o mirado cosas indecentes, como hacen los niños mal criados, es necesario decirlo en la confesión al sacerdote. El demonio, enemigo cruel de nuestra salvación, se esfuerza en hacer creer a los niños que no es pecado, o que no lo digan al confesor; pero decidle, hijos míos, a este espíritu tentador: «Si no es pecado, ¿por qué me doy vergüenza de confesarlo? mejor en este caso: mi confesor me lo dirá, y quedaré tranquilo. Al contrario, si no lo digo, siempre viviré con remordimientos, exponiéndome a cometer nuevos pecados, por no acusarme de una falta que debo confesar.» «No os avergoncéis, hijos míos, de acusaros de todos los pecados mortales en la confesión, pues de lo contrario no se os perdonarán y cometeréis un sacrilegio. ¿Sabéis quiénes son los que callan los pecados en la confesión? pues son los imbéciles, los tontos, los cobardes. Y notad, hijos míos, que esos pecados que confesados ahora al sacerdote (que no lo dice ni puede decirlo a nadie) serían perdonados y olvidados de Dios, en el juicio último serán manifestados a todo el mundo, y todos lo sabrán, y no aprovechará entonces esta confesión, sino que pagarán esta vergüenza mal entendida por toda la eternidad en el fuego del infierno. Así, hijos míos, castiga Dios a los que no quieren confesar todos los pecados mortales: preciso

es, pues, no tener talento para callar los pecados.» He aquí en resumen lo que se debe decir sobre este punto, y cuando den cuenta de la explicación en el domingo próximo, sólo deben decir la obligación de confesar todos los pecados.

Capítulo 8

Artículo I.

«*Vince te ipsum..*» He aquí la gran máxima cristiana, la más profunda filosofía del Cristianismo. En esto se distingue fundamentalmente la Religión divina de las religiones humanas. Éstas, conociendo el corazón del hombre inclinado al mal, y no hallándose con bastante fuerza para victoriosamente combatirlo, le halagan y acarician; fomentan, o cuando menos dan rienda suelta a los malos instintos, a las pasiones de ignominia, como las llama el Apóstol. Pero la Religión que es verdadera, y por consiguiente divina, lo primero que enseña al hombre egoísta y sensual, es que se humille y haga penitencia. Ésta fue la primera enseñanza del Bautista y de Nuestro divino Maestro Jesucristo; esta es la doctrina de los verdaderos Profetas y enviados de Dios en todos tiempos. Y con razón ciertamente; pues sólo Dios puede dar al hombre fuerzas y auxilios que le hagan superior a sí mismo, dueño perfecto de su corazón. Así es alabado por Salomón, como a varón fuerte, el que domina a sí propio, más que el que vence a muchas dificultades. *Iuste instat præcepto qui præcurrit auxilio*, dice san León. Justamente, pues, Dios nos manda vencernos a nosotros mismos, ya que nos da copioso favor para cumplir este mandato.

Si alguno necesita de enseñanza y guía, de ser ayudado a vencerse a sí mismo, es el niño cristiano que vive en medio del mundo y que desde sus primeros días ve malos ejemplos, ya en casa, ya en la calle. El corazón humano hállase inclinado al mal desde su juventud, y por lo común sólo halla aliciente para el mal. El niño tiene desarrollado en el más alto grado el instinto de imitación, y si el Catequista sólo enseña, ilustra el entendimiento y no mueve el corazón, no lo santifica con ejemplos de piedad y virtudes, sólo cumple poco menos que por mitad su obligación. La santificación de los niños debe ser, pues, el fin al que el Catequista dirija sus esfuerzos: si enseña, para santificar a los niños; si ora, para santificar a los niños; si hace algún sacrificio, para la santificación de sus pequeñuelos: sólo haciéndolo así cumplirá la voluntad de Dios. *Hæc est voluntas Dei, sanctificatio, vestra*. Debe, pues, ante todo el Catequista, como buen médico, conocer el corazón de los niños con sus vicios y virtudes para curar aquellos y ayudar a éstas en su completa perfección: *Declina a malo et fac bonum...*

El corazón humano está inficionado de la ponzoña del pecado de origen; y a la manera que un poco de levadura corrompe toda la masa, así esa concupiscencia, ese egoísmo con que nace el hombre, ahoga y mata muchas veces los nobles deseos del alma. El corazón cristiano recibe también en contraposición a esa levadura que corrompe el alma, *corpus peccati*, lo llama el Apóstol, la gracia de Dios y el carácter de cristiano en el santo Bautismo con los hábitos de la fe, esperanza y caridad, como dice el Concilio de Trento. Así, pues, en el corazón del niño cristiano hay como dos principios: uno que solicita al mal, otro que inclina suavemente al bien. Del principio malo, del *fomes peccati* nacen: 1.º El orgullo, por el que el niño quiere todo referido a sí, y que se haga su voluntad: si se le contraría llora, grita y pateo: se excusa con mentiras, echa su falta sobre otros, busca los aplausos y caricias, y ser siempre preferido. 2.º La avaricia: quiere con empeño lo que le agrada, y oye con particular disgusto que se le quiera privar de ello. 3.º La envidia le domina: todo lo que ve hermoso y bueno en casa de otros, o lo poseen otros chiquillos, lo exige para sí. 4.º La gula: come sin regla ni concierto: no mira lo que le puede dañar con tal que le guste, llora si se le niega; cuasi nunca, aunque se halle ahíto, lo confiesa si ve alguna cosa buena. 5.º La ira: se enfada con suma facilidad; vuelve los golpes que recibe, y está contento, muéstrase satisfecho cuando cree que ha dañado a alguno malquisto por él En fin, la pereza le esclaviza: no quiere mortificarse en nada, no conoce más reglas de conducta que su capricho; su inconstancia, mal humor, terquedad, curiosidad, vanidad; usa mil artificios para evitar la molestia y la contradicción, y para satisfacer sus pequeñas pasiones.

Por otra parte, el corazón del niño cristiano tiene instintos nobles, generosos, que excitados por las inspiraciones del santo Angel de la Guarda, sólo necesitan de la cooperación piadosa del Catequista para adquirir completo desarrollo. En efecto; el niño, si es egoísta, también es generoso, compasivo, y se complace en aliviar las miserias de sus hermanos, en compartir con el pobre un pedazo de pan, y a veces privase de lo que más le gusta para socorrer al desgraciado. ¡Oh, si la índole de este escrito nos permitiese extendernos citando ejemplos infantiles, mejor heroicos, de actos de la virtud de la caridad! ¡Cuánto placer hallarían en su lectura los Catequistas! pero ahora no podemos. Con el favor de Dios tal vez lo hagamos más adelante, publicando, para mutua edificación, un librito de las pequeñas virtudes en acción. Sólo indicaré de paso, porque lo deberé repetir más adelante, que si el Catequista quiere que sus niños sean buenos y perseveren en la virtud, procure que con la edad crezca en ellos el ejercicio de las obras de misericordia.

Además, el niño es humilde, dócil, respetuoso con quien le trata con respeto y atención, y sobre todo es sumamente fácil ganarle el corazón. Con mostrarle con verdad que se le ama, al momento os dará todo, todo su corazón, sin reserva, con completa, ciega y absoluta confianza, y sabido es que quien es dueño del corazón, es dueño de todo el hombre, puede hacer de él lo que quiera. Entonces, pues, el Catequista tendrá a su mano el sembrar mejor, el hacer que el germen de la virtud se desarrolle y fructifique grandemente, sofocando por ende el germen de los vicios contrarios. Una vez contraído el hábito de la virtud, el sentimiento del pudor cristiano la arraigará en su alma, e instintivamente cobrará aversión al mal: cuando mayorcitos, no tendrán casi más que seguir la inclinación de las primeras impresiones, hacer por principio de fe lo que hacían por costumbre, y andarán de este modo con leve dificultad el camino del cielo. *Amor meus pondus meum*, decía san Agustín, y así como sin ningún esfuerzo, antes con gusto especial, si es lícito hablar así, todos los cuerpos pesados se dirigen a su centro, esos corazones cristianos, que llevan en su alma el amor a la virtud, se inclinarán, buscarán y abrazarán suavemente, sin ninguna dificultad, todo lo honesto y virtuoso, el Corazón de Jesús, centro de todo lo bueno y bello que hay esparcido por la creación. Por el contrario, si el niño cristiano, tierno arbolito que está plantado junto las corrientes de la gracia del cielo que todo lo vivifica, no echa sus raíces, no es fecundado con ese riego celestial, ese árbol crecerá, sí, pero plantado en la tierra espinosa del mundo, regado con el agua ponzoñosa de la iniquidad, y sus frutos y aun sus hojas no serán de bendición y de salud para las gentes como el justo de que nos habla la Escritura santa. (*Apocalip. XXII, 2*), sino de corrupción, muerte y ruina del mundo y de la cristiandad. *Adeo a teneris assuescere malum est!* Es, pues, la santificación de los niños la parte principal, lo esencial de la enseñanza catequística, toda vez que es la más sólida y la más segura garantía de su eterna salvación. ¡Pobres niños!!! el corazón se parte de pena al verlos divagar por las calles oyendo sólo blasfemias, presenciando tan sólo escándalos y malos ejemplos; y en casa ¡ay! (tristísimo es decirlo), sólo hallan la confirmación autorizada del mal que han visto y oído por las calles. ¿Quién salvará estas almas, si no hay un Catequista celoso que supla el defecto de sus padres y maestros enseñándoles las verdades de salud? Si él no recoge esos hijos que sus padres desnaturalizados, crueles, que como el avestruz los abandonan en el desierto del mundo, ¿quién los cuidará? Si con su amor a Jesús no se reviste de entrañas de madre cariñosa, y con el aliento ardoroso que comunica la caridad de Cristo no vivifica y reanima su corazón helado por el frío de la iniquidad, ¿quién lo hará? Lloro el corazón del sacerdote cristiano la inmediata y tal vez irreparable pérdida de esa juventud incauta que, sin ninguna enseñanza de la Religión que engendra en las almas el temor de Dios, se engolfa en el mar del mundo; semejantes a esos bajeles ricos y bien amueblados que se lanzan a alta mar, pero sin lastre ni contrapeso, sólo esperan una tormenta recia para hundirse al fondo y nunca más volver al puerto de donde salieron. Más así como, si el lastre o cargamento no se pierde, aunque las velas, palos y jarcias se destrocen, hay todavía esperanza de salvación; así también el joven que tiene asegurado el cargamento del alma, que es el santo temor de Dios, aunque al engolfarse en el gran mundo sufra por los contratiempos algún leve destrozo, asegurada la nave habrá esperanza fundada de que, aunque desmantelada, regrese un día al puerto de salvación para entrar en carena y repararse. Esto sucedió al hijo pródigo, a san Agustín y a tantos otros que se convierten todos los días.

Artículo II.

Vista, pues, ya la necesidad y suma importancia de la santificación de los niños, veamos ahora los medios más a propósito para lograr este fin.

1.º Hablando el devoto Gersón de los medios más eficaces para guiar o conducir los niños a Jesucristo, dice así: *Sentiat alius quid voluerit, ego in simplicitate mea judico, confessionem (modo recte facta fuerit) esse directricem efficacissimam ad Christum*. Ya lo oye el Catequista de boca de un hombre tan autorizado; la confesión es el medio eficazísimo para la santificación de los niños. Todos, pues, los medios que ponga en planta para su santificación deben tener por coronamiento la santa confesión. Es éste el más útil, y a menudo el más necesario remedio: la confesión enseña al niño a conocerse a sí mismo reflexionando sobre sus actos, a conocer su pasión dominante, a prevenir y evitar las ocasiones de pecar, las compañías peligrosas; le fortalece en la virtud, o le saca del pecado e impide que el mal pase a ser un hábito, que los vicios nacientes tomen carta de naturaleza en el corazón. Debe, pues, tener el Catequista como cosa esencial el repetirles a menudo las ventajas de la confesión frecuente; exhortarles a ser fieles en su cumplimiento. Salta más a la vista la bondad de estas exhortaciones si se tiene en cuenta que hay grave obligación para los que han cometido culpa mortal de ponerse en estado de recibir la absolución durante el año, y respecto al confesor de disponerlos a ella por todos los medios posibles y dársela así que vea las disposiciones estrictamente necesarias, o suficientes. A fin de prevenir engaños no sería mal exigir cada mes la cédula de confesión a los que comulgan, y a los que no, cada dos o tres meses; y si se ve algunos morosos o descuidados en este punto, advertirlos con amor, con rigor, y hasta amenazarlos con que se les despedirá del Catecismo si no se confiesan. Es todavía este medio más necesario hoy día que en tiempo de Gersón; pues si no practican desde pequeños este acto de religión, cuando mayores lo mirarán con suma repugnancia, quizás con prevención y desprecio. Niños hemos hallado de diez, once y más años que nunca se habían confesado. Y no se diga que no tienen pecados y no puede absolverseles, pues hoy día bien se puede exclamar por los niños, como san Agustín *Pusillus, magnus peccator*; pequeños son en edad, pero grandes en la malicia, en el pecar, porque muchos apenas saben quien es Dios, y manchan ¡horror! sus labios y su alma con las más grandes blasfemias. Ni se diga que no están dispuestos, pues si no lo están, cúlpese el sacerdote a sí mismo: menos pereza, un poco más de celo en prepararlas, y saldréis consolados de oír sus confesiones. Muchísimos adultos hemos oído en confesión haciendo novenarios y corriendo pueblos y ciudades; y, sinceramente lo afirmamos, nunca hemos confesado con mayor satisfacción y consuelo que a los niños que hemos con algún cuidado preparado para la confesión, pues tanta sinceridad respiraban sus acusaciones y sus propósitos, tanta minuciosidad el relato de sus faltas, tantas en fin eran las señales de un verdadero dolor, que me obligaba a exclamar al ver la generosidad con que el Niño Jesús franqueaba sus gracias a estos pequeñuelos: Te doy gracias, o Dios mío, porque ocultaste estas gracias a los sabios y presumidos de su edad y ciencia, y las revelaste a los niños tiernos. Bien así, para confusión del orgullo humano, o Jesús Niño Dios, y porque te agradaste de premiar mis trabajos y desvelos en prepararles a la confesión.

Jamás consentiré, aunque haya muchos niños, y no tenga tiempo, en que se confiesen de dos en dos, por pequeños que sean, porque las consecuencias que de esto se siguen son fatales para la santificación. Aún recuerdo el horror que cobramos a este santo Sacramento (por la imprudencia de un confesor), cuando niños. Nos confesaba de tres en tres, y como uno dijese del otro que blasfemaba, el confesor le reprendió ásperamente y le amenazó con castigarle. Los niños (pequeños como nosotros) que aguardaban a confesarse, al ver o saber lo que pasaba, se retrajeron, porque tenían miedo que los compañeros de confesión les descubriesen sus pecados y les castigase el confesor; y muchos especialmente de los que más lo necesitaban por haber cometido algún pecado gordo, según ellos, huyeron y no se confesaron. Los que lo hicimos, después, al ver al confesor, huíamos como quien ve un enemigo de la niñez. A no tener buenos padres, ¡qué consecuencias tan tristes no podían seguirse de aquí! Pregúntese a los que andan reñidos ha muchos años con este Sacramento de reconciliación y amor, y se verá que muchas veces, si son del pueblo, es a causa del áspero o imprudente trato

que hallaron en el confesor. Revístase, pues, de las entrañas de misericordia de Jesucristo, él que es *vicario de su amor*, al confesar a los niños, y vaya de uno en uno confesándolos con paciencia, tratándolos con cariño, preguntándoles con arte, e insinuándose en su corazón, y saldrá consolado. Los niños amarán la Religión como cosa buena por medio de sus ministros, y esperarán con ansia el día de ir a confesarse, como uno de los más felices de su vida. ¿Cuándo hemos de volver a confesarnos? nos preguntaban por las calles varias veces los niños que contaban diez y más años, y sólo se habían confesado una sola vez en su vida. Tan contentos habían quedado del recibimiento y trato que les dio un amable confesor. Cuide de revestir de majestad este acto para que los niños miren este sacramento con respeto. Confiéseles en cuanto sea posible, en el confesionario, y no en otra parte: a las niñas siempre por la rejilla, a los niños es mejor por delante del confesionario. Hágales arrodillar de dos en dos delante de una grande imagen de Jesús crucificado, o de la Virgen de los Dolores, antes de confesarse, y que le besen las llagas de los pies pidiéndole perdón y proponiendo enmendarse de veras. Después de confesarse visiten a Jesús sacramentado, dándole gracias, y canten el *No más pecar, mi Dios*, que tanto les conmueve. En el librito de Mons. Segur, *la Religión al alcance de los niños, o la Confesión y Comunión*, que se venden en Barcelona, *Biblioteca popular*, hallará un modelo de confesión para los niños. Si no sabe el Catequista rodear de majestad y gravedad los actos de la Religión, los niños no la amarán ni la respetarán, antes bien la despreciarán, y lo mirarán todo como cosa de un pasatiempo; pero si sabe rodearla de majestad con ceremonias graves, y trata los niños con paternal amor, la amarán con pasión. Si por ser muchos los niños, no puede oírlos en confesión a todos en un solo día, hágalo en muchos. Lo que conviene es hacerlo bien; de esto nos pedirá cuenta Dios: si se ha de hacer mal, preferible es omitirlo. Entrégueles después de confesarse una estampita o medalla, como atractivo recuerdo de tan santo acto.

2.º Debe además acostumbrarles el Catequista a meditar, o a lo menos a mirar la vida de Jesucristo, como el modelo según el cual deben arreglar toda su conducta. En el nacimiento de Jesús en el portal de Belén, reclinado sobre pajas envuelto en pobres pañales, les enseñará a despreciar las riquezas y bienes del mundo, y a sufrir con paciencia, sin quejarse ni murmurar, las incomodidades del tiempo y de la necesidad. En la circuncisión, la penitencia que debemos hacer por nuestros pecados. En la presentación al templo, el ofrecimiento total del corazón a Dios. En su viaje y estancia en Egipto, las persecuciones que sufren los buenos en este mundo, y el modo de vivir entre gente mala. En su vida en Nazareth, humilde y obediente a San José y a María Santísima, la obediencia absoluta a los padres y superiores, el recogimiento y retiro, huyendo de las malas compañías, y de andar por las calles. En su hallazgo en el templo, cómo deben permitir que se hunda el mundo antes que ofender a Dios, y el modo cómo deben orar a Dios y estar en la iglesia. Finalmente, en su vida pública, les ponderará el amor que Jesús manifestó a los niños, amor que les profesa aún en el Sacramento del altar, y en el cielo. La pasión y muerte de Jesucristo debe serles explicada cuando vayan a confesarse para hacerles comprender la gravedad del pecado, el amor de Jesús, y los propósitos eficaces que deben formar de nunca más ofender a quien tan bueno es para nosotros. Debe, por fin, habituar el Catequista a sus niños a examinar, o a que se pregunten: ¿qué pensaría y diría el Niño Jesús de sus conversaciones y diversiones, de sus obras y de su comportamiento, si se dejase ver en medio de ellos? No se olvide de que Jesús es el principio y fin de su santificación, y como canta la Iglesia: *Se nascens dedit socium, convescens in edulium, se moriens in pretium, se regnans dat in praemium*. Y por resumirlo en una palabra: *Totus in nostros usus impensus est*. Jesús es todo nuestro; todo sea, pues, de Jesús y por Jesús.

3.º Debe inspirar a los niños la estimación y aprecio de los ejercicios propios de todo cristiano, y que han de ser más tarde una ayuda poderosa a su perseverancia. Estos son entre otros: 1º La oración bien hecha todas las mañanas, seguida del examen de previsión, en el cual se propone arreglar santamente todas las acciones del día, y evitar las ocasiones de pecar, venciendo la pasión dominante. 2º La devoción al Corazón de Jesús, a la Purísima Concepción de María, Madre de la perseverancia, a San José y Ángel custodio, y además al Santo tutelar de la clase de la Catequística a que pertenezca. 3º Lectura meditada de algún buen libro. 4º La oración de la noche, el examen de conciencia y un fervoroso Acto de contrición. 5º La asistencia a la Santa misa, y visitas a Jesús sacramentado lo más a menudo que pueda. 6º La asistencia al Catecismo de perseverancia, o a la asociación a que pertenezcan.

4.º A esto deben añadirse ciertos avisos según las circunstancias. Avisos generales para prevenir o corregir ciertos abusos, exhortar a celebrar bien alguna fiesta, a no frecuentar

malas compañías, a ser puntuales a la asistencia del Catecismo, etc. Se dan estos avisos al fin del Catecismo, si bien puede ser al fin de un cántico, o en otra ocasión más oportuna, a juicio del Catequista. Los avisos particulares deben darse a los niños a solas: no puede emplear mejor el tiempo el Catequista que dando estos avisos. Cuando se ha merecido la confianza de los niños, esto puede producir un bien inmenso. Para esto es necesario: 1º Que se den los avisos movidos por la caridad y la razón, con gran bondad, sin mostrar jamás el aire descontento, frío o atrafagado. 2º Acomodarlos al estado de los niños, unas veces viciados por una maldita indulgencia, otras testigos de malos ejemplos, conversaciones, etc., pero téngase especial cuidado en no comprometer la autoridad de sus padres 3º Proporcionarlos a los temperamentos, los flemáticos deben ser halagados con verdades amables y atractivas; los melancólicos vencerlos con verdades claras, fuertes, y bien definidas; los biliosos dirigirlos con un trato suave y dulce, e inspirarles el amor a la meditación, moderación y reflexión; finalmente, se deben excitar con la emulación, la alabanza y palabras de aliento, los temperamentos sanguíneos. La razón de esto es porque los flemáticos son fríos, tibios, sin energía; los melancólicos suspicaces y testarudos, pero atentos, retenidos y constantes; los biliosos, duros, iracundos, orgullosos y precipitados, pero generosos y ardientes; y los sanguíneos, vivos, furiosos, sensuales, pendencieros, pero de un corazón noble y generoso. Estos avisos deben repetirlos muchas veces, porque los niños se olvidan pronto de lo que se les dice. Cuanto más se les repitan estas advertencias, menos faltarán a ellas, según el sabio consejo de Quintiliano: *Quo saepius monuerit, rarius puniet.*

5.º Hay otro medio muy eficaz para la santificación de los niños; y es la homilía sobre el Evangelio de la dominica; especie de exhortación familiar, que nunca debe omitirse, por la que se les exhorta con lenguaje tierno y persuasivo a huir del mal, y combatir sus inclinaciones viciosas, y a seguir la virtud. Para que den buen resultado estas pláticas el buen Catequista debe, ante todo trazarse un plan para todo el año, ya para no repetir lo mismo, ya para evitar la omisión de algún punto esencial. Los puntos más necesarios a los niños, las verdades que más deben grabarse en su corazón son: el santo temor de Dios; la obediencia a los padres, maestros y superiores; el respeto a los templos y a los sacerdotes; la fuga de las malas compañías, la devoción a María Santísima, Madre tierna de los niños; y en la tentación el invocar a Jesús y a María, etc. Debe enunciar el asunto con claridad, sentar la proposición con precisión, y apoyarla con razones evidentes, con brevedad y lucidez; hacer aplicación a los niños en detalles, por los que vean como en un espejo sus faltas: sus palabras, obras, deseos y pensamientos, y moverlos con palabras ardientes, pronunciadas con unción y naturalidad, a amar a Jesús y a detestar el pecado.

6.º Pero todos estos medios serán vanos, si no perjudiciales, si el Catequista no es un santo, si no posee en alto grado la piedad, la dulzura, el celo; porque en lugar de edificar a los niños con sus palabras, su porte exterior inmodesto, el poco respeto al templo, y el modo de enunciar las verdades de la Religión, les harán creer que todo esto es cosa de poco más o menos. Peor aún sería si el Catequista se permitiera ciertas chanzas poco edificantes respecto de algunas prácticas de piedad, o sobre la devoción de algunos espíritus sencillos, porque los niños, que todo lo observan, verían en las cosas de la Religión como una mera ceremonia, o un negocio humano como cualquiera otro que no vale la pena de tomarlo por lo serio; mas al contrario, si el Catequista aparece bien penetrado de lo que les enseña, si no les habla de Dios y de sus grandezas sino con suma veneración y respeto, luego participarán los niños de este sentimiento religioso. Si cuando habla de la esperanza, en sus ojos, en sus acciones, levantando al cielo sus manos manifiesta el deseo vivo del paraíso, de los bienes grandes que hay allá en el cielo, elevará los corazones y deseos de sus pequeñuelos a esperar tanto bien. Si pinta con viveza las perfecciones de Dios, y describe con ternura lo que el amor obligó a Jesucristo a hacer o sufrir por nosotros, los moverá el amor de Dios; y en fin, si el Catequista es piadoso, los hará piadosos tales cual él sea, porque en esta edad, como no se tienen hábitos en contra, hállase especial gusto en imitar lo que se ve hacer a los demás; y como las palabras del Catequista son oráculos para los niños, se mostrarán dóciles a sus más insignificantes insinuaciones. No hará, pues, cosa de provecho el Catequista si al presentarse a los niños no puede decirles con toda verdad como san Pablo: *Imitatores mei stote, sicut et ego Christi.*

7.º A la edificación es menester añadir el uso de sacar afectos piadosos, reflexiones morales de las cosas que se ven o se oyen. San Pablo dice que la piedad es útil para todas las cosas, que todo coopera al bien de los que aman a Dios. Estas reflexiones, como dice san Francisco

de Sales, son el alma de la devoción y de la piedad, y por lo mismo un medio familiar y casero, el más fácil y suave de santificación. Estas reflexiones deben ser breves, claras, al alcance de los niños, y enérgicas. Es menester sean preparadas al pie del Crucifijo, y vivificadas con el fuego que sale de Jesús sacramentado. Los siguientes ejemplos son sacados en parte del estimable autor del *Camino del púlpito*. Ejemplo primero. - Supongo haber explicado a los niños los efectos deplorables del pecado; pido a un niño: «¿Cuál es el mal que debemos temer más en la tierra?» Responderá: El pecado. «Mas, añadiré yo, recibir una puñalada, ser envenenado ¿no son cosas más temibles que el pecado?» Responderá: No. - ¿Por qué? Y se le hace responder: Porque el puñal o el veneno no hace morir más que el cuerpo, y el pecado da la muerte al alma, y precipita el cuerpo y el alma en el infierno para siempre. Ejemplo segundo. - Supongo que he explicado el mandamiento: Honrarás padre y madre, etc., añadiré: «Un niño, debe, pues, a sus padres, amos y superiores la obediencia, el amor, el respeto y los servicios; y ved aquí, niños míos, un punto de examen para cada uno de vosotros: que cada uno en este momento se diga a sí mismo: ¿Cómo he cumplido hasta ahora los deberes que este mandamiento me impone? ¿He obedecido con prontitud, con agrado y sin murmurar? ¿No han tenido que reiterarme la orden muchas veces? ¿No he hecho enfadar a los padres o superiores por mi lentitud en obedecer? ¿No he excitado a mis hermanos y hermanas a la misma indocilidad? Ved aquí muchas faltas de que me debo acusar; pues bien: quiero repararlas lo más pronto posible, arrepentirme de ellas delante de Dios, y acusarme de las mismas en una buena confesión, y dar de aquí en adelante a mis hermanos y hermanas un ejemplo perfecto de obediencia.» Es fácil ver cuánta utilidad reporta a los niños un tal examen. Ejemplo tercero, que muestra el partido que se puede sacar para la piedad de las diversas lecciones del Catecismo. Supongo haber explicado a los niños el pecado original, e infiero desde luego: «Ved, niños míos, cuántas gracias debemos dar a Dios por haber establecido el sacramento del Bautismo para lavar en nosotros la mancha de este pecado, para restituirnos nuestros derechos al cielo, y hacernos sus hijos. Mas no olvidemos que, si hemos de imitar a Adán y Eva en su esperanza de la gloria eterna, debemos también imitarlos en la penitencia.» Supongo haber explicado el misterio de la redención, diré: «Todas las veces, niños míos, que veáis una cruz en vuestra casa o en otra parte, acordaos que el Hijo de Dios murió en ella para redimiros, y decidle del fondo del corazón: Dios mío, os doy gracias de haber muerto por mi salvación: no permitáis que yo por mis culpas haga inútiles para mi alma los méritos infinitos de vuestra pasión.» Si he explicado el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, encargaré acostumbren a visitar a Jesús sacramentado cuantas veces puedan, o a lo menos al pasar por delante de una iglesia, decirle: «Bendito seáis, Dios mío, que os dignáis habitar con nosotros; o bien: Viva Jesús, muera el pecado; seáis por siempre alabado, oh mi amado Jesús sacramentado.» Después de haber explicado qué es el paraíso, aconsejaré el decir a vista del cielo: «Hermoso cielo, ¿cuándo te poseeré?» Después de la lección sobre el infierno, propondré que a la vista del fuego se diga: «¡Oh Dios mío! preservadme del pecado mortal, que conduce las almas al infierno.» O bien: «Inmaculada Virgen María, guardadme de cometer pecado mortal en este día, y en toda mi vida.» Al divisar una imagen de María les encargaré la saluden como san Bernardo y digan con fervor; «Ave, María purísima.» Al dar las horas el reloj: «Bendita y alabada sea la hora en que la Virgen del Pilar vino en carne mortal a Zaragoza» En la tentación: «¡Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, y José mi protector!» Haré lo mismo para las otras explicaciones del Catecismo, aprovechando todas las ocasiones de acostumbrar a los niños a no pronunciar el nombre de Dios sino con gran respeto, a no hablar de la Religión, de sus Sacramentos y prácticas, sino con profunda veneración; de las postrimerías, sino con gran temor.

8.º Sobre todo debe el Catequista aplicarse a hacer amar y gustar a los niños cuán suave es Dios y su servicio, cuán excelente es la religión católica, apartando de su mente todo lo que les daría de ella una idea triste y sombría, y mostrándosela desde un punto de vista tan hermoso que les parezca digna de toda su atención y cariño: a este fin, por cada palabra que les diga para hacerles temer la justicia de Dios, les dirá mil que les haga adorar respetuosamente su grandeza, amar su bondad, bendecir sus misericordias. Conviene, más de lo que nosotros podemos ponderar, que los niños se acostumbren desde su infancia a mirar a Dios por su padre, el más querido y lleno de bondad, para que desde la niñez le sirvan con reverencial amor y acudan a Él en todas sus tribulaciones con la más ilimitada confianza, porque no hemos recibido espíritu de servidumbre y de temor, sino espíritu de amor con el cual clamamos *Padre, Padre*, a Dios nuestro Señor que está en los cielos. La causa porque se condena la mayor parte

de las almas es la falta de confianza en la misericordia de Dios; la causa por la que no perseveramos en el servicio de Dios, y no hallamos gusto en sus prácticas, es el no mirar a Dios, a quien llamamos Señor, como a nuestro más tierno Padre, que vela de continuo sobre nosotros, nos ama desde la eternidad, nos socorre en todos los instantes de la vida, y nos busca con muestras de infinito amor. Si para ser justo es menester tener con el prójimo un corazón de madre, y consigo mismo un corazón de juez; para servir a Dios en espíritu y en verdad y hacerles gratos nuestros obsequios, es absolutamente indispensable practicar los ejercicios de devoción con un corazón de hijo: de otro modo no gustaremos las delicias de la Religión, porque no poseeremos su verdadero espíritu, ni perseveraremos en la virtud, porque el corazón se fastidiará y arrojará como carga molesta las obligaciones que nos impone el título glorioso de cristianos. Saboree, pues, el Catequista con sus pequeñuelos detenidamente la dulzura inefable que encierran estas sublimes palabras que para nuestro consuelo y enseñanza pronunció el Hijo de Dios: *Pater noster, qui est in caelis, sanctificetur nomen tuum;* y se santificará con sus pequeñuelos sirviendo con confianza filial e ilimitada a tan buen Padre y Señor.

Capítulo 9

Artículo I.

Hemos indicado al celoso Catequista los medios intrínsecos más eficaces que la razón y la experiencia poseen para enseñar del modo más provechoso la Doctrina cristiana a los niños y lograr su santificación. Pero por más excelentes que sean estos medios, serían todos inútiles, o estériles cuando menos, si no viniesen en su ayuda los medios que hemos llamado extrínsecos. Entre estos medios, los más eficaces, según la razón convence y una larga experiencia ha demostrado, son ante todo el establecer un cierto orden en el Catecismo, y el hacer observar un absoluto silencio. Hablaremos pues, sucintamente de los medios necesarios para lograr que reinen el orden y el silencio durante el Catecismo. Estos medios son: 1.º Un local y asiento a propósito, 2.º Un reglamento para los niños, 3.º El canto, 4.º Recompensas para promover entre los mismos una santa emulación, 5.º Algunos castigos.

§ 1º

Una vez el Catequista con su celo y dulzura haya logrado reunir los niños a su alrededor, es absolutamente indispensable hacer de modo que reinen orden y compostura, haya silencio y atención durante la enseñanza de la Doctrina cristiana, porque sin esto, por muy bueno que fuese el Catequista, sería inútil su misión. A este fin, vamos sólo a indicarle lo que debe hacer si quiere sean fructuosos sus trabajos. No mire, se lo suplicamos de todas veras, con desdén, ni desprecie estas indicaciones por más que le parezcan minuciosas o pueriles, porque, lo hemos visto por experiencia, si no se ponen en práctica, los mejores esfuerzos y sacrificios más costosos son vanos. «Quedo rendido de fatiga con la hora y media que hago el Catecismo, me decía una vez un catequista excelente. Me canso más en el rato que enseño la Doctrina, que en toda la semana; además de tener que explicar yo siempre, porque si no ya no están atentos, de continuo el tener que repetirles callen, callen, me fatiga sobremanera.» ¿Cuál era la causa de este tan enojoso como inútil trabajo? No había en primer lugar el local a propósito y sobre todo los asientos estaban mal dispuestos. Con sólo colocar los asientos en buen orden y establecer emulación entre los niños, al cabo de dos días era la clase más atenta y aprovechada. - El local para ser bueno, si puede ser, no sea la nave principal de la iglesia, sino una capilla retirada; así no se cansará tanto el Catequista esforzando su voz para hacerse oír, ni los niños se distraerán notando quién entra y sale, ni se perturbarán con la presencia de gente extraña. Bueno será, para que los niños estén más recogidos, que tengan a la vista alguna imagen de Jesús crucificado, de la Virgen santísima o del Santo titular de su clase. Escogido el local, conviene muchísimo atender a la colocación de los asientos. El Catequista debe estar en un estrado o tarima, o púlpito, si es fácil, algo elevado, desde donde domina mejor a sus pequeñuelos, los vigila, con sus miradas los contiene, y es escuchado con más

respeto y atención. Si esto no puede ser, cuide de estar sentado, y rara vez se mueva de su lugar. Los niños deben estar bien sentados; mejor en bancos sin respaldo, bajitos para que no tengan los pies suspendidos en el aire, ni los apoyen en el de sus vecinos, porque moverían ruido. Los bancos deben estar colocados en forma de semicírculo, para que el Catequista tenga todos los niños delante de los ojos y pueda vigilarlos sin mudar de posición. Es ésta una observación muy esencial para que haya orden. Cuando tenga así el local y asientos dispuestos, y numerados si se quiere, se dividen los niños o niñas en tres clases. 1.^a Niños más pequeños 2.^a Niños próximos a comulgar 3.^a Niños que ya comulgan En cada clase se separan los niños que saben leer de los que no saben; los más disipados y bullebulles se colocarán a la vista, entremezclados con los más dóciles y reposados; los ricos al lado de los de la clase mediana, y no de los más pobres, pero con tal arte que no sea muy notado. Hecho esto se señala un asiento fijo a cada niño que sólo abandonará para ocupar otro de distinción, como se dirá más adelante; y en caso que el niño faltara quedará el asiento desocupado. Así se evitará en parte que al dar el toque de la Doctrina vayan corriendo por la iglesia para ocupar el mejor lugar o asiento. Si es posible, sepárense totalmente los niños de las niñas, encargándose un Catequista de la enseñanza de los unos, y otro de la de las otras. En todo caso cuídese siempre que no estén de frente unos a otras, sino las niñas detrás de los niños, y de cara todos al Catequista para evitar distracciones, y a veces cosa peor.

§ 2.º

Es muy interesante, para lograr orden en el Catecismo, tener un reglamento que prescriba lo que los niños deben principalmente observar y evitar. Como estas leyes tienen la ventaja de que ya están hechas o escritas antes de empezar el Catecismo, no pueden los niños atribuirlo a capricho, y miran con mayor respeto lo que en ellas se les prescribe. El que nosotros hemos formado y ya impreso después del reglamento general, aprobado por nuestro ilustrísimo Prelado, consta de nueve artículos, y la experiencia nos ha demostrado que, si se practican bien, bastan para que haya perfecto orden durante el Catecismo. Además, los medios que señalamos en el reglamento general para obtener orden y compostura, coadyuvarán eficazmente a este fin. Sólo quiero extenderme un poco explicando los medios que allí indicamos, *para que se conserve el silencio* durante el Catecismo, por ser lo más esencial, y lo que más difícilmente se logra por los que no son buenos catequistas.

Es preciso, ante todo, declarar a los niños con un tono firme y resuelto que se quiere un perfecto y absoluto silencio, porque sin esto no les aprovecharía ir al Catecismo; y por consiguiente el Catequista debe ser el primero en darles ejemplo, absteniéndose de hablar todas las veces que pueda dar a conocer su pensamiento por una mirada o señal convenida. Se debe evitar el hablar recio, el reprender a menudo, porque así se gasta el tiempo inútilmente. Catequistas conocemos que más de la mitad del tiempo pierden hablando y gritando para que no hablen ni griten los niños, lo que es un mal sistema. El buen Catequista tolera, sufre a veces algún pequeño desorden, antes que faltar al silencio para corregirlo; habla poco, a propósito y animado siempre del espíritu de mansedumbre. Cuando un niño habla, la primera vez se contenta con fijar en él los ojos continuando la explicación; si esto no basta, se para sin decirle palabra y mirándole de fijo; si con esto no se corrige, bastará decir: Veo un niño que habla; si continúa, tendrá la afrenta de ser nombrado delante de todos. Si por fin no hay enmienda, se le puede decir: Vamos a ver: ya que parece le gusta hablar, pues hable V. José, ¿qué decía? Y si no responde o responde mal: *Ved lo que es no estar atento. ¿A que lo sabe Luis que escuchaba? Otra vez: Dios ve a V., hijo mío; ¿no teme ofenderle en su templo y en su presencia? Créiale un niño más dócil.* Conviene también a veces guardar la reprehensión para darla privadamente, haciendo como quien no le ha visto. Durante las preguntas y explicación del Catecismo, los niños tendrán los brazos cruzados, y las niñas las manos juntas; sin esta precaución es casi imposible haya quietud, porque luego se molestan unos a otros. Pero como esta posición es pesada para los niños, que parece son el movimiento continuo, se les puede dar de vez en cuando un rato de expansión y mayor libertad, en especial durante los cánticos. Por estos medios sencillos se logra el silencio de los niños, sin que apenas haya necesidad de acudir a los castigos, con tal que el Catequista sepa manifestarles amor y firmeza, *fortiter et suaviter.*

Si las advertencias hasta aquí indicadas bastan para lograr que haya silencio algunos momentos, no son suficientes para conservarlo todo el tiempo que dure el Catecismo. A este fin es necesario que el Catequista revista su explicación de las cualidades que la enseñanza debe tener, como dijimos (en el cap. VI, art. 2 y 3): además observe con los niños las siguientes reglas: 1.^a Cuando pregunte, nunca siga el orden de los asientos o alfabético, sino que salte de una sección a otra, de un banco a otro, a fin de que los niños estén siempre vigilantes con el temor de ser preguntados a cada instante. 2.^a Las preguntas deben ser vivas, rápidas, variadas. Debe haber siempre un niño que hable; si uno no sabe la respuesta, no se admiten réplicas ni excusas, y se pasa a otro. El Catequista debe hablar poco; así es que las reflexiones deben ser cortas, de otro modo causarían fastidio a los niños. 3.^a Se debe preguntar a todos los niños en cuanto se pueda una, dos o tres veces. Si hay algunos vanos, presumidos, orgullosos, es necesario hacerles algunas preguntas difíciles para humillarlos y tenerlos atentos. Al que mejor responde se le dan uno, dos o tres puntos. A veces conviene, para alentarlos después de la respuesta, añadir: - *Bien, Juanito: mas José lo sabrá todavía mejor. - He aquí un niño que hace honor a sus padres.* 4.^a Es también útil, especialmente en la recitación de la letra del Evangelio o de las explicaciones, el provocar una especie de desafío entre los niños de una y otra clase, o entre el Catequista y un niño; se nombra a un tercero para que diga quién tiene razón, y se premia al que dice mejor con uno, dos o tres puntos. Cuando los niños no andan acordes en la respuesta, no se debe ir aprisa en darles solución, porque así discurren y recuerdan después mejor la verdad. 5.^a Se ha de hacer hablar mucho a los niños, y debe hablar poco el Catequista. Ésta es una de las más importantes advertencias para tener atentos y contentos a los niños, porque, como dice muy bien Fenelón, el cerebro de los niños es como una bujía encendida al viento, su luz vacila de continuo. El niño ve una mosca, y sigue sus movimientos, su vuelo, se distrae, y ya no escucha más. Si siempre habla el Catequista, se fastidian de ser meros espectadores; al contrario, unos a otros se escuchan con placer, y están siempre atentos con la esperanza de ser preguntados y corregir o decirlo mejor que sus compañeros y ganar un buen punto. 6.^a El Catequista debe siempre pronunciar pausada y distintamente todas las sílabas. Debe mostrarles siempre una cara modestamente alegre, y tomar el lenguaje de la conversación en frases cortas y cortadas; variar las fórmulas de preguntar; sorprender y agradar a veces con dichos ingeniosos, agudezas o palabras alegres; proponer casos de conciencia en que uno se equivoque adrede, para que le corrijan los niños, etc. 7.^a Conviene además, para conservar el silencio, darles algo de expansión con algún cántico. Nunca ha de faltar uno al principio, otro al medio y otro al fin del Catecismo. En aquel momento se les puede permitir algo más de libertad, pues con el canto no se percibe el ruido, y no causa distracción. Pero como los niños son tan aficionados al canto y es tan útil, no sólo para conservar el silencio y dar treguas amenizando el Catecismo, sino también para atraer a los niños y santificarlos, merece tratemos aparte de este punto.

§ 3.º

Así como hay un apostolado de la oración y de la prensa, también hay un apostolado de la música. (S.P.)

Semper laus ejus in ore meo. (Psalm. XXXIII)

Es tan esencial para atraer los niños al Catecismo y hacerlos contentos el convidarlos con la golosina del canto, que en vista de los resultados que hemos visto, no titubeamos al afirmar que es el alma del Catecismo; que cuanto el Catequista les enseñe mayor variedad de cánticos, tendrá mayor asistencia y serán más contentos. Por esto al fin irán algunos de los cánticos con su nota que acostumbramos cantar en Tortosa, y que producen maravilloso efecto. Además sirven estos cantos aprendidos por la niñez para sanear la atmósfera de las ciudades y aldeas, viciadas con exhalaciones infernales de blasfemias, deshonestidades, escándalos y cantos los más licenciosos. Hoy, mejor que en tiempo de Fr. Luis de León, no nos contentamos con ser malos y parecerlo, sino que *hacemos música de nuestros vicios y desvergüenzas*, para que no sólo la corrupción entre a las almas por los ojos, sino por los oídos también. Pues el canto de la inocencia, salido de boca de los niños, cuya alabanza es perfecta,

según en los Salmos se escribe, contribuye poderosamente a regenerar, a purificar el mundo, y a desarmar la cólera de Dios. Muchos, que nunca oyen un sermón ni cosa buena, se ven obligados a oír por las calles pensamientos los más piadosos, conceptos los más terribles, predicados en voz alta por niños que apenas saben hablar; y Dios sabe tan solo los remordimientos y los recuerdos santos que con esto se excitan en estas almas extraviadas. Además, esto sirve para desterrar la afición a los cantos profanos, pues como los niños repiten lo que oyen, si saben buenas canciones, por lo común no cantan las malas. Es al propio tiempo uno de los medios más suaves para instruir a los niños en la doctrina santa, y para santificarlos despertando en su corazón sentimientos piadosos de que los cánticos están llenos: aquí es donde se mezcla lo útil con lo dulce, deleitando e instruyendo. Un buen ejemplo de ello se ha observado en esta ciudad de Tortosa. En el primer año de la revolución en que no hubo Catequística, no podía salirse por las calles sin oír canciones las más provocativas e insultantes contra la Religión y sus ministros. Pues bien, recórranse ahora las mismas calles, y no se oirán más que canciones religiosas y santas. ¡Cosa digna de atención! El barrio de San Pedro, o de pescadores, que era el que se había distinguido más por sus cantos de impiedad, es hoy día el más notable por su fervor religioso; y creo que uno de los medios principales de su mudanza ha sido el canto. Allí es donde se oyen de día y de noche cánticos-plegarias a María Inmaculada por Pío IX; allí se alaba en todos los tonos a María siempre Virgen, sin interrupción; allí se canta guerra contra Lucifer en todos los momentos; allí se respira un aire embalsamado con los acentos de la inocencia que de continuo elevan alabanzas a Jesús, María, José, o a Pío IX. Y antes, dos años atrás, ¿qué se oía allí? ¡Ah! No hay necesidad de decirlo, porque con mayor elocuencia lo pregonan las lágrimas de gratitud y consuelo que derraman muchas madres al darnos las gracias por la mudanza que han observado en sus hijos, desde que asisten al Catecismo. ¡Esto es un cielo! nos decía una anciana mujer: no se oyen sino cánticos de alabanza por las casas y calles! ¡Loado sea Dios! y que recompensa les aguarda en el cielo! ¡Nadie podía pensar tres años atrás que esto sucedería!.

Convencido ya, pues, el buen Catequista de la indispensable necesidad del canto, sólo falta advertirle: 1.º que procure que haya un coro de canto de niños y niñas que tengan gusto y buena voz, para que cantando bien solos primeramente, enseñen a los demás 2.º que las palabras del cántico estén al alcance de los niños, sin ser bajas o triviales 3.º que se cante pausadamente, y con unión, y que los aires se puedan retener fácilmente. Si puede ser, la letra del cántico tenga alguna relación con la fiesta del día.

Artículo II.

Hemos ya indicado algunos de estos medios; pero como son tan necesarios para hacer amable el Catecismo a los niños, y con esto fijar su ligereza e inconstancia, animarlos a ser atentos y aplicados, a apreciar, en fin, el rato que asisten al Catecismo como uno de los más dichosos de su vida, los damos aquí todos reunidos. Estos medios son los siguientes: 1.º Las alabanzas 2.º Ciertos cargos o distinciones 3.º Los buenos puntos y las buenas notas 4.º Las competencias o certámenes 5.º El uso de los análisis o resúmenes 6.º Las recompensas.

§ 1.º

La humildad es la verdad... Si no conocemos que recibimos, no nos moveremos a amar. (Santa Teresa de Jesús)

No hay cosa más a propósito para movernos dignamente a abrazar el bien o a huir del mal que el honor y la vergüenza. Cuando los niños se muestran sensibles a estos motivos, todo se puede obtener. Una alabanza dada a tiempo les anima y enardece, les hace aplicados y atentos, les hace hombres. Si se sabe interesar su amor propio, no hay necesidad de otros motivos para obtener grandes resultados. No repare, pues, el buen Catequista, a imitación de san Pablo y de otros Santos, en alabar lo bueno que vea en los niños con el fin de alentarlos, haciéndoles comprender, al propio tiempo, que toda la gloria debe referirse a Dios sólo, como origen único de todo bien, el cual a quien le es agradecido dándole la gloria le centuplica los bienes y gracias que le dispensó. Como premio a su aplicación pueden crearse algunos cargos, cuales son los de intendente o emperador, aspirantes y director del canto. El intendente está colocado en asiento aparte, y a él se confían por el prefecto los principales oficios, como son

recoger los análisis, repartir las tarjetas de asistencia, etc. Los aspirantes están en el *banco de honor*, tienen el privilegio de sustituir al intendente, de ser preguntados con más frecuencia, y sobre puntos más difíciles. El director del canto está encargado de empezar y dirigir el canto. Estas dignidades, al distribuirse o renovarse dos veces al año para dar más interés al acto, puede convidarse a los padres, y a alguna persona de posición. Esto anima muchísimo a los niños y satisface a sus padres, y además como sólo se nombran para ello niños de mérito y de buen ejemplo, son unos excelentes buenos auxiliares del Catequista para mantener el orden y la disciplina, y saber todo lo que pasa entre los niños. Debe además reunirlos de vez en cuando después del Catecismo para recordarles la edificación y buen ejemplo que deben dar a los otros, sus privilegios y sus deberes, y recompensarles con algún premio extraordinario. Para animar a todos los niños se puede dividir en tres o cuatro secciones el Catecismo, y anunciar que al fin del mes los niños que tuvieren mayor número de puntos y mejor nota pasarán a la división superior, y los otros bajarán a la inferior. Los puntos son premios de aplicación; a los que ganan tres se les da una estampa; a las dignidades les basta dos. Las notas vienen a ser un resumen de su comportamiento que se expresa por: bien, muy bien, mediano, malo. Los dos que al año tienen mayor número de notas reciben un premio extraordinario. Estos medios tienen maravillosa virtud para avivar el celo de los niños.

§ 2.º

La competencia es el medio que hace adelantar más a los niños en la enseñanza del Catecismo. (C) Para estimular a los niños se puede establecer una especie de desafío entre ellos, o entre los de un banco o división. Cada uno tiene su jefe, y en ciertos días se propone un número de preguntas del Catecismo, o de la explicación dada; y a los vencedores se da uno o dos puntos, o una estampa. Pero esta provocación o certamen es mejor aguardarla para los análisis, o sea la redacción o resumen por escrito de la instrucción dada por el Catequista. He aquí uno de los medios más eficaces para que los niños tomen interés en lo que se dice, que estén atentos, y se les tenga ocupados en santos pensamientos durante la semana: así aprenden y retienen el plan y divisiones de los discursos que oyen; los leen en familia y propagan en ella el amor y conocimiento de la Religión, y cuando sean mayores, su recuerdo y su lectura serán para algunos áncora de salvación. Debe, pues, animarse a los niños a que hagan estos resúmenes; alabar a los que lo hacen y premiarles con los mejores premios; alentar a los débiles, y leer en público los de aquellos que lo han hecho mejor, corrigiendo sus defectos; pedirles una copia de ellos, y estimularles por todos los medios posibles. Debe concluir siempre el resumen con un buen propósito y una súplica. - Si esto no es posible, porque no saben escribir, procure lo repitan de memoria, encargando a los padres o seglares piadosos que se lo recuerden entre semana, para que mejor se les grabe en la memoria. Como el Catequista les recitará literalmente, como se previene en el Reglamento, el texto del Evangelio de la dominica próxima, esto es lo que principalmente debe pedirles al empezar el Catecismo en la fiesta siguiente, ya que no hay palabras de salud más divinas que las que salieron de la boca del Verbo de Dios hecho carne.

§ 3.º

Así como el dinero es el nervio de la guerra, las recompensas lo son del Catecismo. (Sinodales de Sidón)

Todos, dice santo Tomás con admirable concisión y verdad, aman a los liberales o dadivosos, porque tienen el bien útil, que es lo que los hombres más apetecen. De esta ley no se eximen los niños por cierto, antes al contrario, se dejan llevar por lo común de la golosina del bien útil mas que de la apreciación o atractivo del bien honesto. He aquí por qué todos los Catequistas celosos han procurado ganar el corazón de los niños con recompensas, para excitarles luego a obrar el bien, y amar el Catecismo y el trabajo de la propia santificación. Desde san Francisco de Sales, que siempre llevaba consigo medallas, estampas, rosarios, libritos, etc., para recompensar a los niños que respondían bien, hasta el venerable fray Diego de Cádiz; desde Clemente XI hasta Pío IX, que en sus paseos preguntaba la doctrina y repartía medallas, todos los santos grandes personajes, ilustres por su celo en la enseñanza del Catecismo, han seguido el mismo método. Los concilios recomiendan esta práctica como muy principal para el buen

éxito del Catecismo; y no se puede gastar en cosa mejor por cierto el dinero, porque ninguna da tan fecundos y santos resultados. Los premios pueden ser escapularios, cruces, medallas, rosarios, etc.; pero ninguna cosa satisface tanto a los niños como las estampas y los libros, y si son pobres algunas prendas de ropa. A este fin se pueden hacer una por lo menos, o dos ferias o distribuciones generales de premios, atendiendo al mayor o menor número de tarjetas-premios de asistencia, de buenos puntos y de buenas notas. Si parece mejor, la distribución de las estampas se hace en los dos o tres primeros meses, y la de los libritos y prendas de ropa por mayo o diciembre. De dos modos puede hacerse la distribución. Uno es describir en un gran programa los premios que tocan a cada niño, y mientras se les reparten, se canta algún cántico. Otro, que a veces da excelentes resultados, consiste en hacer una especie de lotería: a este fin se escribe el nombre de cada niño en un billete que contiene el premio o calificación que ha merecido, y mezclados juntos saca un niño y lee en voz alta: *A Enrique una estampa de la Purísima Concepción*. Y Enrique responde: *Ave, María Purísima*, y los demás: *Sin pecado concebida*. Se presenta Enrique, y el Catequista le dirige palabras de consuelo y aliento: *Bien, Enrique, tome V. esta hermosa estampa, y no se olvide mañana y noche de pedir a María inmaculada su bendición, y de rezarla la oración*: Bendita sea tu pureza, y tres Ave Marías. *Ahora saque V. un billete*. Lee: *A Luis una estampa del Niño Jesús*, y vuelve a su puesto. *¡Viva Jesús!* clama Luis; *Muera el pecado*, responden los otros. Se le dicen algunas palabras gratulatorias, y saca otro billete y lee: *A Francisco nada*. *Pues bien, mi pobre Francisco*, replica el Catequista, *enmiéndese V. y trabaje y sea aplicado, y otra vez será recompensado*. *Ya se lo había advertido a V., pero parece que V. no quiere ser premiado como los demás*. Saca el mismo niño otro billete, y lee: *A Ignacio, calificación de inquieto y desaplicado, etc.*, y así se continúa, hasta el fin, en que el Catequista da las gracias a los buenos y aplicados, y anima con su ejemplo a los demás. A la distribución solemne de libritos y prendas de ropa, o sea feria del Catecismo, como la llaman los niños, es menester darle toda la importancia posible, adornando el lugar; rodear los libros con cintas o papeles dorados, colocándolos sobre una mesa; leer el programa y la lista en el tono más solemne, y, después de un pequeño discurso, que podría pronunciar uno de los niños, hacer la distribución por manos de un sacerdote caracterizado, haciendo cantar ínterin algunos cánticos. Los premios pueden distinguirse en varias clases: premio de honor, de aplicación, de asistencia, de modestia, de análisis o resumen, y premio de Evangelio: pueden darse segundos premios, *accessits*, para recompensar mayor número. - Esta ceremonia es uno de los más eficaces estímulos para los niños, pues con la esperanza de un buen premio se les tiene atentos todo el año. Siempre hemos notado que después de la repartición de premios ha aumentado considerablemente el número de las asistencias.

Discite matres esse, non dominos, omnem ostendentes mansuetudinem ad omnes (San Bernardo). Si vis amari, amabilis esto. (S.)

Artículo III.

Con pena entramos a tratar este punto, porque juzgamos poco menos que perdido el Catecismo en que se haya que hacer uso de este remedio extremo. No obstante, como hoy día participan los niños de ese espíritu de insubordinación y desvergüenza que domina al mundo, merced a las lecciones continuadas que de ello se les da en calles y plazas, y hasta, lo que es más sensible, en su misma casa, habremos también de indicar los castigos que conviene dar a los niños, y el cómo o modo con que han de aplicarse para que sean provechosos.

§ 1.º

Los castigos en sí han de ser leves, pero vestidos de tales circunstancias que inspiren a los niños vergüenza y remordimiento. Para ello, pues, se darán los castigos siguientes: 1.º Los malos puntos o mala nota: después de cinco malos puntos se expulsa del Catecismo, y no se vuelve a admitir si se le da mala nota; pero si se corrige, o porta bien, puede hacer borrar uno o dos malos puntos. 2.º El cuadro, o el banco de ignominia: aquellos cuyos nombres se escriben allí, o se les hace sentar en dicho banco, no reciben premio de asistencia, ni se les da premio, aunque les salga la rifa que todos los días se hará al final del Catecismo. 3.º El estar arrodillado, o en pie, durante el Catecismo. 4.º La exclusión del Catecismo: mas no se debe

llegar a este extremo sino cuando se hayan agotado todos los otros medios inútilmente. Nunca el Catequista haga por sí el arrojarlo del Catecismo, sino por medio de otro. El niño expulsado no debe ser jamás admitido, sino con la condición de que sus padres pidan gracia, y él prometa ser obediente y dócil, y aun en este caso se le coloca los primeros días en el banco de ignominia, ya para probar su arrepentimiento, ya para reparar el escándalo dado a otros niños, y servirles de lección para lo sucesivo. 5.º Los castigos, para ser útiles, deben ser raros: demasiado frecuentes no harían impresión o harían tímidos a los niños pusilánimes, e irritarían a los de genio vivo. El Catequista debe procurar hacerse amar, más que hacerse temer. La confianza y la alegría debe ser el estado habitual de los niños al tratar con el Catequista. Por ello no les golpeará jamás, aunque sea ligeramente, pues las consecuencias rara vez dejan de ser muy lamentables.

§ 2.º

Et vos, patres, nolite ad iracundiam provocare filios vestros: sed educate illios in disciplina et correptione Domini. (*Ephes. VI,4*)

¿Cómo se ha de castigar para que sean útiles los castigos? Ante todo es menester que el Catequista persuada a sus niños que no es su deseo castigar, que es cosa que le repugna, y que pide a los niños no le obliguen a hacer una cosa que él detesta. Que si les castiga es sólo para su mayor bien; que más desea premiarles que castigarlos. 1.º No dé, pues, castigos que envuelvan a los inocentes y a los culpados, y disimule cuanto pueda las faltas de ligereza y vivacidad, y castigue las faltas hechas con reflexión. 2.º Antes de castigar o reprender públicamente a un niño, es necesario avisarle antes en particular, para que se convenza de que se le desea ahorrar esta vergüenza. Si no se aprovecha del aviso, se le corrige en público, con dulzura, y después del Catecismo se procurará templarle. Si la falta requiere, por ser escandalosa, represión pronta, dése con energía, con voz severa, con mirada amenazadora, y continúe el Catequista sin manifestar disgusto o enfado, sino porque se ha ofendido a Dios. 3.º La corrección es una medicina amarga siempre, y por ello debe escogerse el tiempo oportuno para que dé fruto. Si se ve que el niño está conmovido por la falta, o se muestra enfadado y mal dispuesto a obedecer, se le dice que después le ha de ver y hablar. Asimismo, si el Catequista está airado, y no se sabe dominar, debe aguardar para más adelante la corrección. Más vale no corregir, que corregir mal o de mala manera, porque el Catequista perdería su autoridad. 4.º Si se observa que el niño se burla o sonríe, sufriendo la penitencia, no rompa lanzas con él el Catequista delante de los otros niños: en esta lucha siempre perdería autoridad el Catequista, lo que sería mil veces peor que la misma falta. Disimule en este caso, interrumpa la penitencia, diciendo que el castigo se reserva para más adelante, y en seguida, después del Catecismo, le llamará aparte para hacerle sentir la gravedad de su falta. Si se arrepiente, se le abraza y se le dice que se olvida todo con tal que se enmiende. Si no da muestras de arrepentimiento, se le advierten las malas consecuencias de su conducta, como son la expulsión del Catecismo, el escándalo y la vergüenza pública, la privación de la Primera Comunión, y el peligro de su eterna condenación. Si no se rinde, algunos días después se vuelve a recordarle el mal camino que ha emprendido, pero siempre con bondad y muestras de afecto, hasta que por fin se le despide del Catecismo privadamente, porque en público se le deshonraría demasiado, y se irritaría quizás a sus padres. 5.º El Catequista debe ser parco en anunciar castigos, pero si llega el caso previsto y anunciado es necesario que cumpla su palabra, a lo menos por lo común. Nunca debe ser vencido el Catequista en la imposición de las penitencias, de lo contrario vería su autoridad comprometida y burlada. Por ejemplo; si yo digo a un niño inquieto: Estará V. arrodillado hasta que se enmiende; él seguiría arrodillado y jugando, y nada ganaría con este castigo. No olvide el Catequista que a los niños no se les ha de castigar si no hay fundada esperanza de que se ha de lograr el fin apetecido, que es el bien espiritual de los mismos. Tenga mucha paciencia; revístase de las entrañas de madre. «Se debe sufrir mucho a los niños cuando son pequeños, decía san Francisco de Sales, y aunque muchas veces muerdan el seno que los alimenta, no se los debe arrojar por ello.» «De otro modo, dice Fenelón, se oscurece su espíritu, se abate su ánimo.» Hay una corrección falaz en la ira del contumelioso, nos advierte el Espíritu Santo. (Eccli. XIX, 28).

Capítulo 10

Nada aman tanto los niños como lo extraordinario, la novedad. La monotonía los fastidia. *Idenetitas mater toedii. (C)*

Indicamos ya en un principio que la inconstancia y movilidad de los niños hace que apenas se fijen en cosa alguna; aman la variedad y la novedad, y nada les gusta tanto como ciertos ejercicios que nunca han visto o raras veces. Por esto hemos dispuesto, como se verá en el reglamento que practicamos en la Catequística de Tortosa, con tal variedad la hora y media o dos horas que dedicamos a la enseñanza de la Doctrina cristiana, que con el canto, preguntas, explicación, recitación de la letra del Evangelio, oraciones y plática no tengan ocasión de fastidiarse los niños. Y de tal suerte así sucede, que hemos tenido funciones de los más pequeños que no han bajado de tres horas, y de los que ya comulgan que no han bajado de cinco, y a pesar de ello se les ha oído exclamar al concluirse la función: ¡Ay! ¡Ya se ha concluido! ¡Qué pronto! ¡Cinco horas ha que estamos en la iglesia, y han pasado como un soplo! A este fin vamos a indicar al Catequista algunos medios que la experiencia ha coronado de los más felices resultados, y son: las fiestas del Catecismo, las procesiones, los diálogos y conferencias.

1.º *De las fiestas.* Se pueden establecer algunas fiestas al año, las que se hacen desear con tiempo como una cosa magnífica, sorprendente, sin que los niños conozcan por eso todos los detalles. Se les prepara a ellas con algunas reflexiones o hechos de la vida del Santo para que puedan celebrarlas con mayor devoción. El día antes se adorna la Iglesia o capilla con colgaduras, flores, arbustos, guirnaldas, bujías, etc., haciendo tomar parte a los mismos niños y niñas, cosa que les entretiene santamente muchos días y les hace tomar gusto e interés por las cosas de la Iglesia. Se les hace confesar a todos, y oír misa, y los que comulgan, durante la misa, reciben la Comunión después de una ferviente plática. Bueno será, sobre todo para prepararse a celebrar con mayor piedad la fiesta del Santo titular o patrono de su clase catequística, hacerles unos días de ejercicios o retiro en los que se les recuerdan las verdades principales de salud, y se les enseña el modo práctico de confesarse bien. Da este sencillo ejercicio maravillosos resultados, convirtiéndose a veces almas pecadoras que asisten por curiosidad a ellos. Hablamos por experiencia. Como nuestra Catequística tiene por patronos principales a la purísima Concepción de María y a san José, celebramos estas dos fiestas con toda solemnidad. Hemos escogido, además, por patronos especiales, como decimos en el reglamento, para los niños próximos a comulgar san Luis, para las niñas santa Teresa de Jesús, para los más pequeños el Niño Jesús y el Ángel de la Guarda. Hemos preferido estos Santos por parecernos más populares, y su devoción fundamental o de sumo interés para alcanzar gracias del cielo, y porque deseamos, y creo es lo que más conviene, que las devociones que practiquen los niños en esta edad les acompañen mientras vivan, y puedan servirles de aliento, guía, consuelo y modelo en todos los accidentes de la vida.

2.º *De las procesiones.* He aquí un motivo de alegría extraordinaria, una gran fiesta para los niños, una procesión de ellos solos. Conviene que no lo pierda de vista el Catequista. Si quiere que asistan niños a una función, debe ser para ellos solos dispuesta; de lo contrario asistirán pocos, y con débil interés. Lo sé por experiencia. ¿Qué función más atractiva para los niños que la del Mes de María? No obstante, contados eran los que a ella asistían en Tortosa. Hemos ensayado este año hacerla en cinco iglesias de la Catequística, y han acudido por término medio quinientos todos los días. En la Catequística de san Antonio, días ha habido que hemos contado más de trescientos. ¿Por qué tanta asistencia? La causa principal es porque era para ellos dispuesta la función, y cantaban y rezaban con mayor interés. - La procesión puede hacerse con motivo de la fiesta de la Asociación, de la primera Comunión, del final del Mes de María, etc. Si puede ser, váyase a visitar alguna iglesia o santuario donde se venere alguna imagen de la Virgen santísima o Santo de especial devoción del pueblo. Pueden distinguirse llevando los pendones - que si no hay otro medio se improvisarán adornando algunas estampas - los niños que se hayan portado mejor por su modestia. Si puede ser, proporcióneseles una agraciada imagen del Niño Jesús que llevarán en una peana, y al terminar la función la besarán todos los niños consagrándole su amor. Si quiere entusiasmar a los niños, déjeles que canten y obsequien a esta imagen del Niño Jesús, y yo le prometo que verá gran alegría y satisfacción purísima en sus pequeñuelos. He visitado pueblos casi del todo olvidados de las prácticas religiosas, pues cerca de dos años había vivido sin sacerdote, y

volvíanse locos de contento los niños y niñas con su Niño Jesús, al que cantaban, rezaban y obsequiaban día y noche, por las calles y plazas, en casa y en la iglesia. Y es que hay entre la niñez y el Niño Jesús secretas y divinas simpatías, que despierta y hace visibles la vista de su agraciada Imagen. «¿Amas al Niño Jesús? preguntaba un Catequista a una niña de cinco años. - Sí, le amo. - ¿Por qué? - Porque es bueno. - Y ¿cuánto le amas? - Más que a mis padres y a mis amigas, más que a mi vida. Le he dado al buen Jesús todo mi amor el día que besé su imagen. - Y ¿qué le rezas? - Un Credo y un Acto de contrición, y le digo: ¡Viva Jesús, mi amor! - ¿Piensas en Él? - Siempre. El domingo no pude apenas dormir, porque pensaba en aquella niña que V. nos dijo amaba tanto a Jesús que murió de amor. ¡Quién tuviese tanta dicha!» No finjo, lector mío, al referirte este diálogo, pues es histórico en todas sus partes, y vive la niña, y la conozco, que ama así a Jesús. «Amo mucho a San José, me decía otro niño de siete años. - Y ¿por qué? replíqueme. - Porque lleva al Niño Jesús en sus brazos, y le cuidó y le besó. Siempre canto, hasta de noche, a *Jesús nuestro hermanito*.» Es también ocasión oportunísima para hacer el buen Catequista una procesión edificante con sus niños, cuando haya sequedad, u otra plaga aflija la población. Si se sabe sacar partido haciendo que los más inocentes canten y pidan al cielo airado misericordia y perdón, bastará esta escena para conmovir el corazón duro de sus padres, arrancar lágrimas y convertir almas y desarmar la ira de Dios. Pero sobre todo cuide que haya orden en estos actos, porque de lo contrario, la confusión causaría risa y desedificación. Contribuye a que haya orden el rezar el Rosario, cantar la letanía, o algún otro cántico con estribillo, que repiten todos.

3.º *De los diálogos y conferencias.* Por diálogos se entiende una conversación en público sobre algún punto de dogma y moral entre dos niños. El uno representa el papel de virtuoso, el otro de disipado. Aquí el Catequista debe poner todo su ingenio para que el diálogo sea vivo, animado con réplicas, agudezas, hechos edificantes que instruyan deleitando. Los niños se colocan a la vista de todos, el uno frente del otro, teniendo un apuntador oculto. Todo el éxito de este ejercicio depende de la elección de los niños y de los ensayos que se hagan antes. Si están bien hechos y dichos, estos diálogos son de grande utilidad, ya para los niños que los recitan, como para los que los oyen, y es uno de los ratos más felices e inocentes que puede proporcionarse a los niños.

A veces el diálogo es entre el Catequista y un niño, y entonces toma el nombre de conferencia. Este modo de enseñar, natural al hombre, fue usado desde los primeros siglos de la Iglesia. Los obispos preguntaban a sus fieles, y éstos a la vez les preguntaban: entre los religiosos eran muy frecuentes, como se ve por los escritos de Casiano y de san Basilio. Como por este medio se tratan las cuestiones de un modo familiar y al alcance de todos, gustan mucho y dan excelentes resultados, si se observan las siguientes reglas: 1.ª Nunca deben permitirse chanzas o expresiones bajas, que hagan reír sin edificar a los oyentes 2.ª No han de proponerse sino cuestiones prácticas de moral, o de Religión, evitando siempre las objeciones difíciles, cuya solución difícilmente podría comprender el pueblo. Los decálogos y Sacramentos, las acciones ordinarias o el modo de proceder de ciertos cristianos ofrece ancho campo y muy útil. No se ha de tratar más que las cuestiones convenidas de antemano, y las respuestas han de ser claras y bien dadas. De lo contrario no se hagan conferencias. Debe probarse la respuesta por la Escritura, santos Padres y la razón, con símiles y ejemplos. Por conclusión se saca siempre alguna práctica piadosa, se demuestra su obligación, y se anima a ponerla por obra. En el P. Chevasú, misionero parroquial, hay conferencias muy buenas sobre los puntos indicados.

También de vez en cuando es muy útil hacer una especie de conferencia sobre alguna festividad, preparando de antemano las preguntas y respuestas que darán los niños más despejados; y esto sirve para dar una idea completa de la fiesta. Por ejemplo, a un niño se le pregunta el día de la adoración de los Reyes: «¿Qué fiesta celebra hoy la Iglesia?» y el niño responde: «Hoy celebramos la fiesta, etc.,» y recita lo que se le ha hecho aprender. A otro niño se le pregunta: «¿Qué ejemplo de fidelidad nos dan los santos Reyes?» Otro: «¿Qué ejemplo de desinterés?» Otro: «¿Qué ejemplo de humildad, de obediencia, etc.?» Por este medio tan sencillo, como grato a los niños, se les instruye de la historia, fruto y espíritu con que han de celebrar la fiesta. Sólo que la explicación e instrucción deben ser cortas. Si se presta la ocasión, el Catequista puede convidar a este acto a algún sacerdote celoso que corrobore con su autorizada voz las instrucciones dadas por los niños.

Capítulo 11

Me hice párvulo entre vosotros, como madre que cría sus hijos. (1 Thessal.II, 7) Lo primero que se aprende es lo último que se olvida (O.)

Dulce es al fatigado caminante, cuando se ve cercano al fin de su deseado viaje, pararse un momento y descansar para cobrar nuevo aliento, y, agradecido, pedir al cielo favor, dando una mirada retrospectiva, recordando el camino andado, refrescando la memoria de los accidentes de él. Más no queremos despedirnos de nuestros lectores sin resumir todo lo dicho con una división exacta y aplicación práctica. Tres especies de Catecismos podemos distinguir a nuestro intento: 1.º El Catecismo de los que han ya comulgado, que llamaremos de perseverancia. 2.º El Catecismo de los que están próximos a recibir la primera Comunión. 3.º El Catecismo de los pequeños. Ya que Jesús mostró especial predilección por los pequeñuelos, empecemos también nosotros por ellos la explicación o advertencias.

No hay cosa alguna en que pueda más útilmente emplearse el tiempo que en la enseñanza del santo temor de Dios a la niñez. Las primeras impresiones nunca se borran: las enseñanzas que se reciben en la primera edad jamás se olvidan. Aún recuerda con gusto el anciano lleno de días las oraciones y prácticas de piedad que aprendió cuando era niño. Considérese feliz el Catequista a quien se designe para el Catecismo de los pequeños, y mire en ello una muestra singular de aprecio y de distinción de parte del Niño Jesús que le entrega a su cuidado sus hijos más queridos, para que perfeccione su imagen divina, que como cristianos llevan impresa en los lienzos de su alma inocente y pura. Está, pues, en manos del Catequista el que esos pequeñuelos sean con el tiempo unos santos, o se conviertan en demonios. Oiga, pues, a Jesús que al confiarle aquellas tiernas ovejuelas, las más queridas de su pequeño rebaño, le dice con interés *Accipe puerum istum, et nutri mihi*. «Toma estos niños y edúcalos para mí, a mi cuenta; yo te pagaré con creces lo que emplees en ellos.» Para mayor claridad examinemos qué es lo que debe enseñar el Catequista a los pequeñuelos, y cómo debe enseñárselo.

1.º ¿Qué debe enseñar el Catequista a los pequeñuelos? Debe enseñarles las verdades esenciales a la salvación, los principales deberes de la vida cristiana. Debe procurar grabar con caracteres indelebiles en su alma, que es *epistola Christi*, como dice san Pablo, lo que se necesita para amar y servir a Dios, y repetírselo muchas veces, y no multiplicar las ideas o verdades. Poco y bueno, y bien entendido. Enséñeles 1.º Que hay un Dios, tres personas divinas, que este Dios es justo y castiga a los niños malos; pero a los buenos les da mucha paz en vida, y sobre todo las delicias de la gloria; hábleles a menudo del cielo. 2.º Sobre todo ponga especial empeño en que conozcan, y amen, y recen al Niño Jesús, Dios y hombre verdadero, nuestro redentor y maestro; a Jesús, que por su amor se hizo niño, y les amó y ama ahora que está en el cielo, más que todos los del mundo. Que en el cielo los niños que son buenos están más cerca del Niño Jesús, y les hace mayores caricias, y les da mejores regalos. 3.º Procure, y no se dé por satisfecho hasta conseguirlo, que conozcan y amen a María Inmaculada, haciéndoles entender que es nuestra Madre buena que está en el cielo, que es toda misericordiosa y jamás nos olvida; que ningún devoto suyo se condena, y que si quieren ir al cielo a ver al Niño Jesús es necesario que lo pidan a su Madre María, pues sólo ven al Niño Jesús y le besan, y le pueden tener en sus brazos, aquellos niños que son devotos de María santísima, porque el Niño Jesús es todo de su madre María. A este fin encárgueles mucho (y pídales cuenta todos los domingos si lo han hecho) que recen por la mañana y noche tres Ave Marías (los más pequeños una) y la oración: «Bendita sea tu pureza, etc.,» con la siguiente jaculatoria: «Mi buena Madre, Virgen María, guardadme de cometer pecado mortal en toda mi vida.» 4.º Inspíreles gran devoción a san José, porque guardó, vistió, y tuvo en sus brazos al Niño Jesús, y ama mucho a los niños que aman a su pequeño Jesús. Que en la hora de la muerte, cuando un niño está enfermo, y muere, baja san José, se sienta a la cabecera del niño devoto suyo, le limpia el sudor, le acaricia, le sonrío y no muere hasta tanto que san José le llama, y se lleva, por fin, su alma al cielo, la presenta a Jesús Niño, se dan un estrecho abrazo, y son amiguitos para siempre, gozando toda clase de delicias en compañía de su

protector y padre san José. Allí juegan y se divierten, allí cantan y ríen y tienen todas las cosas buenas, y no pueden padecer ninguna mala. Recen, pues, todos los días a san José: «Bondadoso san José, esposo de María, protegednos, proteged a la Iglesia y al Sumo Pontífice.» 5.º Enséñeles, por fin, a tener especial devoción a los santos Angeles, bajo cuya protección se colocarán los de esta clase del Catecismo; y suma aversión al demonio y al pecado. Su Angel nunca los desampara: de día y de noche, cuando duermen o están jugando, su Angel bueno está a su lado. Él les ama mucho y les hace venir buenos pensamientos, y se alegra mucho cuando rezan bien y son buenos, y llora, o está triste, cuando hacen rarezas, o son malos. Hágales comprender que todo lo que piensan, hablan y hacen lo cuenta todo en seguida, porque lo ve todo, a su Señor y amiguito, el Niño-Jesús, quien se alegra de estas cosas cuando son buenas, y se enfada cuando son malas, y las recordará para premiarlos, o castigarlos en la hora de la muerte. Que cuando obran mal dan gusto al demonio feo, asqueroso, malo, y que quiere matar y quemar eternamente a todos los niños, y así que se guarden de pecar. Recen todos los días la oración: «Angel de Dios, etc.» y la jaculatoria: «Angel mío, guárdame; de todo pecado líbrame.» Cuando les vaya el demonio con cosas malas, tentándoles, con todo fervor digan: «¡Viva Jesús, mi amor, y María, mi esperanza, y José, mi protector!» - Incúlqueles la obediencia a los padres y superiores, la reverencia al templo de Dios, y el modo de oír misa, o rezar con las manos cruzadas; el respeto a los sacerdotes, como ministros del Niño Dios Jesucristo; dígales que deben besarles la mano cuando los encuentran quitándose la gorra o sombrero: manifiésteles que deben huir de los niños o niñas que digan blasfemias, o hagan pecados, y cuando oigan alguna mala palabra encárgueles digan en voz alta: «¡Viva Jesús nuestro Dios, y María Inmaculada!» O bien: «Jesús mío, misericordia.»

2.º ¿Cómo ha de enseñar a los pequeños? Debe el Catequista, para enseñar bien, hacer el oficio de madre piadosa. Debe tomar los alimentos sólidos de las verdades cristianas, digerirlos, y dárselos convertidos en leche y miel. Es necesario bajar de tono dos o tres puntos, porque no pueden cantar en muy alto diapason. La inteligencia de los niños es más limitada de lo que comúnmente se cree. Siempre, pues, debe usar el Catequista un lenguaje sencillo, y no decir ninguna palabra que el niño no comprenda. Las preguntas y respuestas deben ser lo más cortas posible: pronunciará las sílabas pausada y distintamente, conservando los mismos términos y el mismo orden cada vez que les pregunte. Solamente cuando saben perfectamente las respuestas se puede y conviene cambiar el giro o modo de proponer la cuestión: por ejemplo, cuando saben responder: ¿En dónde está Dios? se les podrá amplificar de este modo: ¿Dios está en los campos, en vuestra casa? ¿Dios os ve durante la noche? Cuando se piensa alguna cosa mala, ¿lo ve Dios nuestro Señor? ¿Dios oye lo que decimos ahora? etc. Como ya hacíamos notar, es menester que en la respuesta incluyan la pregunta. Así cuando se pregunta, por ejemplo, a un niño: ¿Cuántas personas hay en Dios? acostúmbrese a hacerles responder: En Dios hay tres personas. Es menester que repita muchas veces la misma verdad, y se cerciore de si la entienden bien: tenga presente el Catequista que es madre espiritual de los pequeñuelos, y que les enseña a hablar el lenguaje de la Religión: *Numquam satis dicitur, quod numquam satis addicitur*. Al empezar el Catecismo siempre pregunte y recuerde lo que les dijo en el día anterior. Es muy buen medio, para hacerles aprender pronto y sin cansancio alguna cosa, el hacérsela repetir a coro en voz alta a todos juntamente.

Un niño pequeño es muy curioso, de oír referir una historia, un ejemplo. Aproveche, pues, el celoso Catequista esta disposición para enseñarles la Religión santa y sus misterios, y nunca concluya el Catecismo sin algún ejemplo, o parábola, sacado principalmente de la vida de Jesús en los santos Evangelios, o de los libros sagrados, o vidas de Santos de su edad, como san Luis, san Estanislao, san Francisco de Sales, santa Teresa de Jesús, santa Catalina de Sena, santa Inés, santos Justo y pastor, san Venancio, etc. Por fin, y esto es lo fundamental, en el Catecismo de los pequeñuelos (y en todas las cosas) es absolutamente indispensable que el Catequista sea muy piadoso, tenga mucha bondad, dulzura y aun alegría, templándolo todo con modestia santa y decencia. Debe ser una madre por la caridad: *Tomquam si nutrix foveat filios suos*. Es menester que los niños amen primero a la Religión por las muestras que les da de amor quien les enseña a practicarla; de lo contrario, si se disgustan del Catequista, mirarán por ende con disgusto lo que él les enseña, y por lo mismo no será bien recibido en su corazón; no desearán con ansia volver otra vez, y en breve se deshará la obra. Procure

colocarlos con comodidad, y deles premios, aunque sean insignificantes, todos los días; pues si, como decía el Capitán de este siglo, para hacer la guerra se necesitaban tres cosas: dinero, dinero y dinero; para atraer los niños al Catecismo y ganarles su voluntad se necesitan, después del amor, premios, premios, premios, o como ellos claman en su lenguaje infantil: santos, santos, santos.

Capítulo 12

¿Por qué viene Jesucristo a la Eucaristía?, ¿por qué desciende a nuestros altares?, ¿por qué ese admirable viaje del cielo a la tierra? Por un solo motivo: viene a tomar posesión de nuestro corazón. Aquí es donde quiere bajar, aquí dónde le gusta descansar. (*Mons. Segur*)

La salvación depende en gran parte de la primera Comunión. Es como el fundamento, el punto que fija la dirección del camino de la vida. Por esto nunca será excesivo el cuidado que el buen Catequista se tome para preparar el corazón de los jóvenes a recibir sacramentalmente a su Señor y Dios, Cristo Jesús. Diríase que este acto solemne representa a Jesús satisfecho del buen comportamiento del Catequista, y que para coronar de un modo digno sus desvelos en la enseñanza divina de los pequeñuelos, quiere por sí personalmente ir a visitar a sus catequizados, sentarlos a su mesa, y servirles el Manjar del cielo, celebrando un suntuosísimo convite. Si todavía recuerda el piadoso Catequista el encargo que le hizo Jesús al entregarle sus hijos mimados, diciéndole: *Accipe puerum istum et nutri mihi*, descubrirá en este acto de la primera Comunión una recompensa de este encargo; pues si como nodriza cristiana el Catequista les ha ido alimentando con la leche y miel de las verdades cristianas a estos pequeñuelos, satisfecho Jesucristo de su celo, los toma él por su cuenta, y quiere hacer directamente por sí mismo lo que antes había encomendado a sus discípulos. Ya no dice *Accipe puerum*, sino: *Da mihi puerum*. No le encarga: *Nutri mihi*, sino: *Ego ipse nutriam*: Yo mismo, exclama, le alimentaré con mi propia carne y sangre. ¡Dichoso el Catequista que se hubiere esmerado en preparar a los niños para la primera Comunión! Será aquel día uno de los más felices de su vida, y Jesús le dará a gustar el manjar de los Angeles, le colmará de caricias, y le embriagará con el torrente de las dulzuras del cielo.

Debe, pues, el Catequista preparar con sumo cuidado a sus niños para recibir la primera Comunión, procurando sobre todo que estén especialmente instruidos en lo que toca al sacramento de la Penitencia, de la Eucaristía, Bautismo y Confirmación; que conozcan las disposiciones que exigen estos Sacramentos, los frutos que producen en las almas, y las obligaciones que nos imponen. A este objeto debe inspirar a los niños vivos deseos de pertenecer a este Catecismo, mostrándoselo como una recompensa a su aplicación, asistencia y buen comportamiento; debe hacerles ver el día que se comulga por primera vez como el día más feliz de la vida, como el honor más grande que el niño puede recibir en este mundo, y estimularlos con estos recuerdos a ser cuerdos y devotos, a corregir sus faltas y a confesarse a menudo. «Sí, hijos míos, es preciso repetirles con frecuencia, la mejor disposición para recibir a Jesús sacramentado, y aquélla sin la cual serían inútiles todas las demás, es el aborrecimiento del pecado, la pureza del corazón, la santidad. Debéis, pues, acordaros de pedir a Jesús y a su purísima Madre María esta gracia todos los días, llenando más fielmente los deberes de un niño cristiano para con su Dios, sus padres, maestros y superiores, huyendo de las malas compañías, no cometiendo en fin ningún pecado.»

¿A qué edad deben admitirse los niños a este Catecismo? Unos opinan que hasta los doce años, otros a los catorce, y otros por fin, mejor aconsejados, a los diez. Digo mejor aconsejados, porque favorecen, fomentan así mejor los intereses de Jesucristo, interpretan mejor sus deseos, y los de nuestra santa madre la Iglesia. La razón es muy clara, evidente. La Iglesia sólo previene, para que sean admitidos los niños a la Comunión, el que lleguen a la edad de discreción y estén suficientemente instruidos, y el Apóstol sólo manda que se pruebe antes el hombre a sí mismo y de esta suerte coma de aquel pan de vida.

Los deseos de Jesucristo al quedarse en la Eucaristía no son por cierto estarse encerrado en el tabernáculo, sino venir a morar en nuestro corazón, toda vez que, como él mismo asegura, tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres. Las primicias de la fe y del amor de estos corazones inocentes pertenecen exclusivamente a Jesucristo; y ¡ay del ministro que con sus dilaciones permite, o consiente, que sean patrimonio de Satanás! Además de que es un hecho innegable que hoy día es más precoz el desarrollo de la inteligencia en los niños, y, por nuestro descuido, antes se emplea en aprender el mal que el bien. Niños hemos hallado a los

seis años manchados con graves pecados mortales, y otros que a los once y doce años nunca se habían confesado, y eran ya maestros consumados de iniquidad. ¿Por qué, pues, ese reparo en admitir los niños cuanto antes a la primera Comunión? ¿Por qué para comulgar se pregunta la edad, sin antes examinar la disposición de los niños? ¿Por ventura no son templos del Espíritu Santo, y no hay en su alma, los gérmenes de las virtudes teologales? ¿Por qué, pues, no hemos de cuidar que estos templos conserven su pureza y santidad, y se fecundicen estos gérmenes, colocando en el altar de su corazón, así que estén dispuestos, el santísimo Sacramento? Es proceder, pues, tontamente, por no decir otra cosa peor, averiguar primero qué edad tienen los que desean comulgar, sin examinar antes las disposiciones, máxime a los que tienen ya diez años. Pero, se me dirá, es que hasta los doce o catorce años no saben los niños lo que se necesita para comulgar. Pero yo responderé: ¿De quién es la culpa? Puedo asegurar con toda verdad que en las muchas veces que he preparado niños para hacer la primera Comunión, de los que he recibido mayor consuelo ha sido de los más jovencitos, de los que apenas contaban diez años. ¡Oh! y cómo obraba desahogadamente la gracia de Dios en aquellos tiernos corazones! ¡Cómo se holgaba Jesús Niño con aquellos niños inocentes! ¡Qué actos tan fervorosos de unirse con su Jesús amado! ¡Qué exquisito examen, qué sumo cuidado en purificar su conciencia! Nunca he oído confesiones más minuciosas y dolorosas. Al contrario; los que cuentan doce, catorce o más años, por lo general, como las pasiones se han desencadenado, la inocencia empieza a marchitarse; los malos hábitos se fortalecen, la vergüenza se aumenta, y en lugar de ser el primer trabajo del Catequista, como en los niños inocentes el adornar su alma de virtudes, es necesario empezar gastando mucho tiempo en purificar aquella alma, para obligar al demonio a que se ahuyente y dé lugar al Espíritu Santo consolador. - Los padres de los niños se resisten a que comulguen jovencitos, porque dicen no tienen entendimiento y aman el juego, el pasatiempo de la niñez. Por respuesta debe decirles el Catequista que el determinar si pueden o no comulgar es propio del sacerdote, y que no es obstáculo su afición a los pasatiempos. ¡Ojalá siempre amasen juegos tan inocentes, y los grandes se agradasen de pasar sus horas como cuando eran niños!, no andaría tan perdido el mundo. Además de que Dios no pide imposibles: los niños como niños; los viejos como viejos. Él, mejor que nadie, conoce lo que debe exigirse de cada edad. Dejad, pues, o ministros de Jesucristo, que los niños, cuanto antes puedan, sin mirar la edad, sino sus disposiciones, dejad, digo, que se acerquen a Jesús sacramentado. No se lo estorbéis, porque de ellos es el reino de los cielos, porque en morar en su corazón inocente tiene sus delicias Jesucristo Dios. No se lo estorbéis, antes bien acelerad con vuestros cuidados este momento, por el cual Jesús suspira. De lo contrario temed incurrir en su justa indignación.

Para prepararlos bien a este acto, bueno sería por Adviento, el día de la Purísima Concepción, empezar el Catecismo de primera Comunión, y terminarlo el tercer domingo después de Pascua, consagrado al patrocinio de san José, en cuyo día podrían comulgar y consagrarse a tan gran Santo, protector especial de la Iglesia y de la niñez. ¡No podría ir mal un Catecismo empezado bajo los auspicios de María Inmaculada, y terminado bajo los actos encerrados entre dos tan santas festividades!

Además debe poner a los niños bajo la especial protección de san Luis Gonzaga, el mejor modelo de la juventud y de la preparación a la santa Comunión. En la vida de este Santo hallará reflexiones abundantes que les servirán de modelo en el modo con que han de recibir fructuosamente la Comunión. Haga el buen Catequista que así como los niños que pertenecen al Catecismo de los pequeños se esmeran en ser devotos del Niño Jesús, María, José y Angeles, los que han de comulgar se distingan por su celo en ser devotos de tan gran Santo. Lo logrará fácilmente si les refiere algo edificante de su vida. - Las niñas tendrán por su modelo y especial protectora a la hidalga santa Teresa de Jesús, gloria singular de la España, Madre espiritual tiernísima, que hace amable con sus escritos y ejemplos la verdadera virtud, y alimenta a sus devotos con el pábulo de su celestial doctrina. ¡Oh!, es altamente desconsolador lo que sucede en nuestra España! ¡Somos ingratos a los dones y distinciones que Dios nos ha hecho! Tenemos a santa Teresa de Jesús que con su vida y sus ejemplos, con sus escritos y sus gracias, con su genio y su caballerosidad, es la que mejor puede servirnos a todos los españoles de modelo y guía en todas las virtudes, allanándonos el camino del cielo; y vamos a buscar Santos, y establecemos fiestas, cofradías y asociaciones que no están animadas, vivificadas del espíritu católico y español, como lo serían fundadas a la sombra de

los grandes Santos españoles, hermanos nuestros muy queridos. No reprendo las instituciones santas importadas del extranjero, porque la gracia de Dios en sus siervos es de la comunión de los Santos; pero sí afirmo que si *oportet hæc facere, oportet illa non omittere*. San Vicente Ferrer y san Francisco Javier; san Julián obispo de Cuenca, y santo Tomás de Villanueva; san José de Calasanz, y san Ignacio de Loyola; santa Isabel y santa Teresa de Jesús, y otros mil santos escogidos que han florecido en nuestro suelo, jardín privilegiado de la Iglesia, patrimonio exclusivo de María, pueden servirnos de guías, modelos y protectores sin ir a rebuscar cosas que hoy parecen con gran ruido y mañana no son. La devoción al Corazón de Jesús que ha de reinar en España junto con la purísima Concepción de María nuestra patrona, y san José, declarado patrón de la Iglesia de España en el siglo pasado, la devoción a la Virgen del Rosario y del Carmen, las más populares después de la Purísima Concepción entre el pueblo español, es lo que conviene principalmente vivificar, alentar, perfeccionar.

Innumerables eternidades no serían bastante largas para dar a Dios las debidas gracias por haber concedido a su Iglesia la santa Madre espiritual y Doctora seráfica, Teresa de Jesús, dice el sabio Faber, envidiándonos con todos los extranjeros el don singular que nos hizo el cielo al distinguirnos entre todas las naciones del mundo, dándonos a santa Teresa de Jesús; y no obstante aunque hay muchas Teresas, mucha devoción en el pueblo a santa Teresa, no es bien conocido su espíritu, su carácter nobilísimo, su vida y sus escritos sin igual. Poco se conoce entre el pueblo español el día de la fiesta de santa Teresa de Jesús, como compatrona de las Españas; muy pocas son las funciones que se solemnizan en su honor; apenas hay cofradía, ni congregación, ni asociación consagrada bajo su nombre. ¡Y eso que su vida y sus enseñanzas son utilísimas a todas las clases de la sociedad, son consuelo y guía, luz y consejo en todos los accidentes o situaciones en que durante la vida podamos hallarnos! ¿Por qué si hay un Propagador de la devoción a san José, a María Inmaculada, al Corazón de Jesús, no se publica también uno en obsequio de santa Teresa de Jesús? ¿No lo merece la Santa? ¿No se haría un gran bien con ello a la familia española? Sembremos, jóvenes Catequistas la devoción a tan incomparable Santa en los corazones de la niñez y juventud, y mereceremos bien de la Iglesia y de la patria. Tengo para mí que el demonio pone especial cuidado y empeño en que no se extienda la devoción a santa Teresa de Jesús, porque así como con su vida real estorbó sus planes, amenguó su poderío, así su vida leída y meditada sería uno de los medios principales para regenerar a nuestra España, y hacer florecer en ella aquella fe viva, aquella generosidad y piedad ardiente con que asombraron al mundo nuestros padres. A esto se añade que ser devoto de santa Teresa de Jesús y no ser hombre de oración es imposible: y como sabe por experiencia el demonio que el alma que ora la tiene perdida, estorba, como digo, que se propague esta devoción, porque con ella crece el espíritu de fe, el espíritu de oración, con el cual vienen todos los bienes a las almas, y sin el cual, como atacada de perlesía, no puede moverse desahogadamente ni dar un paso de provecho en la vida espiritual. Sea, pues, devoto de santa Teresa de Jesús el Catequista; lea y relea mucho sus libros, llenos de pábulo de doctrina celestial, según el testimonio infalible de la Iglesia, y así logrará que les sean devotos sus niños y niñas, y contribuirá poderosamente a restaurar el espíritu religioso, a levantar el espíritu patrio, a regenerar a España, salvarla por el Catolicismo, que es el único que puede, renovando días mejores, hacerla feliz, independiente, grande y respetada. Perdónenos el lector esta digresión, en gracia de la devoción que profesamos a la santa Madre espiritual, tan querida, tan estimada y conocida por sus virtudes y escritos en el extranjero, y tan poco por desgracia en nuestra patria, que tanto necesita hoy día en su postración del recuerdo de las heroicas virtudes y ejemplos de sus más preclaros hijos, que florecieron en tiempo en que era feliz e independiente, porque era católica. ¡Ojalá mis palabras o indicaciones despierten y aviven en algunos pechos españoles, que conservan aún su carácter y proverbial religiosidad y nobleza, el celo de propagar y popularizar más y más la devoción a santa Teresa de Jesús! Todos nuestros trabajos serían abundantemente recompensados. Mas volvamos al asunto.

Desde el principio del Catecismo debe esmerarse el Catequista en inspirar a los niños una alta idea de la grande acción a que se disponen, porque no se prepara habitación para los hombres, sino para Dios. Diez días por lo menos antes de comulgar es menester hacerles unos ejercicios espirituales en toda forma, cosa que, si bien se practica, da los más consoladores y santos resultados. A este objeto debe procurar que por lo menos asistan en estos días los niños a dos actos: uno por la mañanita, en que, después de rezadas las oraciones del ejercicio del cristiano, oirán misa rezada, durante la cual se explicaran las ceremonias. Después se les

hará una breve plática; el exordio será siempre del modo de hacer una buena confesión, y luego se tratará alguno de estos puntos: El fin del hombre, los novísimos, la necesidad y utilidad de servir a Dios desde la juventud, el juicio particular, la gravedad del pecado mortal, la vida infeliz del que no ama a Dios, la felicidad del que le ama, etc. Por la noche al toque de Ave-Marías se reunirán otra vez en la iglesia, y después de rezar el santo Rosario y una lectura de diez minutos de la vida de Jesucristo, de María santísima, san Luis, santos Justo y Pastor, santa Teresa, santa Inés, etc., se les hará una plática que no baje de veinte minutos. El exordio será siempre del modo de recibir con fruto a Jesús sacramentado, o de los efectos admirables de una Comunión bien hecha, o de la desgracia del que comulga indignamente. La plática podrá ser sobre uno de los siete vicios capitales y virtudes opuestas, de las malas compañías, de la blasfemia, de las virtudes teologales, de la devoción a María, san José, Angel de la guarda y almas del purgatorio. En el *Arte pastoral* del P. Planas, que se halla de venta en la librería de Riera, en Barcelona, hay unas pláticas para ejercicios de primera Comunión que pueden servir de guía. Tal vez, con el favor de Dios, podremos más adelante dar una serie de pláticas sobre todos los puntos indicados, acomodadas a la inteligencia de los niños. El canto al principio y fin de cada acto nunca debe faltar.

Después que todos los niños durante estos días hayan hecho una confesión general de toda la vida, se prepara para que el día de primera Comunión sea lo más solemne posible. Un repique general de campanas debe anunciar la boda al vecindario; debe convidarse a la Comunión a los padres, a las autoridades, maestros y niños de las Comuniones anteriores para dar más realce a la función. La víspera se expone a Jesús sacramentado durante la función, para avivar el deseo de recibir aquel buen Jesús, que ven en la sagrada hostia. Si se cree oportuno, las niñas vestirán de blanco, y los niños llevarán una medalla de la Purísima Concepción con una gran cinta azul en el acto de comulgar. La misa de Comunión, para ser más devota, sea rezada, alternando las melodías del órgano con algunas cortas aspiraciones a Jesús sacramentado, y después de breve plática en que se perdonan mutuamente los padres y los hijos, se comulga, cantando ínterin suaves motetes; se dan luego gracias, y se pide por los padres, por la Iglesia, por España y necesidades de la parroquia. Se les convida luego después a un frugal desayuno en la casa Abadía, si puede ser, haciendo que les sirvan algunas personas de posición de la parroquia. - Por la tarde se ordena otra función en la que, después de poner de manifiesto a Jesús sacramentado, se reza o se canta el Trisagio de la santísima Trinidad, se hace un discurso sobre las promesas del Bautismo, y luego de dos en dos en alta voz renuevan solemnemente estas promesas, la mano puesta sobre el libro de los santos Evangelios, colocado con honor en las gradas del altar, sobre una mesa ricamente adornada; de allí se va en procesión al altar de la santísima Virgen, cuya imagen se venera con mayor devoción en el pueblo, y, después de imponerles a todos el escapulario de la Purísima Concepción, se promulga el acto de consagración de todos los corazones a la Madre de Dios, y se les reparte una estampa o cuadro como recuerdo de aquel día feliz. Se les invita por fin a la misa de acción de gracias que se celebrará el día siguiente; en ella se hace una instrucción sobre los medios de conservar la gracia de Dios, y se les hace prometer en voz alta que perseverarán en la virtud, y en la práctica de la Comunión frecuente, a lo menos cada mes, como medio el más infalible de lograr la santa perseverancia. Se les exhorta a que asistan al Catecismo de perseverancia, y que se alisten en alguna cofradía, como del Carmen, Rosario, etc., o en alguna congregación de san Luis, san José, etc., para que unidos puedan mejor conservar tan santas disposiciones. Bueno sería obligarles a que hiciesen en dicho día una carta al Niño Jesús o a María, pidiéndole algunas gracias, sobre todo la de la perseverancia, y prometiéndole hacer todos los días alguna pequeña devoción, enmendarse de alguna falta, etc., y que el cura párroco conservase estas cartas para hacer en otro tiempo otra función que reanime su espíritu. En esta carta no pongan el apellido; todo lo más el nombre, por no ser descubiertos. Si hay alguna ermita o santuario próximo, podría ordenarse una procesión o romería cantando el Rosario y haciendo allí una extraordinaria función. Si bien sería quizás mejor guardarlo para Pascua de Pentecostés, convidándoles antes a comulgar por la mañana. No escasee el buen Catequista el rodear al acto de la primera Comunión de recuerdos gratos y extraordinarios, pues estos recuerdos les durarán toda la vida, librarán a sus almas de pecado, y son la mejor prenda de su salvación eterna. Los que van indicados, según la experiencia nos ha demostrado, producen muy buenos resultados; no obstante, la caridad, que es ingeniosa, sabrá variar y multiplicar estos medios hasta lo infinito.

Capítulo 13

En los cristianos no se busca ni alaba el principio, sino el fin de la vida. *(San Jerónimo)*

Causa sumo desconsuelo el considerar lo que está pasando con la mayor parte de los niños. Hasta que llegan a la edad de recibir la primera Comunión se tiene de ellos algún cuidado; mas se les abandona luego a sí mismos al entrar en la pubertad, que es cuando más necesitados están de los cuidados y auxilios de la Religión. ¡Desgraciados jóvenes! Cuando el mundo trata de seducirlos desplegando ante sus ojos mil ilusiones y malos ejemplos; cuando las pasiones les presentan el camino de la vida como sembrado de flores, encantos y deleites; cuando el demonio se esfuerza en corromper sus costumbres y afean su alma, entonces es cuando se consiente que se vayan del maternal regazo de la Religión, y se les entrega en manos de su propio consejo. «¡Oh dolor!, exclamaba san Carlos Borromeo, ¡cuántos párrocos dan a luz a sus pequeñuelos para Cristo, y al instante abandonan su cuidado! ¡Qué impiedad!, ¡qué fiereza! Ni los mismos animales son tan crueles, porque después de dar a luz a sus hijos, los crían y defienden de todo mal. ¿Y tú, sacerdote de Jesucristo, abandonas a tus pequeñuelos en la ocasión que más necesitan de socorro? Cuando más conviene trabajar, ¿entonces te entregas al ocio y a la pereza? No duerme el maligno, sino de continuo arma asechanzas; por lo mismo debemos con toda solicitud custodiar a los que hemos santificado.» Hasta aquí tan celoso Prelado. - ¿Cuál será el medio más eficaz para lograr que los jóvenes se conserven en la piedad? El único, o a lo menos el más eficaz, es la institución del Catecismo de perseverancia. Para hacer interesante y atraer a los niños a este Catecismo deben observarse algunas reglas.

1.^a La instrucción debe ser algo más extensa y elevada que en los otros Catecismos, de suerte que aun los más instruidos aprendan algunas cosas nuevas que por su interés y amenidad les cautiven la atención y les inspiren deseos de volver. Deben tratarse las objeciones más extendidas contra la Religión, y las máximas del mundo más sabidas, contrarias al espíritu cristiano, pero con la precaución, como advierte san Francisco de Sales, de que primero se presente la solución de la dificultad y después se aplique a ella, haciendo ver su falsedad, su impiedad, su absurdo. El método que tenga el Catequista debe distinguirse por la claridad y la solidez, amenizando siempre la explicación con hechos notables, comparaciones y ejemplos.

2.^a Debe tratarse a los niños con todo miramiento y respeto, sin consentir por una excesiva condescendencia que falten al reglamento; se les felicita por su constancia, se les da muestras de predilección por ello, y se les anima a despreñar los dichos del mundo, el respeto humano, principal escollo para la juventud en el camino del cielo.

3.^a Celébrese todos los meses misa de Comunión general. Ésta es una hermosa práctica para lograr la perseverancia de los jóvenes, pues escrito está: Los que se apartan de Ti, perecerán.

4.^a Después de dos o más años que frecuenten los niños el Catecismo de perseverancia, hágaseles pasar a alguna Congregación de la santísima Virgen María, de san Luis, de santa Teresa o de otra asociación que se juzgue más oportuna, porque el nombre de Catecismo, cuando son de alguna edad, mortifica su amor propio.

5.^a Póngase especial cuidado, si se quiere que los niños perseveren amando y practicando lo que manda nuestra santa Religión, en hacerles ejercitar algunas de las obras de misericordia, que tantas dulzuras comunican al alma, y le hacen saborear en este destierro las delicias que han de constituir la felicidad eterna de los que han de ser un día coronados de gloria, después de recibir aquí el ciento por uno. De esta suerte, viviendo en un círculo donde se respira con

toda su pureza el aire embalsamado del espíritu de la caridad, se fortalecerán, se robustecerán, y podrán mejor resistir los aires infectos del mundo sin contagiarse. Creemos imposible sin un milagro que se conserven puros e inocentes los niños, que los jóvenes no se alejen de las prácticas de la Religión, que no arrojen en fin como un yugo pesado sus buenas costumbres, al entrar en el mundo, si su corazón no gusta de las secretas delicias que acompañan a las obras de caridad, de misericordia. Es imposible, al contrario, que el mundo inficione con sus encantos o mentidos placeres o halle entrada en el corazón de un joven cristiano, cuando viene de visitar al moribundo, de socorrer al anciano y al pobre, porque la realidad triste de la vida le han hecho palpar que todo lo de acá es vanidad y aflicción de espíritu, menos el amar a Dios, socorriendo a sus hermanos desgraciados. Por algo David (*Psalm. LX*) llama bienaventurado al que entiende acerca el pobre y necesitado, porque en el día del peligro, del juicio, le libraré el Señor; y le conservaré, y le vivificaré, y le hará feliz en este mundo, y no le entregará a los deseos de sus enemigos. El mismo Señor le consolará en el lecho del dolor, como él consoló a su prójimo indigente: palpará, verá por experiencia cuánto le ama Dios, librándole del furor de los enemigos de su alma, y confirmándole en gracia. Por esto el varón misericordioso exclamará confiado en la hora de la muerte: *Benedictus Deus Israel a saeculo et usque in saeculum*. Alabanza y bendición al Dios de Israel, por todos los siglos de los siglos. Y las oraciones de los pobres agradecidos, socorridos por él repetirán: *Fiat, fiat*. Así sea, Señor, así sea. Y Dios de misericordia, que oye los clamores de los pobres, al oído le dirá: *Euge, serve bone*. Ven, siervo misericordioso y fiel, a la gloria eterna, porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, andaba desnudo y me vestiste, estaba enfermo y me visitaste. ¡Cuándo hice esto, Señor, dirá el alma caritativa? Cuando hiciste tus obras de misericordia espirituales y corporales, porque escrito está de mi mano: *Quamdiu fecistis uni ex fratribus meis minimis, mihi fecistis*. Entra, pues, en el gozo de tu Señor a recibir una corona de gloria e inmortalidad.



Conclusión

Affirmamus magnum eorum partem, qui æternis suppliciis damnatur, eam calamitatem perpetuo subire ob ignorantiam mysteriorum fidei, quæ scire et credere necessario debent. (Benedictus XIV)

Con sumo gusto, pero quizás con demasiada prolijidad, lector amigo, nos hemos detenido diciéndote muchas cosas buenas, para decidirte a que te consagres, si no veinte minutos cada día, a lo menos una hora a la semana, a la santa, bella, y trascendentalísima ocupación de la enseñanza de la Doctrina cristiana. Todo nuestro afán, como habrá podido observarse, se ha dirigido a formar buenos Catequistas, pues con ellos, y sólo con ellos, se puede regenerar al mundo actual. Pero un temor nos asalta ¿por qué ocultarlo?, que contrista un tanto la satisfacción que tenemos al concluir nuestra obrilla, y es que tememos muy mucho que el desaliento se apodere de algunos de nuestros lectores, después de haber leído la multitud de medios que les proponemos para hacer bien el Catecismo, y cerrando y abandonando el libro, exclamen: «No es escrito para mí este libro; en mi pueblo no es practicable lo que en él se dice; dejémoslo correr todo, y sigamos, como hasta aquí, haciendo un Catecismo seco y fastidioso.» ¡Alto ahí!, lector benévolo. Eres víctima de un sofisma deplorable. Te sucede lo que a aquel aldeano que fue convidado a un opíparo convite: la mesa estaba cubierta de innumerables manjares a cual más exquisitos, y viéndose en la imposibilidad de poderlos probar todos, nuestro buen hombre con dolor exclamó: «No puedo comer todos estos manjares; por consiguiente no puedo ni quiero probar ninguno.» Vosotros no podéis, es cierto, mis buenos Catequistas, poner en práctica alguno de los medios indicados; pues bine, no cometeréis con ello un crimen: dejadlos a un lado por ahora, y ensayad al menos los que podéis: tal vez más adelante os convendrán, habida consideración de lugares, tiempos y personas.

No se os pide que los pongáis en planta todos, de un solo golpe, desde el primer día; sino que probéis su bondad, y salgáis de la rutina que se estaciona y no quiere salir del carril; que ni tan siquiera admite la posibilidad de algún progreso, de alguna mejora en la enseñanza del Catecismo, y que prosiguiendo en su manera o modo rutinario hace despreciable a los adultos el aprender la Doctrina, y fastidia a los niños, que abandonan el Catecismo, o no van allí sino con disgusto, y para más fastidiar al aburrido Catequista, que mira como una carga pesada y molestísima el estar con la niñez, y suspira por que llegue la hora de despedirlos con mal humor, gritos e impacencias.

Recuérdese, como ya advertimos al principio, que sólo somos un Guía del Catequista y nada más; pero un Guía que tiene sumo interés en que el Catecismo dé los más fecundos y santos resultados posibles; y por ello indica muchísimos medios, los cuales, si no todos, a lo menos la mayor parte pueden con éxito seguro ensayarse, no sólo en las ciudades y villas populosas, sino aun en los pueblos y humildes aldeas. Considere el Catequista que si por no querer salir de su rutina los desprecia, será responsable delante de Dios y de los hombres del corto progreso de los niños en la instrucción de las verdades de la fe, debido a que irán allí sin ningún aliciente; y tendrá además el tormento de ver crecer sin remedio eficaz los males en su parroquia por la ignorancia de la Doctrina cristiana, sin que le sea dable por otra parte gustar las dulzuras celestiales que mitigan los disgustos del ministerio sacerdotal, dulzuras que sólo saborean los que pueden decir con verdadero espíritu cristiano: «Dejad que los niños se acerquen a mí, y no se lo estorbéis, porque de ellos es el reino de los cielos.»

Para mejor facilitar esta empresa, damos a continuación un reglamento visto y aprobado por el señor Obispo de Tortosa, donde hallará para mayor comodidad reunidas todas las observaciones más importantes hechas hasta aquí en el decurso de esta obrita.

Barcelona, día de san Enrique, emperador, Víspera de Nuestra Señora del Carmen, de 1872.

